



ANT
XIX
96





MEMORIAS
DE UN
MÉDICO.

The title is centered on the page and enclosed within a highly decorative, symmetrical frame of black ink. The frame consists of multiple layers of elegant, swirling flourishes that resemble calligraphic scrolls or stylized floral motifs. The text is printed in a bold, black, serif font. The word 'MEMORIAS' is the largest and is positioned at the top. Below it, 'DE UN' is smaller and centered. At the bottom, 'MÉDICO.' is the largest again, matching the size of 'MEMORIAS'. The entire composition is set against a plain, aged, light-colored paper background.

MEMORIAS

DE

INDICO

13 cms.

R.43.547



MEMORIAS DE UN MÉDICO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

por

D. Joaquín de Sierra.

—••—
TOMO IV.
—••—

SEVILLA.

Imprenta de don José M. Atienza,
calle de las Sierpes núm. 5.

1846.

de partida, la favorita llegó á las once de la mañana á la calle de Valois, acompañada de la condesa de Bearn, á quien tenía constantemente bajo llave, cuando no bajo el influjo de su sonrisa, y cuya herida procuraba incesantemente aliviar con todos los secretos que proporcionaban en aquel tiempo la medicina y la química.

Desde la vispera, Juan Dubarry, Chon y Dorotea, habian puesto manos á la obra, y quien no les hubiese visto en aquella ocupacion, podria dificilmente formar una idea de la influencia del oro, y del poder del ingenio humano.

Ella procuraba apoderarse del peluquero: otra agujoneaba á las costureras: Juan, que tenía el suministro de coches, habia tambien tomado por su cuenta, vigilar costureras y peluqueros, mientras la favorita, que se ocupaba únicamente de las flores, diamantes y encajes, estaba rodeada de alhajas, y recibia cada hora correos de Versalles, ya anunciando la orden de iluminar el salon de la reina, ya afirmando que todo continuaba sin la menor novedad.

Serían las cuatro de la tarde, cuando entró el vizconde pálido y ajitado, pero alegre.

—Qué hay? preguntó la condesa.

—Todo está preparado.

—Y el peluquero?

—Vi á Dorotea en su casa, y hemos quedado conformes. Le he dado un vale de cincuenta lises, y deberá venir á comer á las seis en punto, de modo que por esa parte podemos estar descuidados.

—Y el vestido?

—Será elegantísimo. Con cuida de él, mientras veinte y seis costureras están cosiendo las perlas, cintas y guarniciones. Así quedará en breve terminada, paño por paño esa gran obra, que hubiera costado ocho días á otras personas menos activas.

—Cómo paño por paño? preguntó la condesa.

—Sí, hermanita, la tela tiene trece paños, hay dos costureras para cada uno. Una cose por la izquierda y otra por la derecha, adornándose cada paño por separado; de suerte que no se unirán hasta el último momento. Para las seis de la

tarde, tendremos el vestido, pues ya no quedan mas que dos horas de trabajo.

—Estás seguro, Juan?

—Mi ingeniero y yo, hicimos ayer el cálculo de las puntadas: diez mil entran en cada paño, cinco mil por cada costura. En esta tela gruesa, no puede dar una mujer mas de una puntada en cinco segundos; resultan doce por minuto, setecientos veinte por hora, y siete mil doscientas en dos horas. Dejo las dos mil doscientas para los descansos indispensables y picaduras falsas, y nos quedan todavía cuatro horas de ventaja.

—Y el coche?

—Ah! en cuanto al coche, ya sabes que respondo de él; el barniz se está secando en un gran almacén cuya temperatura se ha puesto espresamente á cincuenta grados. Es una magnífica carretela junto á la cual desmereceran extraordinariamente las carrozas enviadas para recibir á la princesa. Además de los blasones que forman el fondo de los cuatro tableros con el grito de guerra de los Dubarry *Avancemos!!..* he mandado

pintar en los del costado dos palomas acariciándose, y un corazón traspasado de una flecha, realzado todo con arcos, aljabas y antorchas. Es infinito el número de personas que acuden á casa de Francian para verlo: á las ocho en punto estará aquí.

En este momento entraron Chon y Dorotea, y confirmaron cuanto habia dicho Juan.

—Gracias, queridos lugar-tenientes, dijo la condesa.

—Hermanita, dijo Juan, tienes hinchados los ojos, puedes dormir una hora, y te hará mucho provecho.

—Dormir? bah! bastante dormiré esta noche y muchos no podrán decir otro tanto.

Mientras se hacian estos preparativos en casa de la condesa, el rumor de su presentacion se estendia por la ciudad. Por ocioso que sea, y por indiferente que parezca, no hay pueblo tan novelero como el parisiense. Ninguna como la insipida jeneracion del siglo diez y ocho, ha conocido mejor los personajes de la

corte y sus rencorosas intrigas, á pesar de no ser jamás admitida á fiesta alguna interior, y de tener que contentarse con admirar las jeroglificas portezuelas de los carruajes, ó las misteriosas libreas de los lacayos y mensajeros nocturnos. Nada extraño era en aquel tiempo, que tal ó cual cortesano fuese conocido en todo París, pues la corte representaba el primer papel en los teatros y paseos. Hé aquí por qué Mr. de Richelieu en su palco de la ópera italiana, y Mme. Dubarry en su carroza brillante como la de una reina, aparecían á los ojos del público como un cómico predilecto, ó como una actriz favorita de nuestros días.

Cosa muy natural es que nos interesen particularmente los rostros que conocemos. La favorita era jeneralmente conocida en París por su ardiente deseo de presentarse en los teatros, paseos y almacenes, como las jóvenes mas elegantes, ricas y hermosas. El negro Zamora, y multitud de retratos y caricaturas, habían aumentado en gran manera su celebridad. La historia de la presentacion,

ocupaba, pues, tanto á Paris como á la corte misma. Hubo aquel dia gran reunion en la plaza del Palacio real; pero con perdon de la filosofia, no era por estar Mr. Rousseau jugando al ajedrez en el café de la Rejencia, sino para ver á la favorita en su brillante carroza, y con su magnífico vestido de que tanto se habia hablado. La frase de Juan Dubarry *Costamos caro á la Francia*, era sentencia muy profunda: qué cosa mas natural que la Francia, representada por Paris, desease gozar del espectáculo que á precio tan crecido pagaba?

Mme. Dubarry conocia perfectamente su pueblo, porque el pueblo francés fué con mas razon el suyo que el de María Leckyinska. Sabía que le gustaba la ostentacion, y como era tan condescendiente, se esmeraba porque el espectáculo fuese proporcionado á los gastos.

En vez de acostarse como le aconsejara su cuñado, tomó, de cinco á seis, un baño de leche, y se entregó despues á sus camareras, esperando la llegada del peluquero.

No queremos hacer gala de erudicion al hablar de una época tan conocida en nuestros dias, que casi podría llamarse contemporánea, y que la mayor parte de nuestros lectores tienen tan estudiada como nosotros; pero no será inoportuno explicar, en este momento sobre todo, el esmero, el tiempo y el arte que costaba un peinado de Mme. Dubarry.

Figúrese el lector un edificio completo, el preludio de esos castillos que la corte del jóven rey Luis XVI se construia almenados sobre la cabeza, como si todo en aquella época debiera ser un presajio, como si la moda frivola, eco de las pasiones sociales que socababan la tierra bajo los pasos de cuanto era ó parecia grande, hubiese decretado que las señoras de la aristocracia habian de gozar poco tiempo de sus títulos, que los ostentasen por tanto en sus frentes; y por último, prediccion mucho mas siniestra, pero no menos exacta, como si les hubiese anunciado, que debiendo llevar poco tiempo la cabeza sobre los hombros, debian adornarla hasta la exajeracion,

elevándolas cuanto les fuese posible sobre las vulgares.

Para trenzar aquellos hermosos cabellos, levantarlos alrededor de una almohadilla de seda, enrollarlos sobre moldes de ballena, matizarlos de piedras, perlas y flores, polvorearlos con aquella nieve que daba brillantez á los ojos, frescura á la tez, y para hacer, en fin, armoniosos aquellos tonos de carne, nácar, rubí, ópalo, diamantes y flores omnicoloras y multiformes, era preciso ser no solamente gran artista, sino también hombre de paciencia.

Así, que los peluqueros eran los únicos entre todos los gremios de oficios, que podían llevar espada como los estatuarios; y esto explica los cincuenta luises que diera Juan Dubarry al peluquero de la corte, y el temor de que el gran Lubin fuese menos exacto ó menos diestro de lo que se deseaba.

Justificáronse harto pronto estos temores; dieron las seis, luego las seis y media, y por último las siete menos cuarto, sin que el peluquero pareciese. Solo

una cosa era capaz de infundir alguna esperanza en aquellos corazones palpitantes; y es, que un hombre del mérito de Mr. Lubin, debía naturalmente hacerse desear.

Pero al dar las siete, el vizconde, temiendo se enfriase la comida, y no quedase satisfecho el artista, se decidió á enviar un lacayo á su casa para avisarle.

Al cuarto de hora volvió este.

Solo el que ha esperado en semejantes circunstancias, puede conocer cuántos minutos comprende aquel espacio de tiempo.

Habia hablado el lacayo con Mme. Lubin, quien aseguró que habia salido su esposo, y que si no habia llegado ya á casa de Mme. Dubarry, sería por haberse detenido en el camino.

—Bueno, dijo el vizconde: le habrá tal vez estorbado el paso algun carruaje: esperemos.

—Nada se ha perdido aun, repuso la condesa; puedo peinarme medio vestida, porque hasta las diez no debe verificarse la presentacion. Tres horas nos quedan,

y con una nos basta para ir á Versalles. Ea, Chon, enséñame mi vestido, y así podré distraerme mientras. Pero dónde ha ido? Chon! mi vestido, mi vestido!

—No le han traído aun, contestó Dorotea; hace diez minutos que salió la señorita Chon á buscarle.

—Oyes? exclamó Dubarry: un-coche suena; ha de ser sin duda el nuestro.

El vizconde conoció su engaño, al ver que era Chon la que llegaba en su carruaje, tirado por dos caballos bañados en sudor.

—Mi vestido! gritó la favorita cuando Chon estaba aun en el vestíbulo, mi vestido!

—Como! exclamó con admiracion la recién llegada, todavía no le han traído?

—No.

—Pues no puede tardar, añadió tranquilizándose, me dijeron que la modista habia salido con dos oficiales para traerle y probarle.

—En efecto, dijo el vizconde, vive en calle Bac, y no puede llegar tan pronto en un fiacre, como tú, con dos buenos caballos.

—Así es, repuso Chon, aunque sin poder desechar cierta inquietud.

—Juan, dijo Mme. Dubarry, podías enviar por el cohe, y al menos descuidaríamos por ese lado.

—Dices bien, contestó el vizconde.

Y abriendo la puerta:

—Que vayan á buscar el coche á casa de Francian, gritó, y que lleven el tiro para engancharlo desde luego.

Aun resonaba el ruido de los pasos del cochero, que se alejaba en direccion á la calle de San-Honorato, cuando se presentó Zamora con una carta en la mano, diciendo:

—Carta para mi ama Barry.

—Quién la ha traído?

—Un hombre á caballo.

—Y por qué te la ha dado á tí?

—Porque me vió en la púerta.

—Lee, Juana, no te entretengas en preguntas, dijo el vizconde.

—Tienes razon.

—Dios quiera que no contenga alguna noticia desagradable, murmuró Juan.

—Ah bah! dijo la condesa, será al-

gun memorial para Su Majestad.

—No está doblado en forma de memorial.

—Vaya, vizconde, el miedo no te deja vivir, dijo la favorita rompiendo el sobre.

Mas apenas pudo leer algunas líneas, cuando lanzó un terrible grito, y cayó exánime en un sillón murmurando:

—Ni peluquero, ni vestido, ni coche!

Acudió Chon en socorro de la condesa, mientras Juan se apoderaba de la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Desconfiad, señora: esta noche no tendreis ni peluquero, ni vestido, ni coche. Espero recibireis con tiempo este aviso. Omito mi nombre por no precisaros á estar me agradecida. Adivinad quien soy «si quereis conocer una amiga sincera».

—Ay! este golpe nos mata, exclamó el vizconde en el colmo de la desesperacion. Sangre de Cristo! necesito matar á alguno. No viene el peluquero! Si llego á atraparle, lo despedazo. Las siete y media!... y todavia no llega ese tuno! Ah! maldicion! maldicion!

Y Dubarry aun cuando él no era quien

debía ser presentado aquella noche, se vengó en sus cabellos arrancándoselos desapiadadamente.

—Lo que siento es el vestido, repuso Chon; porque un peluquero podría encontrarse todavía.

—Y de quién echarías mano, voto á cribas? De algun chapucero? Mil rayos los confundan.

Entretanto, la favorita guardaba silencio, y solo lo interrumpía tal cual vez con algunos suspiros capaces de enternecer á los mismos Choiseul, si pudiesen oírlos.

—Ea, ea, dijo Chon, tengamos calma; busquemos un peluquero, volvamos á casa de la modista, para saber qué es del vestido.

—Ni peluquero! murmuró tristemente la condesa, ni vestido, ni coche!

—Ni coche, es claro, interrumpió Juan; ya debiera estar aquí. Ay condesa! aquí hay complot.

—Y se escapan los autores sin que los prenda Sartines y sin que Maupeou los mande ahorcar? Y no me han de quemar á los cómplices en la Grève? Hé de ver

enrodado al peluquero, atenaceada la costurera, y desollado el maestro de coches.

Vuelta en sí la condesa, sentía mas intensamente el horror de su posicion, y esclamaba angustiada:

—Dios mio! ahora sí que estoy perdida! Los que han seducido á Lubin, son bastante poderosos para haber tambien alejado todos los buenos peluqueros de París. No se hallarán mas que torpes que me arranquen los cabellos.... Y mi vestido! mi pobre vestido!... Y mi coche nuevo que iba á dar tanta envidia!...

Sin contestar una palabra, el vizconde lanzaba terribles miradas dando vueltas por la sala, cayendo á cada instante contra las paredes, y destrozando cuantos muebles encontraba en su paso.

En medio de esta escena de desolacion, que desde la pieza de tocador se habia propagado á las antecamaras y al patio, mientras que los lacayos aturridos por veinte órdenes distintas y contradictorias, iban, venían, corrian y tropezaban unos con otros: un joven, vestido con casaca verde, chupa de raso,

calzon color de lila y medias de seda blancas, apeándose de una caleña, atravesaba el patio saltando de puntillas de losa en losa, subía la escalera y llamaba á la puerta del tocador.

Juan iba en este momento á derribar una bandeja de porcelana de Sevres que se habia enganchado en el faldon de su casaca, mientras impedía la caída de un hermoso jarro del Japon, al que habia apostrofado con un puñetazo.

Oyéronse en la puerta tres golpecitos lijeros, misteriosos y modestos.

Profundo silencio siguióse á aquella señal, pues tanta era la ansiedad jeneral, que nadie se atrevia ni aun á contestar.

—Con permiso, dijo una voz estraña, desearia hablar á Mme. Dubarry.

—Caballero, caballero! de ese modo no se entra en una casa, gritaba el portero corriendo en pos del desconocido, procurando impedir pasase mas adelante.

—Poco á poco, veamos, ya nada peor puede sucedernos. Deseais ver á la condesa? dijo Dubarry abriendo la puerta

con violencia capaz de desquiciar aun cuando fuesen las de Gaza.

Evitó el reciénvenido el choque dando un brinco hacia atrás, y cayendo en tercera, contestó:

—Estando la señora condesa Dubarry según creo de ceremonia, venia á ofrecerla mis servicios.

—Qué servicios?

—Los de mi profesion.

—Y cuál es?

—Peluquero, repuso el desconocido haciendo segunda reverencia.

—Ah! exclamó Juan arrojándose en sus brazos. Sois peluquero! Adelante, querido mio, adelante!

—Venid, venid, repitió Chon cojiendo por mitad del cuerpo al azorado artista.

—Un peluquero! exclamó la favorita alzando al cielo sus manos. Un peluquero! sois mi ángel tutelar! Os ha enviado Lubin?

—No me envia nadie. Habiendo leído en una gaceta que íbais á ser esta noche presentada, dije para mí: si la señora condesa no tuviese peluquero, que

aun cuando no es probable, es muy posible, qué mal habría en que yo me presentase?

—Como os llamais? preguntó con mas frialdad la favorita.

—Leonardo, señora.

—Leonardo! no sois conocido?

—Todavía no; pero si aceptais mis servicios, lo seré mañana.

—Bah, bah! murmuró Juan: como si no hubiese mas que ponerse á peinar!

—Si la señora condesa desconfia, me retiraré.

—Es que no tenemos tiempo para andar en pruebas, repuso Chon.

—De qué servirían? exclamó en un momento de entusiasmo el artista, despues de haber atentamente examinado á la condesa. Sé que la señora quiere llamar la atencion con su peinado, y ya tengo inventado el que hará, á no dudar-lo, el mas sorprendente efecto.

Y un ademan del joven, que manifestaba la mayor confianza, principió á vencer el recelo de la condesa, al par que infundió esperanzas á sus dos hermanos.

—De veras? dijo la favorita satisfecha del desembarazo del jóven, que se contoneaba cual si fuese el gran Lubin en persona.

—Sin embargo, convendria ante todo, que pudiese yo ver el vestido, para que guarden armonia los adornos.

—Mi vestido! exclamó Mme. Dubarry volviendo á la terrible realidad; mi pobre vestido!

—Es cierto, dijo Juan dándose una palmada en la frente, somos víctimas de infames intrigas.... Amigo mio, nos han robado vestido, costurera y todo! Chon! querida Chon! añadió sollozando cansado ya de arrancarse los cabellos.

—Si volviesen á casa de la modista.... dijo la favorita á su hermana.

—Para qué? replicó esta; no te he dicho que salió para traerle?

—Ay! exclamó Mme. Dubarry recostándose en su sillón. De qué me sirve el peluquero si no tengo vestido?

Oyóse en este instante sonar la campanilla. Temeroso el portero de que volviesen á introducirse como la vez ante-

rior, habia cerrado las puertas y echado los cerrojos.

—Que llaman! gritó la favorita.

—Ay! una caja! exclamó Chon que se habia dirigido precipitadamente hacia la ventana.

—Una caja? repitió la condesa. Entran con ella?

—Si, no.... si, la entregan al portero.

—Corre, Juan, corre por Dios!

Precipitóse este por las escaleras atropellando lacayos, y arrancó la caja de manos del portero.

Levantó presuroso el vizconde la tapa, metió ambas manos en la caja, y lanzó un grito de alegría.

Contenia esta un magnífico vestido de seda de China con flores de adorno, y una guarnicion de encajes de un valor inmenso.

—Un vestido! un vestido! exclamó Chon dando palmadas.

—Un vestido! repitió Mme. Dubarry tan próxima á sucumbir á la alegría, como poco antes al dolor.

—Quién te ha entregado esto? pre-

guntó Juan al portero.

—Una mujer, señor vizconde.

—Pero qué mujer?

—No la conozco.

—Dónde está?

—No sé: dejó la caja delante de la puerta diciendo: «para la señora condesa:» subió inmediatamente al cabriolé en que había venido, y se marchó á escape.

—En fin, dijo Dubarry, ya tenemos vestido que es lo principal.

—Sube corriendo, Juan! gritó Chon; mi hermana está impaciente.

—Mirad, dijo el vizconde, mirad lo que el cielo nos envia.

—Ya, pero no me sentará bien porque no se ha hecho para mí. Qué lástima! Dios mio! Que hermoso es!

Chon tomó inmediatamente una medida.

—El mismo largo, dijo, y el mismo ancho de talle.

—Que tela tan rica! exclamó Dubarry.

—Ésto es fabuloso! dijo Chon.

—Admirable! añadió la favorita.

—Y prueba, continuó el vizconde,

que aunque teneis grandes enemigos, teneis tambien amigos sineeros.

—No puede ser de un amigo, dijo Chon, porque, cómo es posible que supiese lo que se tramaba contra nosotros? Preciso es que sea algun silfo, algun duende.

—Que sea el diablo! exclamó Mme. Dubarry, con tal que me ayude á derribar á los Grammont, que son peores que el mismo Satanás.

—Pues ahora recuerdo otra cosa, observó Juan.

—Cuál!

—Que puedes entregar con toda confianza tu cabeza á nuestro improvisado peluquero.

—Quién te dá esa seguridad?

—Par diez! cómo es posible que no venga enviado por el mismo que nos ha regalado el vestido?

—Yo? exclamó Leonardo con natural sorpresa.

—Vamos! vamos! dijo Juan, vuestra relacion Gaceta, es una pura farsa, hé amigo?

—Es la verdad, señor vizconde.

—Ea, sed franco, añadió la condesa.

—Señora, aquí traigo el papel en el bolsillo; lo he guardado para hacer papillotes.

Y el joven artista sacó en efecto de su chupa una gaceta, en que se anunciaba la presentación.

—Pues bien, manos á la obra, dijo Chon, que están dando las ocho.

—Tenemos tiempo sobrado, contestó el peluquero; una hora basta para ir á Versalles.

—Si tenemos carruaje, repuso la condesa.

—Verdad es, por vida de... dijo Juan, y ese canalla de Francian que no llega.

—Dios mio! exclamó la condesa, ni peluquero, ni vestido, ni coche!

—Oh! dijo Chon angustiada, faltará también de ese modo á su palabra?

—No, repuso Juan, aquí está ya.

—Y el carruaje? preguntó la favorita.

—Habrá quedado á la puerta, contestó Dubarry. Ya está abriendo el por-

tero: pero qué diablos trae el maestro de coches?

En efecto, Francian se lanzó casi al mismo tiempo en el salón con ademán azorado exclamando:

—Ay señor vizconde! el coche de la señora condesa estaba ya en camino, cuando al volver la calle Traversiere, fué detenido por cuatro hombres, que después de arrojar al suelo al criado que lo conducía, echaron á escape, desapareciendo por la calle de San Nicasio.

—No lo decía yo? gritó Dubarry en tono de triunfo y sin levantarse de su sillón, no lo decía yo?

—Esto es un atentado! exclamó Chon: menéate hermano.

—Menearme yo? y para qué?

—Para buscar un carruaje; pues aquí no hay mas que caballos raquíticos, y coches sucios. No es posible que Juana vaya á Versalles en semejantes simones.

—Bah! replicó el vizconde, el que pone freno al furor de las olas, alimenta los pajarillos, envía un peluquero como el señor, y un vestido como este, no quer-

ra dejarnos á pié.

—Calla! dijo Chon, un coche se acerca.

—Y se para, añadió Dubarry.

—Si, pero no entra, dijo la condesa,

—Verdad es, repuso Juan—y asomándose á la ventana, gritó: —Corred. voto á Cribas: corred, ó llegareis tarde. Alerta! alerta! que al menos conozcamos quién es nuestro bienhechor.

Lacayos, batidores y criados se precipitaron á esta voz; mas ya no era tiempo. Un coche forrado de raso blanco y tirado por dos magníficos caballos, estaba parado delante de la puerta: empero ni el mas leve rastro de cocheros ni lacayos pudo manifestar su procedencia; pues solo un mozo de cordel sujetaba los caballos por la brida.

Habia este recibido seis libras del que los habia conducido, quien se marchó precipitadamente hacia la plaza de las Fuentes.

Examináronse las portezuelas; pero una mano diestra habia hábilmente reemplazado las armas con una rosa.

Mandó Juan introducir el carruaje en

el patio, cerró la puerta, y recojió la llave, subiendo inmediatamente al gabinete del tocador, donde el peluquero se disponía á dar á la condesa las primeras pruebas de ciencia.

—Amigo, exclamó asiendo á Leonardo del brazo, si no consentís en nombrarnos á nuestro jenio protector, si no quereis hacerle objeto de nuestra eterna gratitud, juro....

—Cuidado, señor vizconde, interrumpió flemáticamente el artista; si haceis el honor de apretarme con tanta fuerza el brazo, tendré la mano entorpecida cuando vaya á peinar á la seño.a condesa, y es preciso darnos prisa, pues son ya las ocho y media.

—Suéltale, Juan, suéltale, gritó la favorita.

Obedeció este, y volvió á sentarse en su sillón.

—Ay qué milagro! exclamó Chon, qué milagro! el vestido está ajustado á la medida.... una pulgada sobra solo por delante; pero antes de diez minutos quedará correjido este defecto.

—Y el coche, es pasadero? preguntó la condesa.

—Elegantísimo.... contestó Juan, lo he examinado por dentro, está guarnecido de raso blanco, y perfumado con esencia de rosa.

—Entonces todo está arreglado, gritó Mme. Dubarry dando palmadas en señal de alegría. Vamos, señor Leonardo, si tenéis acierto en el peinado, yo me encargo de vuestra suerte.

El artista no dió lugar á que se lo repitieran: puso inmediatamente manos á la obra, y tan luego como comenzó á pasar el peine, reveló un talento sublime.

Prontitud, gusto, precision maravillosa, gran conocimiento de las relaciones de la parte moral con la física, todo lo desplegó en el desempeño de su importante tarea.

La favorita salió de sus manos á los tres cuartos de hora, mas seductora que la diosa Afrodite; pues sin ser menos bella, estaba mas honestamente vestida.

Luego que el peluquero hubo dado

la última mano á aquel espléndido edificio, luego que probó su solidéz y pidió agua para lavarse las manos, dando humildemente las gracias á Chon, que enajenada de gozo le servia como á un monarca, solicitó permiso para retirarse.

—Poco á poco, dijo Dubarry, sabreis que soy tan testarudo para apreciar como para aborrecer, conque ahora amigo mio, espero me direis quién sois.

—Ya lo sabeis, señor vizconde: soy un joven principiante, deseoso de acreditarme, y me llamo Leonardo.

—Cómo principiante, cáspita! si sois maestro consumado.

—Sereis mi peluquero, señor Leonardo, dijo la condesa mirándose en un espejito de mano, y os pagaré cincuenta luisas cada peinado de ceremonia. Chon, cuenta cien luisas y entrégalos al señor. Por ser el primer peinado os doy el doble: vayan los cincuenta en prueba de mi gratitud.

—Bien decia yo, señora, que hariais mi reputacion.

—Pero no peinareis á nadie mas que á mí.

—Entonces quedaos con los cien luisés, contestó Leonardo: quiero libertad, que es el primer bien del hombre, y á ella debo haber tenido el honor de peinaros hoy.

—Un peluquero filósofo! exclamó Dubarry levantando sus manos al cielo, adonde vamos á parar Dios mio! Ea, amigo Leonardo, no quiero enemistarme con vos: tomad esos cien luisés y conservad vuestro secreto y vuestra libertad. Al coche, condesa, al coche.

Estas palabras se dirijian á Mme. de Bearn que entraba tan erguida y ataviada como una virjen en andas: habíanla sacado de su gabinete, precisamente en el momento de servirse de ella.

—Vamos, dijo el vizconde, que cojan á la señora entre cuatro y la lleven despacito hasta el pié de la escalera. Como dé un solo suspiro, os desuello vivos.

Mientras que Juan ayudado de Chon vijilaba esta importante maniobra, la favorita buscaba con la vista á Leonardo;

pero este habia desaparecido.

—Por donde se ha ido? murmuró Mme. Dubarry apenas recobrada de las diferentes sensaciones que acababan de agitarla.

—Que por donde se há ido? replicó Dubarry; por el suelo ó por el techo, que es por donde pasan los duendes. Cuidado hermana, mira no se vuelva tu peinado un nido de zorzales; no se trueque tu vestido en telaraña, y lleguemos á Versailles en una calabaza arastrada por dos ratones.

Al enunciar este último recelo, el vizconde Juan subió al coche donde ya habian tomado asiento la condesa de Bearn, y su venturosa ahijada.

CAPÍTULO XXXVIII.

La Presentacion.

Versalles, como todo cuanto es grande, es y será siempre hermoso.

Aunque el moho corra las piedras de sus edificios desplomados, aunque sus

dioses de plomo, bronce, ó mármol, yacían mutilados en sus estanques sin agua, y los árboles de sus magníficas alamedas elevaban desordenadamente sus ramas hacia el cielo, siempre aparecerá allí, aun cuando sea entre ruinas, un espectáculo admirable y sorprendente para el meditando poeta que llegue á contemplar los horizontes eternos, después de haber considerado atentamente los efímeros esplendores.

Pero cuando Versalles presentaba un espectáculo admirable, era en el apogeo de su vida y de su gloria. Cuando el pueblo desarmado y contenido por un brillante ejército se agolpaba en tropel alrededor de las doradas rejas; cuando las magníficas carrozas de terciopelo y raso, tiradas por briosos caballos, rodaban con estrépito haciendo aiarde de arrogantes blasones; cuando todas las ventanas iluminadas como las de un palacio encantado, dejaban ver un mundo deslumbrador, de diamantes, rubíes y záfiro, que á la voz de un solo hombre se humillaba, como al pasar el viento doblan

su frente las espigas que doran las campiñas salpicadas de amapolas de púrpura y nevadas margaritas: sí, hermosísimo era sin duda Versalles en aquel tiempo en que por todas sus puertas se cruzaban correos dirigidos á todas las potencias, y cuando los reyes, príncipes, cortesanos y sabios de todo el mundo civilizado hollaban sus ricos tapices y maravillosos mosaicos.

Empero cuando se revestía de las pompas destinadas á una extraordinaria ceremonia; cuando las suntuosidades del guarda-mueble y las grandes iluminaciones desplegaban toda la majia de sus riquezas, entonces presentaba Versalles á los ánimos mas helados el bello ideal de todos los prodijios que pueden abortar la imaginacion y el humano poderio.

Tal era la ceremonia de recepcion de embajador, y tal tambien para un jentilhombre cualquiera, el aparato de la presentacion. Luis XIV fundador de la etiqueta que marcara á cada hombre un espacio limitado, habia querido que la iniciacion en los esplendores de su vida real, infundiera tanta veneracion á los

elejidos, que jamás pudiesen considerar el palacio del monarca, sino como un templo donde estaban llamados á adorar al Dios coronado, colocados mas ó menos distantes del altar.

Asi pues, Versailles suntuoso y resplandeciente, aunque algun tanto dejenado, abrió todas sus puertas, iluminó sus numerosos candelabros, y desplegó toda su magnificencia para la presentación de la condesa Dubarry. El pueblo curioso, hambriento y miserable, pero que olvidando ¡cosa estraña! su miseria y su hambre al aspecto de tan deslumbrador espectáculo, llenaba la plaza de armas y las avenidas de Paris. Mil luces brillaban por las ventanas del palacio y los candelabros parecian á cierta distancia, resplandecientes astros nadando en polvos de oro.

Salió Luis XV al dar las diez de su cámara mas lujosa y ricamente vestido que de costumbre, pues ademas de los costosos encajes de que iba adornado, las hebillas de sus zapatos y ligas valian cuando menos un millon.

Singular espresion de tristeza aparecia en su semblante, pues habiendo sido informado por Mr. Sartines de la conspiracion que la víspera tramáran las señoras envidiosas, iba temeroso de no encontrar mas que hombres en la galeria.

Empero tranquilizóse al punto que llegó al salon de la reina, especialmente destinado á las presentaciones, al ver entre una espesa nube de polvo y encajes á sus tres hijas, á la mariscala Mirepoix, que tanto ruido ocasionára la víspera, y á todas las damas turbulentas que habian jurado no salir de su casa, y que sin embargo se encontraban en primera fila.

El duque de Richelieu corria como un jeneral de unas á otras diciendo:

—Hola! estais aquí, pérfidas!—Asi se cumple el juramento?—Que os decia yo tocante á conspiraciones?

—Y vos, duque, no habeis tambien faltado? contestaban aquellas.

—Yo hablaba como representante de mi hija la condesa de Egmont. Buscadla, no la encontrareis: ella sola se ha mantenido firme con las señoras de Gram-

mont y Guemenée. Ya tengo echadas mis cuentas. Mañana espero ir á mi quinto destierro, ó ser encerrado cuarta vez en la Bastilla: estoy decidido no volver á conspirar.

Presentóse Luis XV rodeado de una corte numerosa. Profundo silencio reinó en el salon, en medio del cual sonaron las diez, hora solemne.

Observó desde luego Luis XV que faltaban en aquella numerosa asamblea las señoras de Grammont, de Guemenée y la condesa de Egmont, y aproximándose á Mr. de Choiseul que procuraba afectar gran serenidad, pero que á pesar de sus esfuerzos solo lograba aparentar una falsa indiferencia:

—No veo aqui, dijo, á la duquesa de Grammont!

—Señor, contestó Mr. de Choiseul, mi hermana está enferma y me ha encargado de ofrecer á Vuestra Majestad sus mas humildes respetos.

—Lo siento, repuso el rey volviéndole la espalda, y dirijiéndose al príncipe de Guemenée que estaba á su lado, añá-

dió:—Dónde esta la señora princesa de Guemenée? No la habeis traído, príncipe?

—No ha sido posible, señor, está gravemente indispueta: al pasar por su casa la encontré en cama.

—Lo siento, lo siento, dijo Luis XV. Hola! aqui tenemos al mariscal. Buenas noches duque!

—Señor! dijo el antiguo cortesano inclinándose con la flexibilidad de un jóven.

—Y vos, estais tambien enfermo? dijo el rey alzando la voz para que M. de Choiseul y M. de Guemenée, pudiesen oirle.

—Siempre que se trata para mí de la felicidad de ver á Vuestra Majestad, contestó el duque de Richelieu, me siento muy bueno, señor.

—Pero, añadió el rey mirando á su alrededor: y vuestra hija Mme. de Egmont? No está aquí?

—Ay señor! respondió el duque con acento de profunda tristeza viendo que le escuchaban con interes, ay señor! mi pobre hija se vé privada del honor de esponer á los piés de Vuestra Majestad sus

mas humildes homenajes, á lo menos por esta noche; porque está enferma, señor, muy enferma!...

—Lo siento! repuso Luis XV: enferma Mme. de Egmont, la mujer que disfruta mejor salud en Francia! Lo siento lo siento! añadió el rey alejándose de Mr. de Richelieu.

Concluyó en seguida de dar la vuelta al salon, cumplimentando especialmente á Mme. de Mirepoix.

—Ese es el premio de la traicion, dijo el mariscal á su oído luego que se hubo retirado el rey: mañana os vereis colmados de honores, mientras nosotros.... me estremezo al pensarlo!...

Y el duque lanzó un suspiro.

—Paréceme que vos mismo habeis tambien faltado á los Choiseul, puesto que os veo aquí habiendo sin embargo jurado...

—Por mi hija, mariscal, por mi pobre Septimania, que se vé en desgracia por haber sido demasiado fiel....

—A su padre! interrumpió la mariscal.

—No os parece que el rey está in-

quieto? repuso el duque desentendiéndose de la respuesta de Mme. de Mirepoix que pudiera pasar por un epigrama.

—Pardiez! y con razon.

—Por qué?

—Ya son las diez y cuarto

—Cierto, y la condesa no viene. Queréis mariscalá, que os diga una cosa?

—Decidla

—Tengo un temor.

—Cual?

—Que haya sucedido algun contratiempo á la pobre condesa, aunque sospecho que vos no debéis ignorarlo.

—Por qué?

—Sin duda: no érais anoche una de las principales conspiradoras?

—Si he de hablaros con franqueza, duque, contestó la mariscalá, temo lo mismo que vos.

—Cruel antagonista es en verdad nuestra amiga la duquesa y ataca huyendo á la manera de los Partos. Ved cuánta inquietud manifiesta el semblante de Mr. de Choiseul á pesar de sus esfuerzos por aparentar serenidad. Miradle; no puede

permanecer un instante en un mismo sitio, y no pierda de vista al rey. Vaya! decidme francamente; han tramado alguna cosa?

— Lo ignoro, pero soy de vuestra opinion.

—Y qué piensan adelantar?

—Ganar tiempo, querido duque. Tal vez sobrevenga algun suceso imprevisto que retarde indefinidamente la presentacion. Quizás llegue la princesa mañana á Compiègnes, en vez de llegar de aquí á cuatro días. Quien sabe si solo desearán ganar este día.

—Sabeis, mariscal, que vuestro cuento tiene grandes apariencias de realidad? Está visto: no viene la condesa.

—Que impaciente está el rey!

—Ya se há acercado tres veces á la ventana.

—Grande debe ser en verdad su inquietud.

—Pues peor será ahora.

—Por qué?

—Son las diez y veinte minutos?

—Sí.

—Entonces ya puedo decirlo.

—Qué?

Miró á su alrededor la mariscala, y añadió despues en voz baja:

—Que no vendrá.

—Jesus! mariscala, sería un escándalo!

—Y motivo para un proceso criminal.. capital... porque habrá, lo se de buena tinta, raptó, violencia, y hasta lesa-majestad. Los Choiseul han aventurado el todo por el todo.

—Dios mio! qué imprudencia!

—Qué quereis duque? la pasion los ciega.

—Hé aquí la ventaja de no estar apasionado, al menos nosotros vemos con claridad.

—Mirad, mirad, el rey se aproxima otra vez á la ventana.

En efecto, Luis XV, pensativo irritado é inquieto se acercaba en aquel momento á la ventana, apoyando las manos en la falleba, y su frente en los vidrios.

Oíase entretanto zumbiar semejante al murmullo del follaje antes de una tem-

pestad el rumor confuso de las conversaciones de los cortesanos.

Al dar el reloj las diez y media, Mr. de Maupeou acercándose al rey, dijo con timidez:

—Qué hermosa noche!

—Magnífica, magnífica, contestó el monarca: veamos, Maupeou, que opinais de esto?

—De qué, Señor?

—De esta tardanza. Pobre condesa!

—Habrá tal vez caído enferma, señor, dijo el canceller.

—Que lo estén las señoras de Grammont Guemenée y Egmont, es poco extraño; pero la condesa!...

—Una fuerte emocion puede poner enfermo á cualquiera, y la alegría de la condesa era tan grande!...

—Está visto, interrumpió Luis XV meneando la cabeza, ya no viene.

Aun cuando el rey pronounciara en voz baja estas últimas palabras, el silencio que reinaba en el salon era tan profundo, que casi todos los concurrentes pudieron oirlas.

Empero aun no habian tenido tiempo ni aun para contestarlas con el pensamiento, cuando el ruido de varios carruajes resonó bajo las bóvedas del pórtico.

Dejó entonces el monarca la ventana, y fué á apostarse en medio del salon, desde donde se descubría toda la galería.

—Mucho temo que sea alguna mala nueva, dijo en este instante la Mariscala al oido del duque.

Pero de repente se animó la fisonomía del rey, y sus ojos brillaron de gozo.

—La señora condesa Dubarry! gritó el ujier al maestro de ceremonias.

—La señora condesa de Bearn!

Estos dos nombres hicieron palpar todos los corazones, con sensacion muy diferente. Una oleada de cortesanos impelidos por la curiosidad, se aproximó instintivamente al monarca.

—Oh! qué hermosa! qué hermosa es! exclamó Mme. de Mirepoix juntando sus manos como si se dispusiera á algun acto de adoracion.

Volviose el rey al oir aquella alabanza

y sonrió con afabilidad á la mariscala.

—No es mujer, repuso el duque de Richelieu, es una hada!

Contestó Luis XV con una sonrisa á la galantería del antiguo cortesano.

En efecto, jamas habia estado dotada la favorita de tan extraordinaria belleza. Jamas tan delicada espresion, mirada tan modesta, talle tan noble y elegante, habia escitado la admiracion en el salon de la reina, que como ya dijimos era el destinado para las presentaciones.

Hermosa en extremo, rica sin fausto y admirablemente peinada, se adelantó la condesa, llevada de la mano por Mme. de Bearn, quien sufrió estóicamente sin pestañear ni cojear los terribles dolores de su quemadura; empero el arrebol se despegaba por átomos secos de sus ardientes mejillas, estremeciéndose violentamente cada una de sus fibras al menor movimiento de su llagada pierna.

Todo el mundo fijó la vista en aquel extraño grupo que hácia el monarca se dirijia.

La vieja condesa, descotada como en

los tiempos de su juventud, con el pelo que se elevaba un pié sobre su cabeza, con sus grandes ojos hundidos y brillantes como los de la zumaya, su magnifico traje, y su andar de esqueleto, parecia la imájen del tiempo pasado, dando la mano al tiempo presente.

Aquella dignidad fria y seca, que servia de guia á una gracia voluptuosa y decente, llenó de admiracion á la mayor parte de los concurrentes.

Tan vivo era el contraste, que pareció al rey, que Mme. de Bearn, le traia á su querida mas jóven, mas fresca y mas risueña de lo que la habia visto hasta entonces. Así es, que en el momento, en que segun la etiqueta la condesa doblaba la rodilla para besarle la mano, la alzó del brazo dirijiéndola tan lisonjeras palabras, que compensaron lo mucho que habia sufrido durante el espacio de quince dias.

—Vos á mis piés, condesa!... exclamó. Yo soy quien debiera, y sobre todo desearia arrojarme á los vuestros.

Y abrió en seguida sus brazos, como lo exijia la etiqueta; mas en lugar de

aparentar que la abrazaba, la estrechó en realidad diciendo al mismo tiempo á Mme. de Bearn:

—Preciosa ahijada teneis, condesa, pero ella tiene tambien una ilustre madrina, á quien me alegro infinito ver de nuevo introducida en mi corte.

Mme. de Bearn se inclinó profundamente.

—Id á saludar mis hijas, dijo en voz baja Luis XV á Mme. Dubarry, y probadlas que sabeis hacer la reverencia; creo no quedareis descontenta de la que ellas os hagan.

Ambas condesas prosiguieron su marcha en medio del gran círculo que á su alrededor formaban discretamente los cortesanos. Al ver las hijas del rey que la favorita se dirijia hacia ellas, levantáronse como movidas de un resorte y esperaron.

Luis XV dirijia entretanto la vista hacia sus tres hijas, procurando obligarlas de este modo á recibir afectuosamente á la favorita.

No pudieron disimular las princesas una lijera señal de turbacion al devolver

su salud á la condesa; pero habiéndose esta inclinado mas de lo que la etiqueta exijiera y ganado por este medio las simpatías de toda aquella ilustre asamblea, las hijas del rey depusieron enternecidas todo rencor y abrazaron á Mme. Dubarry tan afectuosamente como poco antes lo hiciera su padre.

Este suceso completó el triunfo de la favorita y fué preciso que los mas tímidos ó menos diestros de entre los cortesanos, aguardasen una hora antes para poder acercarse á felicitar á la reina de aquella brillante fiesta.

Esta acojió sin enojo ni recriminacion aquellas muestras de afecto, olvidando jenerosa todas las traiciones de sus enemigos. Y no era en verdad afectada aquella magnánima benevolencia; pues en su corazon que robosaba de alegría, no habria podido hacerse lugar en aquel instante impresion alguna de aborrecimiento.

El duque de Richelieu tomaba entretanto militarmente sus medidas como buen veterano, justificando que no en

valde llevaba el título de vencedor de Mahon. Mientras que los demás cortesanos permanecían inmóviles durante las reverencias, y aguardaban la conclusión de la ceremonia para incensar ó denigrar al ídolo, el mariscal había ido á tomar posición al lado del asiento destinado á la favorita y semejante al guía de caballería que marcha á colocarse á cien varas de distancia en una llanura para esperar que se despliegue la fila á su punto fijo de conversión, el duque aguardaba á Mme. Dubarry, debiendo precisamente encontrarse junto á ella sin sufrir la incomodidad de verse apretado ni lastimado en medio de aquella confusión. Mme. de Mirepoix que sabía cuán dichoso había sido siempre su amigo en la guerra, imitó su evolución, y logró aproximar insensiblemente su asiento al de la condesa.

En este instante volvieron los grupos á entablar conversación, en la cual se pasó en revista toda la persona de Mme. Dubarry. Alentada esta por el amor del rey, por la afable acogida de las prince-

sas, y por la proteccion de su madrina, dirigia su vista con menos timidez hacia los cortesanos que rodeaban al rey, y segura ya de su victoria, buscaba sin temor sus enemigas entre las señoras concurrentes.

Un cuerpo opaco, interrumpió la perspectiva.

—Hola, señor duque! exclamó, con que es preciso venir aqui para veros?

—Por qué, señora? preguntó el mariscal.

—Si, pues ya hace unos ocho dias que nadie os ha visto ni en Paris, ni en Versalles, ni en Luciennes.

—Señora, me estaba preparando para tener el gusto de veros aqui, replicó el astuto cortesano.

—Lo habíais tal vez previsto?

—Estaba seguro.

—En verdad, duque, no concibo cómo estando tan bien informado, no habeis querido tomaros la molestia de venir á comunicarme tan fausta noticia, sabiendo que soy vuestra amiga.

—Cómo, señora! ignorábais que de-

biais venir aquí?

—Sin duda. Mí posición era parecida á la de Esopo cuando un dia le detuvo en la calle un majistrado preguntándole: «Donde vais?—Lo ignoro, contestó el fabulista.—Ah! pues entonces os llevo á la cárcel.»—Ya veis, querido duque, que aun cuando tenia esperanzas de venir á Versalles, no estaba suficientemente segura para afirmarlo: asi es, que debierais haber venido á verme.... pero.... vendreis en adelante, es verdad?

—Señora, replicó Richelieu aparentando la mayor indiferencia á pesar de la ironia de la condesa, no comprendo por qué no estábais cierta de venir aqui hoy.

—Voy á deciroslo: porque me habian tendido un lazo, dijo la favorita mirando fijamente al duque, quien sostuvo imperturbablemente su mirada.

—Ay! Dios mio! un lazo habeis dicho, condesa?

—En primer lugar, me robaron el peluquero.

—Jesus! Jesus! el peluquero!

—Si señor.

—Por qué no me lo habeis avisado, y yo os hubiese enviado—pero hablemos quedo—y yo os hubiese enviado una alhaja inapreciable que Mme. de Egmont ha descubierto; al jóven Leonardo, que es superior á cuantos peluqueros y peinadores reales ha habido hasta el dia?

—Leonardo! exclamó Mme. Dubarry.

—Si, un jóven que peina á Septimania, y que ella oculta con tanto empeño, como Harpagon el arca donde encierra su tesoro. Sin embargo, condesa; no debeis estar disgustada; estais admirablemente peinada, y en extremo hermosa. Pero ahora reparo que vuestro peinado es enteramente parecido al que ayer dibujó Bouchard para mi hija, que á no caer enferma, debia haberle traído hoy. Pobre Septimania!

Estremecióse la condesa, y fijó su vista en el duque con mas atencion que la vez anterior: empero este permaneció impenetrable y risueño.

—Pero dispensad condesa si os he interrumpido: hablábais, segun creo, de lazos?...

—Si, despues de haberme robado el peluquero, me quitaron un vestido hermosísimo.

—Parece increíble! pero veo que podiais pasar sin el que os han quitado, porque el que traeis es admirable.... Seda de China con flores de adorno, es verdad condesa? Pues si os hubiéseis dirijido á mí, como espero lo hareis en lo sucesivo, yo os hubiese enviado un traje que se mandó hacer mi hija para su presentacion, tan parecido á ese que juraría es el mismo.

Tomó la favorita las manos del mariscal, principiando á comprender que solamente él podia ser el hechicero que la habia sacado de aquel apuro.

—Sabeis duque, de qué modo he llegado? preguntó.

—En vuestro carruaje probablemente.

—No! si tambien me lo robaron.

—Luego eso era una conspiracion jeneral? Y en qué coche habeis venido?

—Dadme antes las señas del de Mme. de Egmont.

—Me parece que habiendo tenido no-

ticia de vuestra presentacion, encargó la hicieran un coche forrado de raso blanco para esta noche: pero segun creo no han tenido tiempo suficiente para pintar sus armas.

—Y como las de los Egmont y Richelieu son tan complicadas, fué sin duda mas breve pintar una rosa que un escudo. Ya veo, duque, que sois hombre de un mérito inapreciable.

Y diciendo esto, la condesa abandonó sus manos al antiguo cortesano, quien las aproximó á sus labios, cubriéndolas de besos.

Empero de repente sintió este que la favorita se estremecía, alzó su rostro y mirando en torno suyo:

—Qué hay, condesa? preguntó con inquietud.

—Ay duque!... exclamó esta con vista azorada.

—Y bien?

—Quién es aquel hombre que está al lado de Mr. de Guemenée?

—Con uniforme pruso?

—Si.

—Moreno, ojos negros, y rostro expresivo? Será tal vez algun jefe superior que el rey de Prusia habrá enviado para que asista á vuestra presentacion.

—No riais, duque, yo conozco ese hombre: hace tres ó cuatro años que vino á Francia y es el mismo á quien he buscado con gran empeño sin haber podido jamas dar con él.

—Es el conde de Fenix, y estais equivocada, condesa, pues solo hace uno ó dos dias que llegó.

—Veis como me mira, duque?

—Habrá alguno que no os mire, señora? sois tan hermosa!...

—Me saluda!... me saluda!... le habeis visto?

—Qué extraño es? Todo el mundo os saludará.

Empero la condesa, absorta en su extraordinaria meditacion, no escuchaba ya las galanterias del duque, y con la vista clavada en aquel hombre que habia cautivado toda su atencion, se separó casi á pesar suyo de su interlocutor, para dar algunos pasos hacia el desconido.

El rey, que no la perdía de vista, observó aquel movimiento y creyendo que reclamaba su presencia, pues ya había estado suficiente tiempo distante de ella cumpliendo con el decoro, se acercó sonriendo para felicitarla: pero era demasiado violenta la preocupacion de la favorita, para que sus ideas pudiesen en aquel instante distraerse hacia otro objeto.

—Quién es, señor, preguntó, aquel oficial pruso que vuelve la espalda á Mr. de Guemenée?

—Y que nos mira en este instante?

—Sí, sí, justamente.

—Es un enviado de mi primo de Prusia... algun filósofo como él. Le he traído esta noche queriendo que la filosofía prusiana consagrarse por medio de su embajador el nombre de Cotillon III.

—Cuál es su nombre?

—Esperad que recuerde.... Ah! si... el conde de Fenix.

—El és! murmuró Mme. Dubarry; el és, no hay duda!

Esperó el rey algunos instantes mas, por si Mme. Dubarry tenia que dirigirle

alguna otra pregunta: pero viendo que guardaba silencio:

—Señoras, dijo alzando la voz: mañana llegará la princesa á Compiègnes, y será recibida á las doce en punto. Todas las damas presentadas vendrán, exceptuando sin embargo las que están indispuestas, porque es incómodo el viaje, y Su Alteza Real sentiría que por su causa se agravasen las enfermedades.

Luis XV pronunció estas palabras mirando con severidad á Mr. de Choiseul, Mr. de Guemenée y Mr. de Richelieu.

Un silencio profundo sucedió á estas palabras.

Todos los concurrentes comprendieron fácilmente que las personas que habia nombrado el rey, habian caido de su gracia.

—Señor, dijo Mme. Dubarry que habia permanecido junto á Luis XV, os suplico perdoneis á la condesa de Egmont.

—Y por qué?

—Es hija del duque de Richelieu, que es el amigo mas fiel que tengo.

—Richelieu?

—Sin duda, señor.

—Bien, condesa, si así lo deseais....

Y acercándose al mariscal que no había perdido de vista un solo instante el movimiento de los labios de la favorita:

—Espero, querido duque, que Mme. de Egmont estará restablecida para mañana?

—Ciertamente, señor, para esta noche misma si Vuestra Majestad lo desea, contestó Richelieu con una reverencia en señal de respeto y gratitud.

Luis XV se dirigió seguidamente á la favorita y la dijo algunas palabras al oído.

—Señor, repuso esta inclinándose con adorable sonrisa, soy vuestra humilde vasalla.

Saludó el rey á toda su comitiva, y se retiró á sus aposentos.

No bien hubo cruzado el umbral del salon, cuando la condesa cada vez mas asustada, fijó de nuevo sus ojos en aquel hombre extraño que tan fuertemente la preocupaba.

Inclinóse este, como todos, al pasar el rey; pero aun cuando saludara, su frente

conservó cierta espresion de altanería, y casi de amenaza. Luego que Luis XV hubo desaparecido, se abrió camino por entre los grupos, y se detuvo á dos pasos de la favorita. Atraída esta por su parte de una invencible curiosidad, avanzó tambien un paso, de modo que al inclinarse, pudo el desconocido decirla en voz baja y sin que nadie le oyese:

—Me conocéis, condesa?

—Si señor, sois el profeta de la plaza de Luis XV.

Fijó entonces el desconocido su clara y enérgica mirada en la favorita, y añadió:

—Ya veis que no mentía cuando os pronostiqué que seríais reina de Francia.

—Cierto es, señor; ya se realizaron vuestras promesas, y aquí me teneis pronta á cumplir como debo mi palabra. Hablad: qué deseais?

—Es poco á propósito este sitio: y por otra parte aun no es tiempo de hacereros presente mi demanda.

—Sois dueño de hacerlo cuando gustéis, y siempre estaré dispuesta á cumplirla.

—Prometeis recibirme cualquiera que sea la hora y el tiempo en que solicite hablaros?

—Lo prometo.

—Gracias.

—Pero decidme: bajo qué nombre os presentareis? Será con el del conde de Fenix.

—No, acordaos de José Bálsamo.

—José Bálsamo!... repitió la condesa mientras el misterioso extranjero se alejaba confundiéndose en medio de los grupos. José Bálsamo! bien! no le olvidaré.

CAPÍTULO XXXIX.

Compiégne.

A la siguiente mañana despertó Compiégne enajenada de gozo, ó por mejor decir, no durmió aquella noche.

El aposentador de la casa real, tenia dispuestos desde el dia anterior los alojamientos en la ciudad, y en tanto que los oficiales reconocian el terreno, los no-

tables de acuerdo con el intendente, preparaban lo necesario para que los habitantes recibiesen el grande honor que les estaba reservado.

La edilidad picarda se ocupó hasta el amanecer en levantar arcos de triunfos cubiertos de flores, en formar cuadros de rosas y lilas, y en poner inscripciones latinas, francesas y alemanas en verso y en prosa.

Las jóvenes vestidas de blanco, según es costumbre inmemorial, los rejidores vestidos de negro, los franciscanos de gris y los oficiales de la guarnición con uniforme de gala, ocuparon sus puestos, estando todos dispuestos á echar á andar tan luego como les avisasen la llegada de la princesa.

El principe Luis-Augusto habia entrado incógnito en la poblacion á las once de la noche anterior, acompañado de sus dos hermanos. De madrugada montó á caballo, y seguido de los condes de Provenza y Artois, uno de los cuales contaba quince años y trece el otro, salió á galope hacia Ribecourt, siguiendo el

camino por donde debia llegar la princesa.

Preciso es confesar que tan galante idea no habia ocurrido al joven principe, sino á su ayo Mr. de Lavauguyon, que mandado llamar la víspera por el rey, habia recibido el encargo de instruir á su augusto alumno en todos los deberes que le imponian las veinte y cuatro horas que iban á transcurrir.

Para sostener, en todo su punto el honor de la monarquia, Mr. de Lavauguyon habia pues determinado, que el duque de Berry siguiese el ejemplo de los reyes sus antepasados, Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV, los cuales habian querido examinar por sí mismos, y sin la ilusion del adorno, á sus futuras esposas, menos preparadas en medio de un camino á sostener la inspeccion de un esposo.

Llevados al rápido galope de lijeros caballos, anduvieron tres ó cuatro leguas. Luis Augusto marchaba serio, y sus dos hermanos risueños. Volvieron á la ciudad á las ocho y media, el principe tan serio

como habia salido, Mr. de Provenza taciturno, y solo el conde de Artois mas alegre que estaba por la mañana. Este contraste dimanaba de que el duque de Berry estaba inquieto, el conde de Provenza envidioso, y el de Artois sumamente alegre de una misma cosa, á saber: de la extraordinaria hermosura de Maria-Antonieta.

El semblante de cada uno de los príncipes manifestaba su carácter respectivo; grave, envidioso, é indiferente.

Daban las diez en la casa de Ayuntamiento de Compiègne, cuando vió enarbolar el vijia, sobre el campanario de la aldea de Claives, una bandera blanca, que era la señal convenida para cuando se avistase á la princesa.

La campana de aviso tocó al punto, á cuya seña contestó un cañonazo disparado en la plaza del castillo.

Inmediatamente y como si solo aguardara aquel aviso, entró Luis XV en una carroza de ocho caballos, en medio de dos filas de tropa tendidas en la carrera, y seguido de la inmensa multitud

de los carruajes de su corte.

Los jendarmes y dragones abrian paso á galope entre el jentío atraido por el deseo de ver al rey ó de salir al encuentro de la princesa; porque de una parte estaba el esplendor, y de otra la curiosidad.

Cien carrozas de cuatro caballos, que casi ocupaban el espacio de una legua, escoltadas por cazadores, batidores y pajes, conducian cuatrocientas damas y otros tantos señores de la mas encopetada nobleza del reino, é iban seguidas de los jentiles-hombres de la casa real montados en arrogantes caballos, formando un brillante ejército en medio del polvo movido por aquella elegante y numerosa comitiva.

Detuviéronse algunos momentos en Compiègne, saliendo luego de la ciudad para llegar al limite convenido, que era una cruz colocada en el camino frente á Magny.

Toda la juventud francesa rodeaba al duque de Berry, mientras la antigua nobleza iba acompañando al rey.

Por su parte, la princesa, que no habia cambiado de carruaje, avanzó calculando su marcha hacia el sitio acordado.

Juntáronse por último ambas comitivas: apeáronse todos los cortesanos, y á escepcion de la carroza del rey y la de la princesa, todas quedaron en un instante desocupadas.

Abriose la portezuela del coche de Maria-Antonieta, quien saltó á tierra dirigiéndose en seguida hacia el carruaje real: empero Luis XV no bien divisó á su nuera, cuando bajó precipitadamente del suyo. Calculó con tanto acierto sus pasos la jóven princesa, que en el momento en que el rey pisó el suelo, ella se prosternaba en su presencia.

Bajose Luis XV para levantarla y la abrazó tiernamente, clavando en ella al mismo tiempo una mirada que la hizo ruborizarse á su pesar.

—El príncipe Luis Augusto! dijo el rey presentando á Maria-Antonieta el duque de Berry, que estaba de pies tras ella, sin que oficialmente, al menos, le

hubiese aun visto.

Hizo la princesa una graciosa reverencia á la que contestó el jóven duque sonrojándose. Acercáronse seguidamente las tres princesas acompañadas de sus dos hermanos, y María Antonieta los recibió atenta y afectuosamente.

Mientras mas se adelantaban las presentaciones, mayor era la ansiedad de Mme. Dubarry, que estaba de pies tras las princesas. Se haría mención de ella?.. Se la olvidaría?...

Luego que hubo terminado el rey la presentacion de Mme. Sofia, la menor de sus hijas, hubo una breve pausa, durante la cual todas las respiraciones permanecieron suspensas.

Titubeó Luis XV algunos segundos, y Maria Antonieta manifestó que esperaba con inquietud algun nuevo incidente, de que al parecer ya la habian prevenido de antemano.

Miró el monarca á su derredor, y viendo próxima á la condesa, la tomó de la mano y se acercó á su nuera.

Apartáronse inmediatamente todos los

cortesanos, y Luis XV se encontró en medio de un círculo, con María Antonieta y la favorita.

—La señora condesa Dubarry, dijo, mi mejor amiga.

Palideció la princesa; mas una sonrisa agradable asomó á sus descoloridos y trémulos labios.

—Vuestra Majestad es extraordinariamente afortunado, contestó, pues tiene tan encantadora amiga, y no me sorprende el afecto que puede inspirar.

Mirábanse atónitos todos los cortesanos: era evidente que la princesa observaba las instrucciones de la corte de Austria, y acaso repetía palabras dictadas por la misma María Teresa.

Creyendo entonces Mr. de Choiseul que era necesaria su presencia, se acercó para ser tambien presentado: empero el rey hizo una señal, y al punto rompió el estrepito de tambores, clarines y cañonazos.

Tomó Luis XV á la jóven princesa de la mano para conducirla á su carroza, y pasó de esta suerte por delante de

Mr. de Choiseul. Dificilmente podría afirmarse si le vió ó no; pero es lo cierto, que no hizo señal alguna que pareciese saludo.

Al tiempo que María Antonieta pasó á ocupar su asiento en la carroza réjia, las campanas de la ciudad comenzaron á repicar solemnemente.

Entró Mme. Dubarry en su coche, loca de gozo por su triunfo.

Detuviéronse en aquel sitio unos diez minutos mas, mientras el rey subió á su coche y se dirigió hácia la poblacion, en cuyo espacio estallaron todas aquellas voces reprimidas por el respeto ó por la curiosidad.

Acercóse Dubarry al carruaje de su hermana, y esta le acojió con risueño semblante, aguardando la enhorabuena.

—Sabes, Juana, la dijo señalando con el dedo un oficial de á caballo que estaba al pie de uno de los coches de la comitiva de la princesa, sabes quién es aquel jóven?

—No, contestó la favorita; pero sabes tu qué respuesta dió la princesa cuando

me presentó el rey á ella?

—No se trata de eso ahora. Ese jóven es Mr. Felipe de Taverney.

—El que te dió la estocada?

—Justamente. Y sabes quien es la admirable criatura con quien está hablando?

—Aquella jóven tan pálida y majestuosa?

—Sí, la que el rey está ahora mirando, y cuyo nombre pregunta sin duda á la princesa.

—Y qué?

—Es su hermana.

—Ah! exclamó Mme. Dubarry.

—Mira, Juana, no sé por qué me parece debes desconfiar tanto de ella, como yo de su hermano.

—Estás loco?

—Soy prudente. En todo caso yo me encargo de ese buen mozo.

—Y yo no perderé de vista á su hermanita.

—Chito! interrumpió el vizconde, que viene nuestro amigo el duque de Richelieu.

En efecto, el mariscal se acercó meneando la cabeza.

—Qué hay, querido duque? preguntó la favorita con sonrisa llena de encanto; parece que estais descontento!

—Ay condesa! replicó Mr. de Richelieu; no os parece que estamos todos muy circunspectos y casi tristes, á pesar del fausto suceso que celebramos? Recuerdo que en otro tiempo salimos para acompañar una princesa amable como esta, hermosa como esta; era la madre de Monseñor el príncipe heredero. Qué diferencia de humor! Seria tal vez porque éramos mas jóvenes?

—No, querido mariscal, interrumpió una voz detras del duque, consistia en que el trono era menos viejo.

Estremeciéronse casi, los que la oyeron, y el duque volviéndose, se encontró con un anciano caballero de elegante apostura, que con misantrópica sonrisa, le apoyaba una mano en el hombro.

—Qué veo! exclamó el duque, el baron de Taverney! Condesa, añadió, es un antiguo camarada, en favor del cual, so-

licito vuestra amistad: el baron de Taverney-Casa-Itoja.

—Es el padre! dijeron á una voz Juan y la condesa inclinándose para saludarle.

—Al coche señores! al coche! gritó en este momento el jefe de la escolta.

Los dos ancianos hidalgos saludaron á la favorita y al vizconde, y se encaminaron hacia un mismo carruaje, muy satisfechos de encontrarse despues de tan larga ausencia.

—Sabes, hermana, dijo Dabarry, que no me ha gustado mas el padre que los hijos?

—Qué lástima! repuso la condesa, que se haya escapado ese bribon de Jilberto! Nos habria dado noticias, él que los conoce desde tanto tiempo!

—Bah! dijo Juan, ya le toparemos, ahora que no tenemos otra cosa en que ocuparnos.

El movimiento de los carruajes interrumpió en este instante la conversacion.

La mañana siguiente despues de haber pasado la noche en Compiègnes, las

dos cortes, ocaso de un siglo, aurora de otro, se encaminaron reunidas hacia París, abismo abierto, destinado á devorarlas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE JOSÉ BALSAMO.



SEGUNDA PARTE.

JOSÉ BÁLSAMO.

CAPÍTULO I.

La protectora y el protegido.

Mientras tiempo es ya que volvamos á Jilberto, de cuya fuga estamos imperfectamente enterados, por la exclamacion imprudente que á Chon se le escapara.

Desde que en los preliminares del duelo de Felipe de Taverney con el viz-

conde Dubarry, supiera nuestro filósofo el nombre de su protectora, habiase entibiado considerablemente la admiración que antes la profesara.

Frecuentemente en Taverney, cuando oculto en algun bosquecillo, ó detras de una enramada, seguía con ojos ardientes á Andrea que paseaba con su padre, habia podido oír al baron explicarse categóricamente acerca de la condesa Dubarry. El rencor interesado del viejo Taverney, cuyos viciosos principios conocemos, habia hallado cierta simpatía en el corazón de Jilberto, la cual dimanaba de que Andrea jamás contradecía las murmuraciones de su padre, porque preciso es confesar que el nombre de Mme. Dubarry, era jeneralmente despreciado en Francia. Por último, lo que habia adhirido completamente á Jilberto al partido del baron, es que repetidas veces habia oído gritar á Nicolasa: «Ah! si yo fuera Mme. Dubarry!»

Hallábase Chon, todo el tiempo que duró el viaje, demasiado ocupada en cosas del mayor interés para atender á la

mudanza de humor que produjera en Jilberto el conocimiento de sus compañeros, y llegó á Versalles sin pensar mas que en esplotar cuanto fuese posible, en favor del vizconde, la estocada de Felipe, ya que no redundase en su mayor honra.

Respecto á Jilberto, no bien hubo entrado en la capital, si no de la Francia, al menos de la monarquía francesa, cuando olvidó todo mal pensamiento, á fin de poder entregarse á una franca admiracion. Versalles, majestuoso y frio, cuyos gigantescos árboles comenzaban ya á secarse y perecer de ancianidad, penetró á Jilberto de ese sentimiento de religiosa tristeza, que ninguna intelijencia bien organizada puede reprimir en presencia de las grandes obras, erijidas por la perseverancia humana, ó creadas por el poder de la naturaleza.

De esta impresion inusitada en Jilberto y contra la cual su orgullo innato luchaba en valde, resultó que en los primeros instantes permaneció silencioso de sorpresa y admiracion. La conviccion de su inferioridad y de su miseria le abru-

malta. Veíase bien pobremente vestido al lado de aquellos señores cubiertos de brillantes bordados, muy pequeño junto á los porteros, y asaz torpe cuando con sus zapaiones llenos de clavos, tuvo que andar sobre los pisos de mosaico, y sobre los encerados y bruñidos mármoles de las galerías.

Conociendo entonces cuán indispensable le era el apoyo de su protectora, se aproximó á ella para que los guardas viesen iba en su compañía. Empero luego que pudo reflexionar, aquella misma necesidad fué causa de que nunca pudiese perdonar á Chon las humillaciones que habia interiormente sufrido.

Ya sabemos por lo que vimos en la primera parte de esta obra, que Mme. Dubarry ocupaba en Versailles los magníficos aposentos que habitára en otro tiempo la princesa Adelaida. El oro, el mármol, los perfumes, las alfembras y los encajes deslumbraron desde luego á Jilberto, sensual por instinto y filósofo por voluntad, y embriagada su inteligencia al contemplar tan extraordinaria ostentacion, no

pudo conocer hasta despues de largo rato, que se hallaba en un reducido aposento con unas malas colgaduras de sarga, y que un criado le habia servido caldo, un resto de carne asada y un plato de crema, diciéndole al retirarse en tono majstral:

—Quedaos aquí!

Sin embargo, aun estaba hechizado Jilberto con una parte de aquel cuadro, que era en verdad la mas admirable. Habianle alojado en el último piso; pero desde la ventana de su boardilla divisaba todo el parque hermozeado con columnas de mármol: veía las aguas ocultas bajo la verdosa nata producida por el abandono, y por cima de las copas de los árboles trémulas como las olas del Océano, las esmaltadas llanuras y los azules horizontes de las montañas vecinas. La única cosa que entonces ocurrió á Jilberto, fué que semejante á los primeros señores de Francia, sin ser cortesano ni lacayo, sin recomendacion alguna de nacimiento ni bajeza de caracter, habitaba en Versalles, esto es, en el palacio del rey.

Mientras Jilberto tomaba su pobre comida, opípara por otra parte si se compara á la que tenía de costumbre, y por postre se asomaba á la ventana; penetraba Chon, como dijimos, en el aposento de su hermana; la informaba al oído del resultado de su expedicion cerca de Mme. de Bearn, y anunciaba en voz alta la desgracia ocurrida á su hermano; desgracia que á pesar del ruido que causó en su orijen, la hemos visto ir á perderse y morir en el abismo donde debian ir á perderse otras muchas cosas aun mas importantes, en la indiferencia del rey.

Hallábase Jilberto sumerjido en una de las meditaciones que eran en él usuales ante las cosas que sobrepujaban la medida de su intelijencia ó de su voluntad, cuando llegaron á avisarle que la señorita Chon le invitaba á bajar. Tomó el sombrero, le limpió, comparó á hurtadillas su casaca raída con el traje flamante del lacayo, y aun cuando reflexionó que el de este era de librea, no bajó con menos vergüenza al hallarse tan poco en armonia con las personas que tropezaba,

y con las cosas que á su vista sucedían.

Al mismo tiempo que Jilberto, bajaba Chon al patio, solo que ella venía por una escalera principal, y él por otra interior.

Aguardábales un carruaje de cuatro asientos, parecido en su forma á aquel famoso carricoche en que el gran rey paseaba á la vez á Mme. de Montespan, á Mme. de Fontanjes, y á veces tambien á la reina.

Subió Chon, y se instaló en la primera banqueta, con un gran cofre y un perrito, quedando otros dos asientos destinados para Jilberto, y para un especie de mayordomo llamado Granje.

Apresuróse Jilberto á colocarse detras de Chon para no rebajarse, mientras el mayordomo sin picarse ni hacer siquiera caso, tomó asiento detras del cofre y el perro.

Como Chon, parecida en el espíritu y corazón á todos los demas seres que habitaban Versalles, se sentia alegre al dejar el gran palacio, para disfrutar del aire puro de los bosques y de los prados, se hizo comunicativa, y apenas salió de la

ciudad se volvió hacia Jilberto diciendo:

—Vaya, señor filósofo, qué os parece Versailles?

—Magnífico, señora; pero le dejamos ya?

—Sí, ahora vamos á casa.

—Bien! á vuestra casa, replicó Jilberto.

—Eso quise decir. Os presentaré á mi hermana; procurad agradarla, pues en eso se ocupan hoy los principales señores de Francia. A propósito, Mr. Ganje, mandareis hacer un vestido completo á este jóven.

Al oír esta orden Jilberto, se puso encendido de vergüenza.

—Qué vestido, señora? preguntó el mayordomo: la librea ordinaria?

—La librea! exclamó Jilberto lanzando al mayordomo una mirada feroz, y dando un brinco sobre su banqueta.

No pudo Chon contener la risa viendo la indignacion del jóven filósofo, y añadió:

—No, mandareis hacer.... despues os lo diré. Tengo una idea que quiero co-

municar á mi hermana: cuidad solamente que su vestido esté dispuesto al mismo tiempo que el de Zamora.

—Está bien, señora.

—Conoceis á Zamora? preguntó Chon á Jilberto que estaba muy inquieto, al oír aquel diálogo.

—No tengo ese honor, señora, contestó.

—Es un camarada que vais á tener, y que va á ser nombrado gobernador del castillo de Luciennes. Granjeaos su amistad, porque á pesar de su color es excelente muchacho.

Ya estuvo Jilberto tentado por preguntar de qué color era Zamora; mas se contuvo al acordarse del sermón de moral que le predicara Chon sobre la curiosidad y temiendo recibir otra reprimenda.

—Procuraré hacerme amigo suyo, contestó Jilberto con una sonrisa llena de dignidad.

Llegaron á Luciennes. Nuestro filósofo había detenidamente contemplado todo: el camino recientemente plantado de árboles, las umbrosas laderas, el gran acueducto

que parece obra de romanos, los enmarañados y espesos castañares, y por último, la magnífica vista que presentan las praderas y bosques que acompañan ambas márgenes del Sena en toda la estension del camino que dirige hacia Maisons.

—Conque es este, decia para sí Jilberto, el pabellon que tanto dinero ha costado á la Francia, segun decia el baron de Taverney!

Multitud de perros gozosos, y de diligentes criados que acudian para saludar á Chon, interrampieron las reflexiones aristocrático-filosóficas de nuestro jóven filósofo.

—Ha llegado ya mi hermana? preguntó Chon.

—No señora, pero la están aguardando.

—Quién?

—El canciller, el subdelegado de policia, y el señor duque de Aiguillon.

—Bien! corred á abridme el gabinete de China, pues quiero verla antes que nadie, y la avisareis que estoy aqui, lo entendéis?—Ah! Silvia, añadió Chon diri-

jiéndose á una camarera que acababa de apoderarse del cofre y del perrillo, llevad Misapouf y ese cofrecito á Mr. Granje, y conducid mi filósofo á presencia de Zamora.

Miró Silvia en torno suyo, procurando sin duda indagar de qué clase de animal queria Chon hablar; pero sus miradas y las de su ama se fijaron al mismo tiempo en Jilberto, y Chon hizo una seña indicando que se trataba del jóven.

—Venid, dijo Silvia.

Jilberto cada vez mas admirado, siguió la camarera, mientras su protectora, mas lijera que un pájaro, desaparecia por una de las puertas laterales del pabellon.

A no ser por el tono imperioso con que Chon hablara á Silvia, mas bien habria creído Jilberto que era una gran señora, que una doncella de servicio, pues su traje era mas parecido al de Andrea, que al de Nicolasa. Tomó por tanto de la mano á Jilberto, conforme á la órden que recibiera, dirijiéndole una amistosa sonrisa; pues habia fácilmente conocido que las palabras dirigidas por Chon

al recién llegado, indicaban, si no cariño, capricho al menos.

Era Silvia una esbelta y elegante joven de ojos azules, tez blanca, ligeramente sonrosada y hermosos cabellos rubios. Sus finos y frescos labios, dientes blancos, y bien torneados brazos, causaron á Jilberto una de esas sensuales impresiones á que era tan propenso, recordándole con dulce estremecimiento la luna de miel de que hablara en otro tiempo Nicolasa.

Y como la intelijencia de la mujer está naturalmente dotada de la mas admirable penetracion para esta clase de sensaciones, Silvia pudo al punto conocer la que produjo en el ánimo del jóven filósofo, y con graciosa sonrisa preguntó:

—Cómo os llamais?

—Jilberto, repuso con agrado nuestro joven.

—Pues bien, señor Jilberto, venid á presentaros al señor Zamora.

—Al gobernador del castillo de Luciennes?

—Justamente.

Estiró Jilberto los brazos, limpió con

una manga su casaca, y se pasó el pañuelo por las manos. No dejaba de intimidarle sin embargo interiormente la idea de presentarse ante un personaje tan importante; mas recordando que refiriéndose á Zamora, su protejida habia dicho *es excelente muchacho*, siguió adelante con mas confianza.

Ya era amigo de una condesa y de un vizconde, é iba tambien á serlo de un gobernador.

—Y hay quien se atreva á calumniar la corte, dijo para sí, cuando es tan facil tener amigos en ella? Creo que estas jergas son muy hospitalarias y buenas.

Abrió Silvia en este instante la puerta de una antecámara, que mas parecia el *Atrium* de Lúculo en vista de los maravillosos mosaicos, y ricas incrustaciones del piso y de las paredes.

En aquel aposento, hundido entre los cojines de un inmenso sillón, reposaba, con las piernas cruzadas y mascullando pastillas de chocolate el señor Zamora, á quien ya conocemos, pero que era aun desconocido para Jilberto.

Así es, que el efecto que produjo la aparición del futuro gobernador de Luciennes, se manifestó de una manera asaz curiosa en el semblante del joven filósofo.

—Oh! exclamó contemplando desparovido aquella estraña figura, pues era la primera vez que veía un negro: oh! qué significa eso?...

Pero Zamora sin levantar siquiera la cabeza, continuó saboreando con placer sus pastillas.

—Este es el señor Zamora, respondió Silvia.

—Eso? exclamó Jilberto estupefacto.

—Sin duda, continuó la joven riéndose á pesar suyo del jiro que tomaba aquella escena.

—Como! ese mascarón es el gobernador del castillo de Luciennes? vamos os burlais de mi?

A este apóstrofe, se levantó Zamora y mostrando sus dientes blancos:

—Yo, gobernador, contestó, pero no mascarón.

Paseó Jilberto de Zamora á Silvia una mirada inquieta que se convirtió en co-

lérica, cuando vió que la doncella echó á reir á carcajadas, á pesar de los esfuerzos que hacía para contenerse.

Zamora que continuaba entretanto tan grave é impasible como un ídolo indio, volvió á meter la negra garra en un bolso de raso, donde guardaba sus confites.

Abrióse en este instante la puerta, y Mr. Granje entró seguido de un sastre.

—Hé aquí, dijo designando á Jilberto, la persona para quien há de ser el vestido: tomad como os he dicho la medida.

Alargó maquinalmente Jilberto los brazos, mientras la doncella y Mr. Granje hablaban en un rincón de la estancia, riéndose aquella á carcajadas á cada palabra que la decía el mayordomo.

—Ah! estará precioso! exclamó Silvia: y llevará el gorro puntiagudo como Sgaranelle?

No aguardó Jilberto que contestara el mayordomo: dió un brusco empellon al sastre, y por ningún precio consintió prestarse al resto de la ceremonia. Aunque no conocia á Sgaranelle, el nombre, y so-

bre todo, las estrepitosas careajadas de la doncella, le indicaban debía ser algun personaje eminentemente ridiculo.

—Basta! dijo Mr. Granje, no le violentéis; ya debeis estar suficientemente enterado.

—Por supuesto, replicó el sastre, ademas que esa clase de trajes, no importa que salgan anchos. Lo haré bien holgado.

Dicho esto, se retiraron Silvia, el mayordomo y el sastre, dejando á Jilberto solo con el negrito que continuaba mascando sus pastillas y enseñando sus dientes blancos.

Cuánto enigma para el pobre provinciano, y sobre todo, cuantos temores y angustias para el filósofo que veía ó creía ver su dignidad de hombre, mas fuertemente comprometida en Luciennes que en Taverney!

Resolvióse sin embargo á hablar á Zamora, pues se le habia ocurrido la idea de que tal vez seria algun principe indio como los que habia visto en las novelas de Crebillon, hijo.

Mas el principe indio en vez de con-

testarle, se dirigió á un espejo, miró su magnífico traje con tanta satisfacción como una novia contempla el que destina para su boda, y apernecándose en seguida sobre una silla de ruedas que puso en movimiento con los pies, dió diez vueltas por la antecámara, con una velocidad que probaba el estudio profundo que había hecho de aquel ingenioso ejercicio.

De repente sonó una campanilla, y el negrillo interrumpiendo inmediatamente sus evoluciones, se lanzó con precipitación por una de las puertas de la antecámara, en la dirección del timbre argentino.

Esta prontitud en obedecer aquel llamamiento, acabó de convencer á Jilberto, de que Zamora no era príncipe, como había llegado á figurarse al principio.

Asaltóle al pronto la idea de salir por la misma puerta que el negro; mas al extremo del corredor que daba á un salón vió tantos cordones azules y encarnados, y tan numerosa cuadrilla de lacayos insolentes y descarados, que tembloroso y

con la frente bañada en sudor, se retiró de nuevo á su antecámara.

Así pasó una hora, sin que volviese Zamora ni la doncella: con toda su alma deseaba Jilberto ver un rostro cualquiera, aun cuando fuese el del horrible sastre que debía ser ejecutor del chasco que le amenazaba.

Pasada aquella, se abrió la puerta y apareció un lacayo diciendo:

—Venid.

CAPÍTULO II.

El Médico por fuerza.

Muy sensible fué para nuestro filósofo obedecer á un lacayo; pero como se trataba sin duda de una variación en su estado, y como le parecía que toda variación debía serle ventajosa, se apresuró á seguirle.

La señorita Chon, libre en fin de toda responsabilidad, despues de haber puesto á su cuñada al corriente de su misión cerca de Mme. de Bearn, estaba almorzando muy descansadamente junto á una

ventana, donde llegaban las acacias y castaños del mas próximo quincunce.

Comia con notable apetito, lo cual disculpó Jilberto al ver sobre la mesa un salmorejo de faysan y una galantina de trufas.

Buscó el filósofo entonces con la vista sobre el velador el sitio de su cubierto, esperando que su protectora le invitase; pero ni siquiera le ofreció un asiento, contentándose con mirarle tal cual vez, y despues de beber un vaso de vino:

—Vaya, querido médico, dijo, á que altura os encontrais con Zamora?

—A que altura? repitió Jilberto.

—Si, porque presumo que ya sereis amigos.

—Amigo yo de un animal que no habla, y que cuando le dirijen la palabra, se contenta con poner los ojos en blanco y enseñar los dientes!

—Me asustais, repuso Chon sin interrumpir su almuerzo y sin que a espression del rostro correspondiera á sus palabras: parece que sois muy esquivo en materia de amistad....

—La amistad, supone igualdad, señora.

—Escelente máxima! continuó Chon. Luego no os creéis igual á Zamora?

—Es decir, repuso Jilberto, que no le creo igual á mi.

—En verdad, dijo Chon hablando consigo misma, es divertidísimo mi abijado!

Y volviéndose hacia Jilberto que la miraba con altivez, añadió:

—Conque deciais, querido doctor, que dais con dificultad vuestro corazón?

—Con mucha, señora.

—Segun eso, me engañé cuando me lisonjeaba ser del número de vuestras mas intimas amigas?

—Esperimento, señora, cierta inclinacion hacia vos personalmente, contestó Jilberto con sequedad: pero....

—Gracias! me considero indigna de tanto favor! Y cuánto tiempo es necesario, lindo desdeñoso mio, para que una persona merezca vuestro afecto?

—Mucho, señora; y aun así, hay algunas que á pesar de cuanto hagan, jamás lo obtendrán.

—Bien! ya no estraño cómo despues de haber vivido diez y ocho años en casa del baron de Taverney, la habeis abandonado de repente. Conque esa familia no ha podido alcanzar la suerte de caer en gracia, eh?

Jilberto se ruborizó.

—Vaya, no contestais? continuó Chon.

—Qué quereis que conteste, señora, sino que la amistad y la confianza son cosas que deben merecerse?

—Cáspita! eso quiere decir que los huéspedes de Taverney nunca pudieron merecerlas.

—Todos, no, señora.

—Y qué hicieron los que tuvieron la desgracia de desagradaros?

—No me quejo, señora, repuso orgulosamente el jóven.

—Está visto, continuó Chon: el señor Jilberto me escluye á mi tambien de su confianza. No es el deseo de conquistarla lo que me falta seguramente, sino el conocimiento de los medios que debo emplear.

Mordióse Jilberto los labios.

—En fin, esos Taverney nunca supieron contentaros, añadió Chon con una curiosidad, cuya tendencia conoció Jilberto. Vaya, decidme qué haciais en su casa?

Vióse bastante apurado Jilberto, pues él mismo ignoraba cuál habia sido su ocupacion en Taverney.

—Señora, contestó, yo era.... yo era hombre de confianza.

Estas palabras pronunciadas con la calma filosófica que á Jilberto caracterizaba, causaron á Chon tal acceso de hilaridad que recostándose en su sillón, prorumpió en estrepitosas carcajadas.

—Lo dudais, señora? exclamó Jilberto frunciendo el ceño.

—No por cierto! Sabeis, querido mio, que sois tan esquivo que no se puede hablar con vos? Si os preguntaba quienes eran esos Taverney, era solo con la idea de serviros vengándoos.

—Señora, yo no me vengo, ó en tal caso, me vengo solo.

—Muy bien; pero nosotros estamos tambien agraviados de esa familia, y pues-

to que á vos tambien os han ofendido, debemos naturalmente aliarnos para la venganza.

—Os equivocais, señora, mi manera de vengarme no puede convenirse de modo alguno con la vuestra, porque hablais de los Taverney en jeneral, y yo hago algunas escepciones, segun la diferente opinion que de ellos he formado.

—Veamos, en que clase considerais, por ejemplo, á Mr. Felipe de Taverney?

—Ninguna queja tengo contra él, pues jamas me ha hecho ni bien ni mal: asi es, que ni le amo ni le detesto.

—En ese caso no declararíais delante del rey ó de Mr. de Choiseul, contra el jóven de quien hablamos.

—Sobre qué?

—Sobre su duelo con mi hermano.

—Si me llaman á declarar, diré lo que sé.

—Y qué sabeis?

—La verdad.

—Y á qué llamais la verdad? esa es una palabra muy elástica.

—Jamás lo será para quien sabe dis-

tinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.

—Ya entiendo: el bien es Mr. Felipe de Taverney; y el mal el vizconde Dubarry.

—Esa es mi opinion, señora, á lo menos segun mi conciencia.

—Que haya yo recogido á este hombre! dijo Chon irritada: mirad como me paga el que me debe la vida!

—Decid mas bien, señora, el que no os debe la muerte.

—Es igual.

—Al contrario; es muy diferente.

—Pues como?

—No os debo la vida, pues solo me librásteis de que vuestros caballos me la quitáran: y aun esto no lo hicisteis vos, sino el postillon.

Miró Chon fijamente al jóven lójico que tan poco reparaba en los términos.

—Me creia con algun derecho, continuó esta dulcificando la sonrisa y la voz, para esperar mas galanteria de parte de un compañero de viaje, que sabia, durante el camino, encontrar tan bien mi brazo

debajo de un cojin y mi pié sobre su rodilla.

Estaba Chon tan provocativa con esta dulzura y esta familiaridad, que Jilberto olvidó á Zamora, al sastre y el almuerzo á que se habian olvidado de invitarle.

—Vamos, vamos, ya os vais haciendo mas tratable, dijo Chon pasando sus manos por las mejillas del jóven filósofo: declararéis contra Felipe de Taverney, es verdad?

—Oh! eso jamás! exclamó Jilberto.

—Y por qué, testarudo?

—Porque el vizconde Juan obró mal.

—En qué ha obrado mal?

—En insultar á la princesa, mientras Mr. Felipe de Taverney por el contrario...

—Qué?

—Tenia razon en defenderla.

—Hola! conque sois partidario de la princesa?

—Yo no soy partidario sino de la justicia.

—Sois un loco, Jilberto: callad, que no os oigan hablar así en este castillo.

—Pues dispensadme de contestar cuan-

do preguntéis.

—En ese caso, mudemos de conversacion.

Inclinose Jilberto en señal de asentimiento.

—Pero decidme, continuó Chon con notable aspereza, qué pretendéis hacer aqui si no procurais congraciaros?

—Y es preciso perjurar para congraciarme?

—De donde diablos sacais esas palabrotas?

—Del derecho que cada hombre tiene de permanecer fiel á su conciencia.

—Bah! añadió Chon: cuando se sirve á un amo, este reasume en sí toda responsabilidad.

—Yo no tengo amo, murmuró el jóven.

—Y al paso que llevais, bobalicon, dijo Chon levantándose con abandono, tampoco tendreis *ama*. Repito pues mi pregunta: contestad categóricamente. Qué pensais hacer aqui?

—Yo creí que no era preciso hacerse agradable, pudiendo ser útil.

—Os equivocais: lo mas comun es encontrar jentes útiles, y ya estamos hartos.

—Siendo asi, me retiro.

—Que os retirais?

—Por supuesto; yo no solicité venir, luego estoy libre.

—Libre! exclamó Chon, á quien comenzaba á irritar aquella resistencia á la que no estaba acostumbrada: no por cierto.

Inmutóse el semblante de Jilberto.

—Vaya, vaya, continuó la jóven conociendo por el jesto de su interlocutor, que no renunciaba tan fácilmente á su libertad: haya paz! Sois muy virtuoso, por lo cual me pareceis estraordinariamente divertido, aun cuando no sea mas que por el contraste que hareis con quanto os rodea. Guardad, sin embargo, vuestro amor á la verdad.

—Ya lo creo que le guardaré, r
Jilberto.

—Si, pero entendemos el
dos maneras distintas: digo qu
deis para vos, y no vayais
vuestro culto en los corre
non, ó en las antecámar
epuso
hecho de
e le guar
á celebrar
ores de Tri-
as de Versalles.

—Hum! murmuró Jilberto.

—No hay hum que valga. No sois tan sabio, querido filósofo, que no podais aprender muchísimas cosas de una mujer; ante todas: primer axioma: callando no se miente.

—Y si me interrogan?

—Qué han de interrogaros? Estais loco? Quién ha de acordarse de vos como no sea yo? Parece que aun no teneis escuela, señor filósofo, y es bastante rara la especie de que formais parte. Solo en caminos reales ó entre breñas era posible encontraros. Vivireis conmigo, y apuesto que antes de cuatro dias estais convertido en un cortesano perfecto.

—Lo dudo, contestó majestuosamente Jilberto.

Chon se encejó de hombros, y Jilberto se sonrió.

—Ea, dejemos esto, continuó la jóven: solo tendreis que agradar á tres personas.

—Que son?

—El rey, mi hermana y yo.

—Y para eso, qué hay que hacer?

—Visteis á Zamora? preguntó la jó-

ven esquivando la cuestion.

—El negro? contestó Jilberto en tono de desprecio.

—Si, el negro.

—Qué tengo yo que ver con él?

—Ése negro, amiguito, tiene ya dos mil libras de renta sobre la caja del rey; va á ser nombrado gobernador del castillo de Luciennes, y tal vez el que ahora se rie de sus labios gordos y de su color, le hará la corte, le llamará su señor, y aun monseñor.

—No seré yo, señora, repuso Jilberto.

—Vaya, vaya! dijo Chon: yo creia que uno de los primeros preceptos de los filósofos, era que todos los hombres son iguales.

—Por eso mismo, nunca llamaré á Zamora monseñor.

Batida con sus propias armas, mor-dióse Chon los labios de despecho, y continuó:

—Segun eso, no sois ambicioso?

—Si por cierto! exclamó Jilberto con ojos centelleantes.

—Si mal no me acuerdo, vuestra am-

bicion se limitaba á ser médico.

—Considero como la mas apreciable del mundo, la mision de socorrer nuestros semejantes.

—Bien, se realizarán vuestros deseos.

—De qué modo?

—Sereis médico, y médico del mismo rey.

—Yo! exclamó Jilberto; yo! que ignoro hasta las primeras nociones de la medicina!... Os burlais, señora!

—Bah! sabe Zamora por ventura lo que es un rastrillo, una contraescarpa? No seguramente, y sin embargo, ni se apura, ni esta ignorancia le impide ser gobernador del castillo de Luciennes con todos los privilejios inherentes á este título.

—Ah! ya comprendo, dijo amargamente Jilberto; no teneis mas que un bufon, y no es suficiente: el rey se fastidia, y necesita dos.

—Ea, exclamó Chon, otra vez le tenemos amoscado; os poneis tan feo, que dá gozo, ídolo mio. Guardad esos jestos para cuando tengais encasquetada la pe-

luca y el gorro puntiagudo: entonces si que estareis gracioso.

Jilberto frunció segunda vez el entrecejo.

—Vaya, continuó Chon, que bien podeis aceptar el cargo de médico del rey, cuando el señor duque de Tresmes, solicita el título de titi de mi hermana!

No replicó Jilberto, y Chon hizo la aplicacion del proverbio: quien calla otorga.

—En prueba de que comenzais á estar en favor, dijo la jóven, ya no comereis en la cocina.

—Ah! gracias, señora, contestó Jilberto.

—Ya he dado órdenes al efecto.

—Y donde comeré?

—Con Zamora.

—Yo?

—Sin duda: el gobernador y el médico del rey, bien pueden comer á la misma mesa. Id ya si quereis.

—Yo no tengo hambre, contestó Jilberto con aspereza.

—Bien, repuso Chon tranquilamente:

ahora no teneis hambre; pero la tendreis esta tarde.

Jilberto meneó la cabeza.

—Y si á la tarde no, será mañana. Ah! ya os amansareis, señor rebelde, y si dáis mucho ruido, tenemos á nuestras órdenes al señor corrector de pajes....

Estremecióse y palideció Jilberto al oír esta amenaza.

—Ea, marchaos con Zamora, dijo Chon con severidad: no os pesará; la cocina es buena, mas guardaos de ser ingrato, porque os enseñaria á ser agradecido.

Bajó Jilberto la cabeza, que era su movimiento acostumbrado, cuando en vez de contestar, acababa de resolverse á obrar.

El lacayo que trajo á Jilberto, le estaba aguardando á la salida y le condujo á un comedor contiguo á la antecámara. Zamora estaba á la mesa.

Jilberto fué á sentarse cerca de él, pero no se le pudo reducir á que comiera.

A las tres marchó á Paris Mme. Du-

barry, y Chon que debía incorporarse con ella mas tarde, dió orden para que domesticasen su oso. Muchas golosinas si ponia buena cara; grandes amenazas seguidas de una hora de calabozo, si continuaba en rebeldia.

A las cuatro entraron en el cuarto de Jilberto el traje completo del *Médico á palos*. Sombrero puntiagudo, peluca, casaca negra y saco del mismo color. Tampoco faltaba el cuello almidonado, la varilla y el libro.

El lacayo portador del disfraz, mostró á Jilberto sucesivamente cada uno de estos objetos, sin que demostrase la menor intencion de resistirse.

Entró Mr. Granje detras del criado para enseñarle el uso de las diferentes partes del traje, y nuestro jóven escuchó con la mayor paciencia la demostracion del mayordomo.

—Me parece, observó únicamense Jilberto, que los médicos llevaban en otro tiempo un tintero y un rollo de papel.

—Es verdad, dijo Mr. Granje: traed un tintero largo para que se lo cuelgue

à la cintura.

—Con pluma y papel, gritó Jilberto, quiero que el traje esté completo.

Salió el criado corriendo para ejecutar esta orden, debiendo al mismo tiempo enterar à la señorita Chon de la condescendencia del jóven filósofo.

Se alegró tanto aquella, que dió al mensajero una bolsita con ocho escudos, la cual debia colgarse, con el tintero, de la cintura del médico modelo.

—Gracias, dijo Jilberto; ahora suplico que se me deje solo para vestirme.

—Si, pero despachad pronto, repuso Mr. Granje, à fin de que la señorita pueda veros antes de marchar à Paris.

—Media hora, contestó Jilberto; no pido mas que media hora.

—Si es necesario, tres cuartos de hora, señor doctor, dijo el mayordomo cerrando con tanta precaucion la puerta de Jilberto, cual si fuese la de su caja.

Acercóse de puntillas nuestro jóven à la puerta para cerciorarse de que se alejaban los pasos, y corrió en seguida à la ventana que caia sobre unos terrados

cubiertos de arena, y rodeados de frondosos árboles que elevaban sus espesas ramas estendiéndolas por cima de los balcones de aquella parte del palacio.

Desgarró entonces el ropon en tres tiras, que unió entre sí, puso sobre la mesa sombrero y bolsa y escribió:

«Señora:

«El primero de todos los bienes, es la libertad: el mas sagrado de los deberes del hombre, es conservarla. Me violentais, y me emancipo.

«*Jilberto.*»

Y doblando inmediatamente la carta, puso el sobre para la señorita Chon, ató los doce pies de sarga á los barrotes de su ventana, por entre los cuales se escurrió como una culebra, y saltó al terrado con riesgo de su vida, luego que llegó al cabo de la cuerda. Aturdido aun del golpe, corrió á un árbol por entre cuyas ramas se deslizó hasta el suelo, y se alejó á escape con direccion á los bosques de Ville-d'Avray.

Cuando entraron á buscarle, estaba ya fuera de alcance.

CAPÍTULO III.

El Anciano.

Temiendo Jilberto que saliesen á perseguirle, no habia querido seguir el camino real, y de bosque en bosque habia llegado á una especie de floresta en la que se detuvo al fin, despues de haber andado legua y media en el espacio de tres cuartos de hora.

Miró el fujitivo á su alrededor, y se tranquilizó al verse enteramente solo. Procuró entonces aproximarse al camino, que segun sus cálculos debia conducir á París: pero unos caballos que descubrió cerca de la aldea de Roquencourt, conducidos por lacayos con libreas color de naranja, le asustaron de tal modo, que curó de la tentacion de andar por caminos reales, y se ocultó de nuevo en los bosques.

—Descansemos á la sombra de estos castaños, dijo para sí, pues si me buscan en alguna parte, ha de ser en el camino real; y esta noche de árbol en árbol, de

espesura en espesura, podré fácilmente introducirme en Paris. He oído decir que es grande, yo soy pequeño: allí me confundiré.

Tanto mejor le pareció esta idea, cuanto que el tiempo estaba hermoso, sombrío el bosque, y el suelo mullido. Los rayos de un sol intermitente ya, que comenzaban á desaparecer tras los collados, habian secado la yerba y arrancado de la tierra los blandos perfumes de la primavera que participan á la vez de la flor y de la planta.

Éra ya esa hora del dia, en que el silencio descende mas dulce y profundo del cielo que comienza á oscurecerse: esa hora en que cerrándose las flores, ocultan al insecto dormido en su cáliz. Las doradas y susurrantes moscas vuelan presurosas á refugiarse en los huecos de las encinas que les sirven de asilo; los pájaros cruzan mudos el follaje, percibiéndose solo el rápido roce de sus ligeras alas, y el único canto que aun resuena, es el acentuado silbido del mirlo, y el tímido gorjeo del pitirrojo.

Jilberto estaba familiarizado con los bosques, conocía sus rumores y su silencio: así es, que sin reflexionar mas tiempo, y sin dejarse arrastrar de temores pueriles, se arrojó sobre los matorrales salpicados aquí y allí de hojas enmohecidas por las humedades del invierno.

Bien pronto, lejos de aflijirse, una inmensa alegría arrebató su alma. Aspiraba á torrentes el aire libre y puro, conociendo que en esta ocasion habia tambien estóicamente triunfado de los lazos tendidos á las flaquezas humanas. Qué le importaba no tener pan, dinero ni asilo? No disponia plena y absolutamente de su querida libertad?

Tendióse pues al pié de un gigantesco castaño que le ofrecia un blando lecho entre los brazos de dos robustas raíces cubiertas de musgo, y mirando al cielo que le sonreia, quedose profundamente dormido.

El canto de los pájaros le despertó al amanecer, é incorporándose sobre el codo lastimado por el contacto del árbol duro, vió el crepúsculo azulado que con dudo

sa claridad alumbraba la triple salida de una encrucijada, en tanto que acá y allá por senderos húmedos de rocío, cruzaban rápidos con las orejas bajas los conejos, y mientras que el gamo curioso se detenía para mirar al través del espeso follaje, aquel objeto desconocido, que acostado bajo un árbol, le invitaba á huir cuanto antes, temerosos del peligro.

Puesto en pié nuestro filósofo, sintió que tenía hambre, pues ya recordará el lector, que no había querido comer la víspera con Zamora, de suerte, que desde su almuerzo de Versalles, no había vuelto á tomar nada. Al encontrarse bajo las bóvedas de los árboles de una floresta, él, intrépido cazador de los espesos bosques de Lorena, y de Champaña, se creyó todavía bajo las sombrías arboledas de Taverney, ó en los bosques de Piedrafita, despertando despues de un acecho nocturno, emprendido para Andrea.

Pero entonces encontraba siempre á su lado alguna perdiz atraída por el reclamo, algun faisán muerto al posarse en las ramas de algun árbol, al paso que

en esta ocasión solo veía su sombrero, bastante maltratado por el camino y por la humedad de la mañana.

No era pues un sueño, como creyera al despertar; Versailles y Luciennes, eran una realidad, desde su triunfante entrada en la una, hasta su precipitada salida de la otra.

Lo que mas le encaminó á la verdad, fué un hambre que crecía por instantes, haciéndose por consiguiente cada vez mas aguda é insoportable.

Buscó maquinalmente entonces á su alrededor las sabrosas moras, las ciruelas silvestres, y las jugosas raices de sus florestas, cuyo gusto, no por ser mas aspero que el de los rabanos, es menos agradable á los trabajadores, que con la azada al hombro, van por las mañanas á buscar el sitio del desmonte.

Pero no siendo aun la estacion de las frutas, no pudo ver mas que fresnos, castaños, y esas eternas en cinas que crecen en los arenales.

—Vamos, vamos, dijo para sí, iré derecho á Paris, pues solo debo estar á tres

ó cuatro leguas de distancia; en dos horas andaré el camino. Qué importa sufrir dos horas, cuando está uno seguro de no sufrir despues? En Paris todo el mundo tiene pan, y al ver un joven honrado y laborioso, el primer artesano que encuentre, no me le negará á cuenta de trabajo.

En un dia se encuentra en Paris la comida del siguiente: que mas necesito? Nada, con tal que cada dia me engrandezca, me eleve y me acerque.... al objeto que me he propuesto alcanzar.

Dicho esto, nuestro joven redobló el paso, y aunque deseara salir al camino real, le era enteramente imposible, pues habia perdido todo medio de orientarse. En Taverney y en todos los bosques circunvecinos, conocia el Oriente y el Occidente, siendo para él cada rayo de sol un indicio cierto de hora y de camino. Durante la noche, cada estrella, por desconocida que le fuese bajo su nombre de Venus, Saturno, ó Lucifer, le servia de guia: pero en medio de aquel mando nuevo, no conocia ya ni las cosas ni los

hombres, y era preciso sin embargo hallar en medio de unos y otros su camino á tientas, y entregado á los azares de la suerte.

—Afortunadamente, dijo entre si, he visto pilares que indican á qué parte se dirijen los caminos.

Y avanzó hacia la encrucijada donde habia visto aquellos pilares indicadores.

Habia tres en efecto: el uno conducia á Marais-Jaune, el otro al campo de la Alondra, y el tercero al Trou-Salé.

Corrió Jilberto tres horas, sin poder salir del bosque, y sin adelantar terreno.

Bañaba el sudor su frente: veinte veces habia trepado por los castaños colosales; pero al llegar á la cima, no habia podido descubrir mas que á Versailles, tan pronto á la derecha como á la izquierda: Versailles hacia el cual parecia que la fatalidad le atraia constantemente.

Casi loco de furor, no atreviéndose á salir al camino real, convencido de que todo Luciennes corria tras él, y guardando siempre el centro de los bosques, acabó por pasar á Viroflay, despues á

Chaville, y por último á Sevres.

Las cinco y media daba el reloj del castillo de Meudon, cuando llegó al convento de los capuchinos, situado entre la fábrica y Bellevue; y desde allí, subido sobre una cruz, á riesgo de romperla y ser enrodado, como Sirven, por decreto del parlamento, divisó el Sena, la poblacion y el humo de las primeras casas.

Pero á un lado del Sena, en medio de la aldea, y por delante del umbral de aquellas casas, pasa el camino real de Versailles, del que tanto interés tenía en alejarse.

Por un momento cesó Jilberto de sentir el cansancio y el hambre. Divisaba al horizonte multitud de casas perdidas entre el vapor matinal, y creyendo que seria Paris, emprendió presuroso su carrera en aquella direccion, sin detenerse hasta que sintió que iba á faltarle el aliento.

Hallábase en el bosque de Meudon, entre Fleury y Plessis-Piquet.

—Vamos, vamos, dijo mirando en torno suyo; fuera vergüenza. Es imposible

que deje de encontrar algun trabajador de esos que llevan un gran pedazo de pan bajo el brazo. Yo le diré:—Todos los hombres son hermanos, y por consiguiente deben mutuamente ayudarse. Llevais ahí mas pan del que necesitais, no solamente para vuestro desayuno, sino para todo el dia, mientras que yo me muero de hambre:—Y me dará entonces la mitad de su pan.

La filosofia de Jilberto, aumentaba con el hambre, y continuando sus reflexiones mentales:

—En efecto, añadia, no es todo comun al hombre sobre la tierra? Dios, ese manantial eterno de todo lo criado, ha dado por ventura á este ó aquel el aire que fecunda la tierra, ó la tierra que fecunda los frutos? No; pero hay muchos que han usurpado; aunque á los ojos del Señor, como á los del filósofo, nadie posee, y el que tiene no es mas que aquel á quien Dios ha prestado.

Y Jilberto reasumia con una inteligencia natural, esas ideas, vagas é indecisas en aquella época, que los hombres

sentian fluctuar en el aire y pasar por encima de su cabeza, como esas nubes que impelidas hacia un solo punto, se amontonan y acaban por formar la tempestad.

—Algunos, continuaba Jilberto siguiendo su camino, algunos se quedan injustamente con lo que pertenece á todos, y hay derecho para arrancarles por fuerza, lo que no pueden poseer solos, y sobre lo que no tienen mas derecho que el de participacion. Si mi hermano tiene demasiado pan para si, y me niega un pedazo, yo... yo se lo quitaré á la fuerza, imitando en esto la ley animal, fuente de todo buen sentido y de toda equidad, puesto que deriva de toda necesidad natural: á menos que mi hermano me diga: esta parte que reclamas, es la de mi mujer y mis hijos: ó bien: yo soy el mas fuerte, y comeré este pan á pesar tuyo.

Hallábase nuestro jóven en esta disposicion de lobo hambriento, cuando dió vista á un llano, cuyo centro estaba ocupado por una laguna rodeada de espadañas y juncos.

Sobre la florida pendiente que descendía hasta el agua, cruzada en todas direcciones por insectos de largas patas brillaban semejantes á un semillero de turquesas, numerosas matas de vellosillas.

El fondo de este cuadro, ó el anillo de circunferencia, estaba formado por un vallado de gruesos álamos blancos, mientras multitud de alisos, ocupaban con su espeso ramaje, los intervalos que dejara la naturaleza entre los arjentados troncos de sus dominadores.

Seis alamedas daban entrada á esta especie de encrucijada, dos de las cuales parecían subir hasta el sol, que doraba la copa de los árboles lejanos, en tanto que las otras cuatro, diverjentes como los rayos de una estrella, desaparecían en las profundidades azuladas de la selva.

Aquella especie de sala de verdura, en la que se introdujera Jilberto por una de las sombrías alamedas, parecía mas fresca y mas florida que ningun otro sitio del bosque.

El primer objeto que distinguió, cuando despues de haber abarcado con sola

una ojeada, el lejano horizonte que acabamos de describir, dirigió con mas atencion su vista en torno suyo, fué en la penumbra de un profundo foso, el tronco de un árbol derribado, sobre el cual estaba sentado un hombre de peluca gris, y con fisonomía dulce y espresiva. Vestia una casaca de paño basto y oscuro, calzones del mismo color y chaleco de piqué blanco: sus medias de algodón gris, ocultaban una pierna bien formada y nerviosa, sus zapatos de hebilla, empolvados todavía, estaban mojados por la punta del rocío de la mañana.

A un lado de este hombre, y sobre el árbol derribado, habia una caja verde, abierta y enteramente llena de plantas recientemente cojidas. Tenia entre sus rodillas un baston de acebo, cuyo redondo puño, relucia en la sombra, y que terminaba en una pala de dos pulgadas de ancho sobre tres de largo.

Abarcó Jilberto de una sola mirada los diferentes detalles que acabamos de presentar; pero lo que vió desde luego, fué un pedazo de pan, que el anciano divi-

dia en pequeñas fracciones para comerlas, compartiéndolas fraternalmente con los pinzones y verderoles que miraban desde lejos la presa codiciada, lanzándose sobre ella tan luego como les era entregada, y alejándose velozmente hácia el interior de la floresta.

De vez en cuando, el anciano que los seguía con mirada dulce y viva, metía la mano en un pañuelo, y sacaba una cezeza, que saboreaba entre dos bocados de pan.

—Bueno, ya legré lo que buscaba, dijo Jilberto separando las ramas, y dando cuatro pasos hácia el solitario, que salió al fin de su meditacion.

Pero aun no habia andado la tercera parte del camino, cuando viendo el aire dulce y pacífico de aquel hombre, se detuvo y se quitó el sombrero.

El anciano, por su parte, reparando que no estaba ya solo, dirigió una rápida ojeada á su chaleco y casaca, que abotonó inmediatamente.

CAPÍTULO IV.

El Botánico.

Jilberto se acercó por último con resolución al anciano; mas la primera vez que abrió la boca, la volvió á cerrar sin atreverse á pronunciar una sola palabra. Su propósito flaqueaba, pues le parecía que iba á pedir una limosna, y no á reclamar un derecho.

Esta timidez que no pasó desapercibida del anciano, pareció que le infundía á él mas ánimo.

—Queríais hablarme, amigo? dijo sonriendo y dejando el pan sobre la yerba.

—Sí señor, contestó Jilberto.

—Qué deseais?

—He visto que echais pan á los pájaros, como si no fuese cierto que Dios los alimenta.

—Sí que lo es, jóven, respondió el desconocido; pero se vale de la mano del hombre como de un medio para cumplir ese fin. Si tratáis de reconvenirme, no teneis razon, porque nunca se desperdi-

cia el pan, ya sea arrojado en un bosque desierto, ya en una calle poblada; allí se le llevan las aves; aquí le recojen los pobres.

—Pues aunque ahora estamos en un bosque, replicó el jóven notablemente conmovido al oír la voz dulce y penetrante del anciano, sé de un hombre que disputaría ese pan á los pájaros.

—Sois vos tal vez, amiguito? exclamó el desconocido: teneis hambre?

—Mucha, á fé mia, y si permitís....

Cojió el anciano con prontitud el pan, cediendo á un impulso de compasion; empero reflexionó y clavó de repente en Jilberto una mirada tan viva como penetrante.

No tenía en efecto el jóven tales trazas de hambriento que no fuera lícita la reflexion: llevaba ropa decente, aunque algo manchada por el contacto de la tierra, y camisa limpia, (pues se la habia mudado la vispera en Versalles,) si bien arrugada por la humedad. Era pues evidente que Jilberto habia pasado la noche en el bosque.

Tenia además, y esto era lo más notable, manos blancas y afiladas, no tan propias del hombre consagrado al trabajo material, como del que pasa la vida entregado á vagas meditaciones.

Jilberto, que no carecía de tacto, comprendió desde luego la desconfianza y vacilación del desconocido, y trató de anticiparse á conjeturas que no podían serle favorables.

—Todo el que pasa doce horas sin comer, dijo, tiene hambre: hace veinte y cuatro que yo no he tomado alimento.

La verdad de las palabras del jóven se revelaba en la alteración de su fisonomía, en el temblor de su voz, y en la palidez de su semblante.

Renunció pues el anciano á su indecisión, ó mejor dicho á sus temores, y le presentó á la par el pan y un pañuelo de donde sacaba las guindas.

—Gracias, dijo Jilberto, apartando con dulzura el pañuelo, gracias, con el pan me basta.

Y dividiéndole en dos trozos, guardó uno, devolvió el otro, y fué á sentarse so-

bre la yerba á tres pasos del anciano, que le miraba cada vez mas asombrado.

Breve fué el refrijerio. El pan era poco, y Jilberto tenia mucho apetito. El desconocido sin interrumpirle, continuaba entretanto su silencioso exámen, aunque furtivamente, y concediendo en apariencia toda su atencion á las plantas y flores de la caja, que enderezándose como para respirar, alzaban su odorífero cáliz hasta la tapa de hoja de lata.

Sin embargo, viendo que Jilberto se acercaba á la charca, exclamó vivamente.

—No bebais esa agua, jóven; está inficionada por la descomposicion de las plantas muertas del año pasado, y por los huevos de rana que flotan en la superficie. Mejor es que tomeis algunas cerezas que os quitarán la sed tan bien como el agua. Tomadlas, os las ofrezco, pues veo que no os gusta ser molesto.

—Es cierto, la importunidad es enteramente opuesta á mi carácter, y nada temo tanto como ser importuno. No hace mucho que lo he probado en Versalles.

—Hola! Venís de Versalles? pre-

guntó el desconocido mirando á Jilberto.

—Si señor, contestó este.

—Poblacion rica! muy pobre, ó muy orgulloso debe ser el que alli muera de hambre.

—Soy ambas cosas.

—Habeis tal vez reñido con vuestro amo? preguntó timidamente el botánico asediando al jóven con miradas curiosas, ínterin colocaba las plantas en su caja.

—Yo no tengo amo, caballero.

—Ambiciosa es vuestra respuesta, repuso el desconocido cubriéndose la cabeza.

—Pero muy exacta sin embargo.

—Os equivocais, jóven: en el mundo todos tenemos quien nos mande: y no entiende bien el orgullo, aquel que dice: yo no tengo amo.

—Como?

—Es claro: nadie hay, sea jóven ó viejo, que no obedezca la ley de un poder dominador. Unos son gobernados por hombres, otros por principios, y no son los amos mas severos los que ordenan ó hieren por medio de la voz ó del brazo humano.

—Bien, repuso Jilberto, entonces confieso que á mi me gobiernan principios: ellos son el único amo que puede reconocer sin vergüenza un ser pensador.

—Y cuáles son los vuestros? Muy jóvenes pareceis para tenerlos ya fijos, amigo.

—Sé que los hombres son hermanos; que cada cual contrae al nacer ciertas obligaciones para con sus semejantes: sé que Dios me ha dado un valor grande ó pequeño, y que así como yo reconozco el de los demas, tengo derecho á exigir que reconozcan el mio, siempre que yo no le exajere. Mientras no cometa ninguna accion injusta ó deshonrosa, soy acreedor á aprecio, aunque solo fuese en mi cualidad de hombre.

—Hola! dijo el desconocido: habeis estudiado?

—No señor, por desgracia mia: pero he leído el *Discurso sobre la desigualdad de condiciones*, y el *Pacto social*. De esos dos libros proceden todos mis conocimientos, y acaso todos mis engaños.

Al oír estas palabras, se animaron los ojos del desconocido con un brillo estraor-

dinario. Del movimiento que hizo, faltó poco para que se rompiese una siempreviva encarnada de lucientes hojuelas, que se resistia á quedar bien colocada en la caja.

—Y son esos los principios que profesais?

—Acaso no serán los vuestros, repuso el jóven, pero son los de Juan Jacobo Rousseau.

—Falta saber, continuó el desconocido, con una desconfianza sobrado marcada, para no ajar el amor propio de Gilberto; falta saber, si los habeis comprendido bien.

—Creo que entiendo el francés; y mucho mas cuando es castizo y poético....

—Estais probando lo contrario, repuso sonriendo el botánico; pues si lo que os acabo de preguntar no es precisamente poético, es claro al menos. Deseaba saber si vuestros estudios filosóficos os habian puesto en estado de penetrar hasta el fondo del sistema de...

El desconocido se detuvo casi ruborizado.

—De Rousseau, continuó el jóven. Cierta es, señor, que no he estudiado filosofía en ningun colejio, pero tengo un instinto que, entre todos los libros que he leído, me ha revelado la esclencia y utilidad del *Pacto social*.

—Materia árida para un jóven, objecto de contemplacion muy seco para ensueños hechos á los veinte años; flor amarga y poco perfumada para una imaginacion que está en su primavera, dijo el anciano con dulce tristeza.

—La desgracia forma al hombre antes de tiempo, contestó Jilberto, y en cuanto á los ensueños, si se les deja seguir su inclinacion natural, conducen muy frecuentemente al mal.

Abrió el desconocido sus ojos, que los tenia cerrados con cierta espresion meditabunda que le era habitual en sus momentos de calma, y que prestaba no poco atractivo á su fisonomía.

—A quién aludis? preguntó sonrojándose.

—A nadie, caballero, contestó Jilberto.

—Vaya, si...

—Os aseguro que no.

—Parece que habeis estudiado al filósofo de Jinebra. Haceis alusion á su vida?

—No le conozco, contestó candorosamente Jilberto.

—No le conoceis? repuso el desconocido exhalando un suspiro. Sabed, jóven, que es una criatura muy desgraciada.

—Es imposible. Juan Jacobo Rousseau desgraciado! No habria entonces justicia en el cielo ni en la tierra. Desgraciado el hombre que ha consagrado su vida entera á la felicidad de sus semejantes!

—Vamos, vamos! veo en efecto que no le conoceis: pero hablemos de vos, amigo mio, si os parece bien.

—Mas quisiera continuar ilustrándome en el asunto de que tratamos, porque, qué he de deciros de mí que no soy nada?

—No me conoceis ademas, y temeréis confiaros á un extraño.

—Oh! qué puedo yo temer de nadie? Quién puede hacerme mas desgraciado de lo que soy en este momento? Recordad de qué manera me he presentado

à vos, solo, pobre y hambriento.

—A dónde ibais?

—A París. Sois tal vez parisiense?

—Sí. . ó por mejor decir, no.

—En qué quedamos? preguntó sonriendo el joven.

—No me gusta mentir, y noto à cada instante cuanto se debe reflexionar antes de hablar. Soy parisiense, si por este nombre se conoce al que habita en París hace mucho tiempo, y vive à la manera de París; mas no he nacido en la capital. Qué objeto tenia esa pregunta?

—Estaba enlazada en mi mente, con la conversacion que acabamos de tener, pues si vivís en París, debeis haber visto à Mr. Rousseau de quien hablábamos antes.

—En efecto, algunas veces le he visto.

—Todos le miran cuando pasa, le admiran, y le señalan con el dedo como al bienhechor de la humanidad, no es verdad?

—No, los muchachos le siguen, y alentados por sus padres, suelen lanzarle piedras.

—Dios mio! exclamó Jilberto con doloroso estupor; pero al menos sera rico.

—A veces dice como vos esta mañana: donde almorzaré hoy?

—Tendrá siquiera, aunque pobre, influjo, poder, prestigio...

—Ninguna noche al acostarse, puede afirmar que al dia siguiente no amanecerá en la Bastilla.

—Oh! cómo debe odiar á los hombres!

—Ni los odia, ni los quiere; solo los mira con repugnancia.

—No odiar á quien nos maltrata! exclamó Jilberto, no lo comprendo.

—Rousseau ha sido siempre libre, joven, siempre ha tenido la suficiente fuerza para no necesitar el auxilio de nadie, y la fuerza y la libertad hacen al hombre tratable y bueno: solo la esclavitud y la debilidad forman á los malvados.

—Por eso he querido ser libre tambien, dijo Jilberto con jactancia: adivinaba lo que acabais de explicarme.

—La libertad puede conservarse hasta en la cárcel, amigo mio; aunque mañana estuviera Rousseau en la Bastilla, lo que no dejará de sucederle tarde ó temprano, escribiria y pensaria tan libremente como

en las montañas de Suiza. Por mi parte nunca he creído que la libertad del hombre consista en que haga lo que quiera; sino en que ningún poder humano le obligue á hacer lo que no quiera.

—Ha escrito Rousseau lo que acabais de decir?

—Creo que sí, contestó el desconocido.

—En el *Pacto social*?

—No, en una publicación nueva, titulada: *Meditaciones de un solitario durante sus paseos*.

—Creo, dijo Jilberto con calor, que tenemos un punto de contacto.

—Cuál?

—Ambos queremos y admiramos á Rousseau.

—Hablad solo por vos, jóven; estais en la edad de las ilusiones.

—En cuanto á las cosas, es fácil equivocarse: pero en cuanto á los hombres, no.

—Ay! con el tiempo conoceréis que los juicios mas errados, son los que se refieren á los hombres. Rousseau será tal vez algo mas justo que sus semejantes; pero creedme, tiene sus defectos, y no flojos.

Movió Jilberto la cabeza, manifestando poca convicción: mas á pesar de esta incivil demostracion, el desconocido continuó hablándole con la misma afabilidad.

—Volvamos á nuestro punto de partida, añadió: ya sé que habeis abandonado vuestro amo en Versalles.

—Y aunque os he contestado que yo no tengo amo, replicó Jilberto con tono menos seco, habria podido añadir, que en mi mano ha estado servir á uno muy ilustre, y que no he querido aceptar un empleo que muchos hubieran envidiado.

—Un empleo?

—Sí, el de servir de diversion á unos señores ociosos; pero opiné que siendo jóven y pudiendo estudiar y hacer carrera, no debia perder la época preciosa de la juventud, ni comprometer en mi persona la dignidad del hombre.

—Bien, dijo gravemente el desconocido; pero habeis adoptado algun plan para realizar vuestros deseos?

—Ambiciono ser médico.

—Carrera hermosa y noble, que presenta dos caminos en que escojer: el de

ia verdadera ciencia modesta y mártir, y el del charlatanismo, descarado, deslumbrador y repugnante. Si sois amigo de la verdad, sed médico; si de la ostentacion, haceos médico.

—Pero se necesita mucho dinero para estudiar, es verdad?

—Se necesita sin duda; pero no tanto como acaso creéis.

—Cierto es, repuso Jilberto, porque Juan Jacobo Rousseau que todo lo sabe, ha estudiado por nada.

—Por nada!.. jóven, dijo el anciano sonriendo tristemente, no estimeis en tan poco lo mas precioso que Dios ha dado al hombre: el candor, la salud, el sueño. eso ha costado al filósofo Jinebrino lo poco que ha llegado á aprender.

—Lo poco! repitió Jilberto con enojo.

—Sin duda, informaos, y vereis lo que de él os dicen.

—En primer lugar, es un gran músico.

—Bah! no porque el rey Luis XV haya cantado con pasion: *Mi servidor he perdido*, debe llamarse buena ópera al *Adivino de la aldea*.

—Es un gran botánico. Diganlo sus cartas de que nunca he podido proporcionarme mas que algunas hojas descabaldadas: pero vos debeis conocerlas bien, puesto que tambien andais recojiendo plantas.

—Oh! hay hombre que se tiene por todo un botánico, cuando no es mas que...

—Acabad.

—Mas que un herborista... si acaso...

—Y vos qué sois?... herborista, ó botánico?

—Yo! herborista muy humilde y muy ignorante, en vista de esas maravillas de la creacion que se llaman plantas y flores.

—Sabe latin.

—Muy mal.

—Pues yo leí en un periódico que habia traducido cierto autor de la antigüedad, llamado Tácito.

—Porque llevado de su orgullo,—quién no es orgulloso alguna vez?—quiso acometerlo todo; pero él mismo dice en la advertencia de su primer libro, único que ha traducido, que entiende bastante mal el latin, y Tácito que es autor de prueba, rindió en breve sus fuerzas.—

No, buen amigo, mal que le pese á vuestra admiracion, no existen hombres universales y casi siempre se pierde en superficialidad, lo que se aventaja en su eficacia. No hay riachuelo que desbordándose en una tempestad, no parezca un lago: pero si quereis que sostenga el peso de un buque, tocareis fondo al momento.

—Y en vuestro concepto, Rousseau es uno de esos hombres superficiales?

—Si; quizá presentará una superficie algo mas estensa que los demas hombres; pero no pasa de ahí.

—Muchos, segun creo, aceptarían con orgullo esa estension de superficie.

—Lo decis por mí? preguntó el botánico con una llaneza que desarmó al punto á Jilberto.

—No por cierto, contestó este, me gusta mucho vuestra conversacion, y no quisiera ofenderos.

—Sepamos qué méritos tiene para gustaros; porque no creo que trateis de adularme por un pedazo de pan y algunas cerezas.

—Teneis razon: no adularia yo ni

por el imperio del mundo: però sois el primero que me ha hablado sin aspereza, con bondad, y como se habla á un jóven y no á un niño. Aun cuando no hemos estado de acuerdo en cuanto á Rousseau, advierto al través de vuestro apacible carácter, un espíritu elevado que cautiva el mio. Me parece que al hablar con vos, estoy en un magnífico salon, que tiene cerradas todas sus ventanas, y cuya riqueza adivino á pesar de la oscuridad. Si permitís que penetre en vuestra conversacion un rayo de luz, quedará deslumbrado.

—Observo que os explicais con cierto estudio, cual si hubiéseis recibido una educacion mucho mas esmerada de lo que me habeis dicho.

—Esta es la primera vez que me sucede, y á mi mismo me sorprenden los términos en que hablo. Hay algunos cuya significacion comprendo apenas, y de que me valgo por haberlos oido una sola vez. Ya los habia encontrado en los libros que he leído, pero sin entenderlos.

—Habeis leído mucho?

—Demasiado, y pienso leer mas aun. Miró el desconocido á Jilberto con sorpresa.

—Si, continuó este; he leído cuanto ha caído en mis manos, ó por mejor decir, bueno ó malo, lo he devorado todo. Oh! si hubiese tenido quien me hubiera guiado en mis lecturas, quien me hubiese dicho lo que debia olvidar, y lo que convenia grabar en mi memoria!... Mas perdonad, olvido que por mas preciosa que sea para mí vuestra conversacion, no debeis pensar lo mismo de la mia. Estábais herborizando, y acaso os estorbaré.

Y el joven hizo un movimiento para retirarse; aunque deseando vivamente que no se lo permitiese su interlocutor. Este que tenia los ojos fijos en él, parecia leer hasta en lo mas profundo de su alma.

—No; le contestó, ya está casi llena mi caja, y solo me falta que recojer algunos musgos: me han dicho que crecen muy buenos capilares por estos contornos.

—Aguardad, interrumpió Jilberto;

creo haber visto lo que buscais en una peña.

—Lejos de aquí?

—No, á cincuenta pasos.

—Pero como sabeis que las plantas de que hablais son capilares?

—He nacido en los bosques; y además, la hija de la persona en cuya casa me he criado, era tambien aficionada á botánica: tenia coleccion de plantas y encima de cada una, escribia ella misma su nombre. Yo acostumbraba mirar con frecuencia las plantas y los letreros, y me parece haber visto algunos musgos, que yo no conocia mas que bajo el nombre de musgos de roca, designados bajo el de capilares.

—Y teneis aficion á la botánica?

—Ah! siempre que oia decir a Nicolasa—así se llamaba la doncella de la señorita Andrea—siempre que la oia decir que su ama estaba buscando inútilmente alguna planta en las cercanías de Taverney, la rogaba tratase de conocer su forma, y muchas veces sin saber la señorita Andrea que era para mi, la di-

bujala de cuatro rasgos. Nicolasa cojía el dibujo y me lo daba. Entonces empezaba yo á corretear por los campos, prados y bosques, hasta dar con la planta en cuestion. Luego que la encontraba, la arrancaba con un azadon, y la trasplantaba durante la noche á la pradera inmediata al castillo, de modo que al verla la señorita Andrea al pasarse la mañana siguiente, daba un grito de gozo y decia:—ay Dios mio! que cosa tan rara! hé andado buscando por todas partes esta planta y está aquí!

Miró el Botánico con mas atencion al joven, y si este pensando lo que acababa de contar no hubiese bajado sus ojos ruborizado, habria descubierto en aquel exámen un interés lleno de ternura.

—Muy bien amigo, dijo el anciano, continuad estudiando botánica, y ella os conducirá por el camino mas corto á la medicina. Nada ha criado Dios inútilmente, creedlo; y cada planta tendrá algun dia su significacion en el libro de la ciencia. Aprended primero á conocer los simples y luego estudiareis sus propiedades.

—Hay colejos en Paris?

—Los hay hasta gratuitos: el de cirugía por ejemplo, es uno de los beneficios del reinado presente.

—Asistiré á sus cátedras.

—No hay cosa mas facil; porque es de suponer, que vuestros padres os pasen una pension alimenticia, en vista de vuestras buenas disposiciones.

—No tengo padres; pero por eso no hay miedo: me mantendré con mi trabajo.

—Mucho que sí, y puesto que habeis leído á Rousseau, habreis visto en sus obras que todo hombre, aun quando sea hijo de un príncipe debe aprender un oficio mecánico.

—No he leído el *Emilio* donde creo que está ese consejo: no es asi?

—Cierto.

—Pero hé oido á Mr. de Taverney que se burlaba de esa máxima, manifestar al mismo tiempo pesadumbre de no haber hecho carpintero á su hijo.

—Y qué le hizo?

—Oficial.

—Si, asi son todos los nobles, re-

puso sonriendo el anciano, en vez de enseñar á sus hijos los oficios que sirven para vivir, los dedican al que sirve para matar: pero venga luego una revolucion, y tras ella el destierro y habrán de mendigar en el extranjero, ó vender su espada que es peor todavia. Pero vos que no sois hijo de noble, tendreis alguna profesion.

—Ya os dije que nada sé, y os confesaré además que siento un horror invencible á todo ejercicio que exija del cuerpo movimientos fuertes y brutales.

—Como! exclamó el desconocido, sois perezoso?

—Oh! no señor, no lo soy: en lugar de ocuparme en trabajos corporales dadme libros, encerradme en un gabinete recogido, y vereis si no paso dias y noches enteras entregado al trabajo á que tengo aficion.

El botánico miró las manos suaves y blancas del joven filósofo.

—Esa es una predisposicion, murmuró, un instinto.

—Aversiones de esa clase, han pro-

ducido á veces buenos resultados; pero es preciso que sean bien dirigidas. En fin, continuó, si no habeis estado en ningun colejio, habreis ido á lo menos á la escuela.

Jilberto movió la cabeza.

—Sabeis leer y escribir?

—Mi madre pudo antes de morir, enseñarme á leer: pobre madre! Al verme tan delicado de cuerpo, decía: este nunca ha de ser buen jornalero; es preciso que sea cura ó sabio. Cuando notaba en mí alguna repugnancia á escuchar sus lecciones, decía:—Aprende á leer, Jilberto, y no cortarás leña, ni guiarás el arado, ni picarás piedras; y yo me esmeraba mas entonces, y aprendia. Por desgracia murió, cuando sabia yo leer apenas todavia.

—Y quién os enseñó á escribir?

—Yo solo.

—Vos?

—Sí, con un palo afilado en la punta, y arena que pasaba al tamiz para que fuese mas fina. Estuve dos años haciendo letras de imprenta, copiadas de

un libro, sin saber que hubiese otros caracteres que los que ya habia logrado imitar con bastante perfeccion. Pero un dia (de esto hará tres años) habiéndose marchado la señorita Andrea al convento, y haciendo ya tiempo que no teníamos noticias suyas, trajeron una carta para su padre. Entonces ví que habia otra clase de letra que la de imprenta. Mr. de Taverney abrió la carta, y tiró el sobre; yo le recojí lo guardé cuidadosamente, y la primera vez que volvió el cartero, le rogué me lo leyese: estaba concebido en estos términos:

«Al señor baron de Taverney Casa-
«Roja, en su castillo, por Piedrafita.»

Sobre cada una de estas letras, puse la correspondiente en caracteres de imprenta, y ví que á escepcion de seis, estaban comprendidas en estos dós renglones; todas las del afabeto. Imité entonces las escritas por la señorita Andrea, y á los ocho dias habia copiado aquel sobre, quiza diez mil veces, y sabia ya escribir. Lo hago pues regularmente y tal vez mejor que era de esperar. Ya

veis que no son exajeradas mis esperanzas, puesto que sé leer y escribir, puesto que he leído cuanto ha caído en mis manos, y puesto que he reflexionado sobre todo cuanto he leído. Por qué no he de hallar un hombre que necesite de mi pluma, un ciego que necesite de mis ojos, ó un mudo que necesite de mi lengua?

—Olvidais que entonces tendreis amo, y que no quereis admitir ninguno? Un secretario ó un lector, son criados de segundo órden ni mas ni menos.

—Cierto es, balbuceó el jóven pali-deciendo; pero no importa: yo he de lograr lo que me he propuesto. Arrancaré piedras de las calles, acarrearé agua, si es nesesario, y alcanzaré mi objeto, ó moriré en la demanda; pues de este modo habré tambien vencido.

—Vamos vamos! exclamó el desconocido, veo que estais lleno de buena voluntad, y que tampoco os falta valor.

—Pero vos mismo, dijo Jilberto, vos mismo que me tratais con tanta bondad, no desempeñais tambien una profesion? Vais vestido como un rentista.

—En efecto, tengo una profesion. contestó con dulce y melancólica sonrisa el desconocido, porque todo hombre está obligado á tenerla, pero es enteramente ajena al comercio. Ningun hacendado herborizaria.

—Y vos, lo haceis por oficio?

—Casi casi.

—Conque sois pobre!

—Sí.

—Los pobres son los que dan, por que la pobreza los hace benéficos; y un buen consejo, vale mas que un Luis de oro. Dadme pues un consejo.

—Tal vez haré mas.

—Ya me lo figuraba, contestó Gilberto sonriendo.

—Cuanto os parece que necesitais para manteneros?

—Oh! muy poco.

—No conocéis quizá á Paris?

—Ayer le vi primera vez desde las alturas de Luciennes.

—Entonces ignorareis que cuesta mucho vivir en la gran ciudad.

—Cuanto?... ponedme alguna proporción.

—Con mucho gusto. Lo que cuesta un sueldo, por ejemplo, en provincia, cuesta tres en París.

—En ese caso, dijo Jilberto, y su poniendo que tenga un albergue bueno ó malo donde descansar, necesito para la vida material unos seis sueldos diarios.

—Bien, bien, amigo exclamó el anciano. Así me gusta el hombre; venid conmigo á París, y os proporcionaré una profesion independiente, con cuyo auxilio podreis vivir.

—Tanta bondad!... exclamó el joven ébrio de gozo.

Mas reprimiéndose de pronto añadió:

—Entiéndase que habré de trabajar realmente, que no es una limosna.

—Oh! no tengais cuidado: no soy tan rico que pueda dar limosna, ni tan imprudente que la dé sin saber á quien.

—Corriente, dijo Jilberto á quien esta salida misantrópica, infundió mas confianza en vez de ofenderle. Así me gusta que me hablen. Acepto vuestra oferta, y os la agradezco.

—Quedamos, pues, en que vendreis á París conmigo.

—Sí señor, si teneis gusto en ello.

—No le he de tener cuando os lo propongo?

—Á qué me obligo para con vos?

—Solo.... á trabajar; y aun ese punto sereis vos quien le arregle; tendreis derecho á ser joven, feliz, libre, y aun á estar ocioso, siempre que ganeis tiempo para ello, dijo el desconocido sonriendo casi á su pesar. Y alzando al cielo sus ojos, exclamó con un suspiro: Oh juventud! Oh vigor! Oh libertad!

Inesplicable espresion de melancólica poesia, se reflejó á estas palabras en sus delicadas y puras facciones, y levantándose apenas las hubo pronunciado, añadió mas jovialmente apoyándose en su báculo:

—Ahora que ya estais colocado, que-
reis que llenemos otra caja de plantas?
Aquí traigo papel de estraza en que po-
demos poner por orden la primera re-
coleccion. Pero ahora que recuerdo: te-
neis todavia hambre? aqui hay pan.

—Reservémosle para esta tarde si os parece....

—Comed siquiera las cerezas; pues no estorbarian.

—Si así es, enhorabuena; pero permitid os lleve la caja, y así ireis mas cómodo; pues como estoy acostumbrado á caminar, temo que os fatigue mi paso.

—Mirad, mirad, vuestro encuentro ha sido de buen agüero: me parece ver allá abajo el *vicris hieracioides* que desde esta mañana he buscado inutilmente; y ahí á vuestros pies, cuidado! el *cerastium acuaticum*. Aguardad aguardad!... no arranqueis! Oh! todavía no sois herborista, amiguito: la primera está demasiado húmeda en este momento: la otra no ha crecido aun lo suficiente. Esta tarde, cuando volvamos á las tres, cojeremos el *vicris hieracioides*; el *cerastium* no le arrancaremos hasta dentro de ocho dias. Además que quiero enseñársele en su terreno á un sabio amigo mio, cuya proteccion pienso solicitar en favor vuestro. Ahora vais á conducirme al sitio de que hablábais, donde crecen tan hermosos capilares.

Echó á andar Jilberto seguido del anciano, y entrambos desaparecieron en la selva.

CAPÍTULO V.

Monsieur Jacobo.

Muy satisfecho Jilberto de la buena suerte que en los casos mas desesperados le deparaba siempre un apoyo, caminaba delante, no sin volverse para mirar de vez en cuando al hombre extraño, que con tan pocas palabras, habia sabido hacerle tan docil y obediente.

Condújole de este modo hácia los musgos, que eran en efecto magníficos capilares, y luego que el anciano hubo hecho su coleccion, se dedicaron á buscar nuevas plantas.

Era Jilberto mucho mas intelijente en botánica de lo que él mismo sospechaba. Nacido en medio de los bosques, conocia, como amigas de su infancia, las plantas que en ellos se crian. A medida que las designaba bajo sus nombres vulgares, el

anciano se las daba á conocer bajo su nombre científico, que Jilberto, al volver á encontrar una planta de la misma familia procuraba repetir, si bien estropeaba dos ó tres veces los nombres griegos ó latinos. Entonces su compañero descomponía la palabra, le manifestaba sus relaciones, y el objeto de ella; y Jilberto aprendía de esta suerte, no solo el nombre de la planta, sino tambien la significacion de la palabra griega ó latina, con que Plinio, Lineo ó Jussieu la habian bautizado.

—Qué lástima, decia de vez en cuando, que no pueda ganar mis seis sueldos buscando plantas con vos todo el dia! Os juro que no descansaria un solo instante, y aun no necesitaria seis sueldos: un pedazo de pan como el que teniais esta mañana, bastaria para mi apetito de todo el dia. Acabo de beber agua en un manantial tan bueno como los de Taverney, y la noche pasada he dormido tan bien al pie de un árbol, como lo hubiera hecho bajo los ricos techos de un hermoso palacio.

—Amigo mio, contestó sonriendo el

desconocido, llegará el invierno; las plantas se secarán, se helará la fuente, el viento del norte silbará entre las ramas despojadas, en lugar de esta dulce brisa que ahora mece tan blandamente sus hojas. Necesitareis indispensablemente entonces un abrigo, vestidos, fuego, que no podreis proporcionaros con los seis sueldos diarios.

Suspiró tristemente Jilberto, y continuó cojiendo sus plantas y haciendo nuevas preguntas.

Recorrieron de este modo gran parte del dia los bosques de Aulnay, Plessis-Piquet y Clamari-sous-Meudon.

Nuestro jóven, segun su costumbre, habia ya trabado familiaridad con su compañero, quien por su parte le examinaba con admirable destreza; sin embargo Jilberto, desconfiado, circunspecto y tímido, se descubria lo menos posible.

Compró en Chatillon el desconocido pan y leche, que partió gustoso con su compañero; y en seguida tomaron el camino de París, para que Jilberto pudiese entrar de dia en la gran ciudad.

El corazon del jóven palpitaba solo

con la idea de habitar en París, y no pudo disimular su emoción, cuando desde las alturas de Vanvres distinguió á santa Jeneveva, el cuartel de los Inválidos, Nuestra Señora, y aquel inmenso mar de casas cuyas olas esparcidas, van como una marea á azotar los flancos de Montmartre, Belleville y Ménilmontant.

—Oh! París!... París... exclamó.

—Si, París, monton de casas, abismo de males, interrumpió tristemente el anciano. Sobre cada una de las piedras que allí divisais, veriais brotar una lágrima, ó enrojecerla una gota de sangre, si los dolores que encierran sus paredes, pudiesen aparecer á la vista.

Reprimió Jilberto su entusiasmo, que en breve se desvaneció por si mismo.

Al entrar por la barrera del Infierno, el semblante del jóven se inmutó visiblemente, viendo aquel arrabal sucio y hediondo: enfermos que llevaban en angarillas al hospital, y multitud de muchachos que jugaban medio desnudos en el fango, con los perros, las vacas y los cerdos.

—Todo esto os parece horroroso, no

es verdad? dijo el anciano: pues es muy poco en comparacion de lo que vereis mas adelante. Cerdos y vacas demuestran riqueza, un niño manifiesta alegría, y el fango... le hallareis siempre y en todas partes.

No desagradaba á Jilberto ver á París bajo un punto de vista siniestro, y aceptó gustoso el cuadro, tal como su compañero se lo presentaba.

Por lo que hace á este último, prolijo al principio en su declamacion, se habia ido quedando poco á poco silencioso y mudo á medida que avanzaba hácia el centro de la ciudad; como si tratara de evitar que Jilberto le preguntase qué jardín era aquel que se veia al través del enverjado, y qué puente aquel por debajo el cual pasaba el Sena.

Sin embargo, como continuaban marchando y el desconocido llevaba al parecer la meditacion hasta rayar en inquietud, se aventuró á preguntar Jilberto!

—Dista aun mucho vuestra casa?

—Ya estamos cerca, contestó el bo-

tánico cuya tristeza aumentó al parecer con esta pregunta.

Entraron en la calle del Horno, y pasaron por delante el opulento palacio de Soissons, que tenia vista y entrada principal á esta calle, pero cuyos magníficos jardines se extendian por las de Grenelle y de los Dos-Escudos.

Llamó la atencion de Jilberto una iglesia, cerca de la cual pasaban, y se detuvo un instante para contemplarla.

—Hermoso munumento! dijo.

—Es San Eustaquio contestó el anciano.

Y alzando la vista:

—Cómo! son las ocho! exclamó: Dios mio! Dios mio! venid pronto, jóven, venid, añadió alargando el paso.

—Ah! continuó despues de algunos instantes de un silencio tan frio que ya comenzaba á inquietar á Jilberto: olvidé de deciros que soy casado.

—Cómo?

—Si, y que mi mujer, como verdadera parisiense, reñirá tal vez porque volvemos tarde, y os prevengo ademas

que desconfía mucho de los forasteros.

—Quéreis que me retire? dijo Jilberto cuya espansion heló repentinamente aquella palabra.

—No por cierto, amigo mio; os he invitado á venir á mi casa, y espero que asi lo hareis.

—Ya os sigo, repuso el jóven.

—A la derecha... por aquí... ya estamos en la calle.

Alzó Jilberto la vista, y á la luz de los últimos rayos del dia, leyó en el ángulo de la plaza, á un lado de una tienda de comestibles estas palabras:

—*Calle Plastiere.*

Aceleró el anciano el paso, y cuanto mas se acercaba á su casa, mas redoblabá la ajiitacion febril que hemos indicado. Jilberto que no queria perderle de vista, tropezaba á cada instante, ya con los traseuntes, ya con los fardos de los mozos, ya con las lanzas de los coches ó con las varas de las carretas.

Su conductor que parecia haberle enteramente olvidado, seguia marchando con paso acelerado, visiblemente absorto en

una idea desagradable.

Detúvose por último delante de una puerta, tiró de un cordon, y se abrió aquella.

Volviéndose entonces hácia Jilberto que permanecía indeciso en el umbral, le dijo:

—Venid pronto.

Obedeció el jóven, y no bien hubo dado diez pasos en la oscuridad, cuando tropezó con el primer peldaño de una angosta y lóbrega escalera, mientras su compañero acostumbrado á las localidades de la casa, habia ya subido unos doce escalones.

Alcanzóle Jilberto en la meseta, donde se habia detenido el anciano, quien tirando de un cordon hizo sonar una aguda campanilla, en lo interior de una habitacion. Oyóse entonces el pesado paso de una persona en chancas, y se abrió la puerta, apareciendo en el umbral una mujer de cincuenta á cincuenta y cinco años.

—Es muy tarde, querida Teresa? preguntó tímidamente el desconocido.

—A buena hora nos hace cenar Jacobo, refunfuñó aquella.

—Vaya, vaya, todo se remediará, contestó afectuosamente el anciano cerrando la puerta y tomando de las manos de Jilberto la caja de hoja de lata.

—Hola! no faltaba otra cosa! Conque el caballero Jacobo necesita ya un lacayo para traer sus verbajos! Qué menos, si es un gran señor!

—Vamos, vamos, respondió el desconocido colocando con imperturbable paciencia sus plantas sobre la chimenea; vamos, Teresa, sosiégate un poco.

—Págale á lo menos y despídele; no necesitamos aquí de espías.

Jilberto, poniéndose pálido como un difunto, dió un salto hacia la puerta. Jacobo le detuvo.

—Este jóven, dijo con firmeza, no es criado, y mucho menos espia: es un huésped que traigo á casa.

—Un huésped! gritó la vieja dejando caer sus brazos lo largo de su cuerpo, no nos faltaba mas que eso!

—Teresa, replicó el desconocido con

voz afectuosa al par que firme, enciende luz. Hace calor y tenemos sed.

La vieja rompió en un murmullo, que aunque fuerte al principio, se fué debilitando poco á poco.

Jilberto permanecía entretanto inmóvil, mudo y como clavado á dos pasos de aquella puerta, que sentia ya íntimamente haber pasado.

Conociendo Jacobo cuanto sufría su jóven compañero, le dijo con dulzura:

—Os suplico señor Jilberto que entreis.

Deseosa la vieja de conocer la persona á quien su marido trataba con tan afectada política, volvió hácia él su pálido y tétrico rostro. Vióla entonces Jilberto á los primeros rayos de la luz recién encendida.

Aquel semblante arrugado, barroso y como infiltrado de hiel en algunos sitios: aquella cara de ojos mas vivos que animados, y mas lúbricos que vivos, aquella empalagosa dulzura de sus vulgares facciones, harto desmentida por otra parte si atendemos lo desagradable de su voz y

poco afectuosa acogida, inspiraron desde luego á Jilberto la mas violenta antipatia.

La vieja por su parte, no halló muy de su gusto tampoco, el delicado y pálido semblante, el circunspecto silencio, y la gravedad de su jóven huésped.

—Creo, señores, repuso, que tendreis mucho calor y por consiguiente mucha sed. En efecto, pasar todo el dia á la sombra de los árboles es tan penoso, y fatiga tanto! Y luego bajarse de vez en cuando para cojer algun yerbajo... Oh! debe ser sumamente incómodo! porque supongo que este caballerito herboriza tambien sin duda: es el oficio de los que no tienen ninguno.

—Este jóven, contestó Jacobo con voz cada vez mas firme, es un hombre honrado y leal que me ha hecho el honor de acompañarme durante todo el dia, y á quien espero que mi buena Teresa va á recibir como un amigo.

—Con lo que tenemos hay suficiente para dos personas, murmuró la vieja, pero no para tres.

—Yo soy sòbrio, y él tambien, observó Jacobo.

—Si, si, lo conozco: pero te declaro que no hay bastante pan en casa para alimentar tu doble sobriedad, y no me incomodaré ciertamente en bajar tres escalones para ir á comprarlo. Además, que á estas horas ya estará cerrada la panaderia.

—Siendo así bajaré yo, repuso Jacobo frunciendo el ceño. Abreme la puerta, Teresa.

—Pero...

—Lo exijo.

—Está bien! está bien! refunfuñó la vieja, cediendo al tono absoluto á que su oposicion habia gradualmente conducido á Jacobo. Nos conformaremos con lo que haya: vamos á cenar.

—Sentaos junto á mí, dijo el anciano á su huésped llevándole á una mesita colocada en la habitacion inmediata, y sobre la cual, al lado de dos cubiertos, habia dos servilletas, que enrolladas y sujetas la una con un cordon encarnado, y la otra con un cordon blanco, indicaban el sitio de cada uno de los amos de la casa.

Aquella pieza, pequeña y cuadrada,

estaba cubierta de papel azul con dibujos blancos. Dos grandes mapas adornaban las paredes, mientras el resto del ajuar se componía de seis sillas de cerezo con asiento de paja, de la mencionada mesa, y de un canastillo lleno de medias repasadas.

Sentóse Jilberto, y la vieja colocó delante de él un plato, un cubierto gastado por el uso, y un vaso de estaño cuidadosamente bruñido.

—No bajas? preguntó Jacobo á su mujer.

—Es inútil, contestó esta con una aspereza, que indicaba el rencor que aun le guardaba por la victoria que habia alcanzado; es inútil, he encontrado medio pan en el armario; con él nos contentaremos.

Dicho esto puso la sopa sobre la mesa. Sirvió primeramente á Jacobo, luego á Jilberto, y ella comió en la fuente.

Los tres tenían mucho apetito, y Jilberto sin poder desechar de su memoria la discusión de economía doméstica que se habia suscitado por su causa, ponía al suyo todo los frenos imaginables. Sin

embargo fué el primero que despachó su ración.

Lanzó la vieja sobre su plato prematuramente vacío tan colérica mirada, que Jacobo, tratando de distraerla de aquella idea, preguntó:

—Quién ha venido hoy?

—Oh! contestó Teresa, no han faltado visitas. Había prometido á Mme. de Boufflers sus cuatro cuadernos, á Mme. de Escars sus dos arias; un cuarteto con acompañamiento á Mme. de Penthièvre. Las unas han venido personalmente, y las otras han enviado sus criados: pero como el señorito estaba herborizando, y como no es posible divertirse y trabajar al mismo tiempo, esas señoras han tenido que quedarse sin su música.

Escuchó Jacobo con imperturbable sosiego la descomedida respuesta de su esposa, con gran admiración de Jilberto que esperaba verle por fin enfadado.

Sucedió á la sopa un pedazo de vaca asada, servida en un plato de vidriado blanco, todo rayado por la punta de los cuchillos.

Sirvió el anciano bastante moderadamente á Jilberto, porque se hallaba vijilado por Teresa; tomó para sí una porcion casi igual, y pasó el plato á su esposa.

Esta tomó el pan y cortó para Jilberto una rebanada tan pequeña, que Jacobo ruborizado, esperó que Teresa acabara de servirse á sí misma, y quitándole el pan de las manos, dijo:

—Vaya amiguito, vos mismo lo cortareis á medida de vuestro apetito: el pan no debe ser tasado sino para los que lo pierden.

Presentaron despues un plato de judias sazoadas con manteca.

—Mirad qué verdes están! dijo Jacobo pasando el plato á su huésped, estas son nuestras conservas; aquí se comen escelentes.

—Gracias, señor, contestó el jóven, he comido suficiente, y no tengo mas gana.

—Este caballero no es de tu parecer acerca de mis conservas, dijo ásperamente la vieja; sin duda prefiere las habichuelas frescas; pero es comida muy cara y

nuestra posición no nos permite hacer esos gastos.

—Al contrario, señora, repuso Gilberto, me parecen excelentes, y las comería con mucho gusto; pero no acostumbro comer más que de un plato.

—Y bebeis agua? dijo Jacobo alargándole la botella.

—Siempre.

—Ahora, Teresa, dijo el anciano dejando la botella sobre la mesa después de haberse echado un dedo de vino en su vaso, te ocuparás de disponer una cama para este joven, pues debe estar muy cansado.

La vieja soltó el tenedor, y fijando sus ojos azorados en su marido, exclamó:

—Una cama! estás loco? sin duda le acostarás en la tuya. No hay remedio, este hombre ha perdido la chaveta. Vas á admitir pupilos? en ese caso no cuentes conmigo; busca quien te guise y te sirva; pues bastante hago con ser criada tuya, sin que quieras que lo sea también de los extraños.

—Teresa, repuso el anciano con su tono grave y firme, Teresa, te suplico me

escuches querida amiga, es solamente por esta noche. Este jóven jamás ha estado en París, y ha venido bajo mi proteccion. No quiero pues que duerma en la posada, y no lo consentiria, aunque tuviese que cederle, como dijistes, mi cama.

Despues de esta segunda manifestacion de su volunta, del anciano aguardó.

Entonces, Teresa que le habia mirado con singular atencion mientras hablaba, estudiando al parecer cada músculo de su rostro, conoció que no habia lucha posible en aquel momento, y mudó repentinamente de táctica.

Hubiera indudablemente quedado vencida obstinándose en combatir contra Gilberto, y por tanto se resolvió á declararse en su favor; verdad es que lo hizo como una aliada dispuesta á desertar en la primera ocasion.

En fin, dijo, puesto que este jóven te ha acompañado hasta aquí, es prueba de que le conoces bien, y mas vale que se quede en casa. Haré del mejor modo que pueda una cama en tu gabinete al lado de los legajos.

—No, no, contestó vivamente Jacobo, un gabinete no es sitio á propósito para dormir, porque podría muy fácilmente prenderse fuego á los papeles.

—Qué lástima! murmuró la vieja.

Y añadió despues en voz alta:

—Entonces en la antesala, delante del armario.

—Tampoco.

—Ya veo que á pesar de nuestros buenos deseos, nos será enteramente imposible servir á este jóven, pues á no ser que le dejemos tu alcoba ó la mia...

—Me parece que no discurre bien, Teresa.

—Yo?

—Si, tú. No tenemos una buhardilla?

—El granero, quieres decir?

—No, no es un granero, es un gabinete algo abuhardillado, pero sano, con vista á jardines magníficos, lo cual es raro en París.

—Oh! que importa? dijo Jilberto: aunque fuera un granero, os aseguro que me hallaré perfectamente.

—De ningun modo, repuso la vieja

allí es donde tiendo mi ropa.

—Este jóven no descompondrá nada, Teresa. Es verdad, amigo mio, que tendreis cuidado de que no suceda ningun accidente á la ropa de esta señora? Somos pobres y cualquier pérdida seria para nosotros irreparable.

—Oh! nada temais.

—No quiero, querida mia, que este jóven se pierda, continuó Jacobo en voz baja aproximándose á Teresa, París es una poblacion peligrosa, y desde aquí podremos vijilarle.

—Conque te encargas de su educacion? Supongo que tu discípulo pagará el pupilaje?

—No, pero respondo de que nada te costará, pues desde mañana ganará para mantenerse. En cuanto al alojamiento, como la buhardilla nos es casi inútil, hagámosle esa limosna.

—Cómo se protejen estos holgazanes! murmuró Teresa encojiéndose de hombros.

—Señor mio, interrumpió Jilberto mas cansado que su mismo huésped de aquella lucha que sostenia palmo á palmo por

una hospitalidad que le humillaba; jamás he molestado á nadie y no comenzaré seguramente por vos que habeis sido tan bondadoso conmigo. Así que, permitid que me retire. Hacia el lado del puente por donde hemos pasado, he visto árboles bajo los cuales hay bancos, y os aseguro que pasaré tan buena noche acostado en uno de ellos, como si fuera en una cama.

—Si; dijo Jacobo, para que la ronda os prenda por vago!

—Qué es? añadió en voz baja la vieja, quitando la mesa.

—Venid, venid, jóven, dijo Jacobo; si mal no me acuerdo, allá arriba hay un jergon que siempre será preferible á ese banco de que hablais.

—Ah! yo nunca me he acostado mas que en jergones, contestó Jilberto.

É insistiendo sobre esta verdad, procurando disfrazarla por medio de una leve mentira, añadió:

—La lana me sofoca demasiado.

—En efecto, repuso Jacobo sonriendo, la paja es mas fresca. Ea, tomad una de esas velas que están sobre la mesa y seguidme.

Viéndose vencida, exhaló Teresa un profundo suspiro, mientras Jilberto levantándose con gravedad, seguía á su protector.

—Señor, dijo, está cara el agua en París?

—No, amigo mio; pero aunque lo estuviese, el agua y el pan son dos cosas que el hombre no tiene derecho á negar al hombre que las pide.

—Oh! en Taverney no costaba nada, y como el lujo del pobre es el asco....

—Tomad, amiguito, continuó Jacobo mostrando con el dedo una gran jarra de loza; ahí teneis agua.

Y echó á andar seguido de Jilberto, admirándose de encontrar en un jóven de aquella edad, la firmeza del pueblo unida á todos los instintos de la aristocracia.

CAPÍTULO VI.

El desvan de Mr. Jacobo.

Angosta y empinada era la escalera á la estremidad del corredor y en el si-

lio en que tropezara Jilberto con su primer peldaño: mas á partir del tercer piso que habitaba Jacobo, se hacia cada vez mas penosa y estrecha. Llegaron pues dificilmente este y su protegido á una especie de buhardilla, que con razon habia designado Teresa bajo el nombre de granero; pues no era otra cosa en realidad, y estaba dividido en cuatro piezas, abandonadas las tres.

Verdad es que las cuatro, inclusa la destinada á Jilberto, eran inhabitables; pues el techo tenia una inclinacion tan rápida, que formaba con el pavimento un ángulo agudo, mientras una ventanilla, abierta al promedio, y guarnecida de un mal bastidor sin vidrios, permitia escasa entrada á la luz, y libre al aire, sobre todo cuando soplaban los vientos de invierno.

Por fortuna estaba entonces cercano el estío; mas á pesar de la grata proximidad de la estacion calurosa, faltó poco para que al penetrar en el desvan, se apagase la vela que llevaba Jacobo en la mano.

Yacia efectivamente en tierra el jergon de que hablara jactanciosamente el botánico, y llamaba desde luego la atención como mueble principal del aposento. Montones de papel impreso, esparcido desordenadamente por el suelo, y amarillo ya por los bordes en fuerza de su vejez, se alzaban en medio de una multitud de libros roídos por los ratones.

Pendientes de dos cuerdas colocadas transversalmente, con la primera de las cuales estuvo Jilberto á pique de estrangularse, bailaban, movidos por el viento nocturno, gran porcion de cucuruchos llenos de habichuelas secas y yerbas aromáticas, un poco de ropa blanca, y algunos trajes viejos de mujer.

—Nada tiene esto de elegante, bien lo veo, dijo Jacobo, mas el sueño y la oscuridad igualan el mas hermoso palacio con la mas humilde choza. Dormid como á vuestra edad se acostumbra, amiguito, y nada estorbará que mañana creais haber pasado la noche en el *Louvre*: pero tened sobre todo mucho cuidado con que no se prenda fuego.

—Si señor, contestó Jilberto algo confuso con lo que acababa de ver y oír.

Fuése Jacobo sonriendo, mas volviendo á poco:

—Mañana hablaremos, dijo: creo no tendreis dificultad en trabajar, eh! amiguito?

—Ya sabeis, replicó el jóven, que ese es mi único deseo.

—Me alegro, dijo Jacobo dirijiéndose de nuevo hácia la puerta.

—Siempre que sea un trabajo decoroso, añadió el puntilloso Jilberto.

—Por supuesto. Con que hasta mañana.

—Buenas noches, y gracias por todo.

Marchóse el anciano, y cerrando por fuera la puerta, dejó solo á Jilberto en su buhardilla.

Maravillado al principio y peltrificado despues al pensar que se hallaba en la capital, Jilberto se preguntó si era efectivamente París, aquella gran ciudad en que se veian habitaciones como la suya.

Mas reflexionando luego que Mr. Jacobo le hacia una limosna, como las ha-

bia visto hacer en Taverney, no solo cesó su asombro, sino que vino á reemplazarle la gratitud.

Con la vela en la mano, y teniendo muy presente el encargo de su protector, examinó los rincones del desvan, cuidándose tan poco de los vestidos de Teresa, que no quiso siquiera tomar una saya vieja, para que le sirviese de manta.

Detúvose junto á las pilas de papel impreso que escitaban en sumo grado su curiosidad, mas no atreviéndose á tocarlas al ver que estaban atadas, pasó alargando el pescuezo y dilatando su vista á los cucuruchos de judias, que eran de papel muy blanco, impreso tambien, y sujeto con alfileres.

En un movimiento algo brusco que hizo con la cabeza, tocó la cuerda y dejó caer un cucurucho.

Mas pálido y azorado que si hubiese falseado la cerradura de una arca llena de dinero, nuestro jóven acudió precipitadamente á recoger las habichuelas diseminadas por el suelo, y á envolverlas otra vez.

En esta operacion, miró maquinalmente el papel, y maquinalmente tambien leyó algunas palabras, que llamaron su atencion. Sentóse en el jergon, y dejando á un lado las judias, se puso á leer, pues aquellos párrafos correspondian de tal modo con sus pensamientos, y principalmente con su carácter, que parecian escritos no solo para él, sino por él.

Eran los siguientes:

«Por otra parte jamás me agradaron las costureras, doncellas de servicio, ni tenderas; yo queria señoritas. Todos tenemos algun capricho, y este ha sido siempre el mio, pues nunca he sido del parecer de Horacio sobre este particular. Y no es la vanidad de la clase lo que mas me entusiasma, sino el color mejor conservado, las manos mas bonitas, el porte mas noble, ese aire de delicadeza y limpieza de toda la persona, ese gusto esquisito en el modo de presentarse y producirse, los trajes mas finos y elegantes, el calzado mas ajustado, las cintas, los encajes, el cabello mejor peinado. Siempre preferia la menos bella si reunia todas estas cir-

cunstancias; y yo mismo eonozco que es ridícula semejante preferencia; mas la siento en mi corazon á pesar mio.»

Tembló el jóven, y su frente se bañó en sudor: era imposible espresar con mas exactitud sus propios pensamientos, definir mejor sus instintos, analizar con mas acierto sus gustos. Solo que *Andrea no era la menos bella aunque reunia todas aquellas cualidades; pues por el contrario, las poseia y era la mas hermosa.*

Continuó pues Jilberto su lectura lleno de ansiedad.

Despues de las líneas que dejamos citadas, venia una lindísima aventura de un jóven con dos muchachas: la historia de una cabalgata acompañada de esos dulces y tímidos gritos, que al paso que revelan la debilidad de la mujer, aumentan sus gracias y encantos, y de un viaje á la grupa de un caballo de una de ellas, seguido de un regreso nocturno, aun mas divertido é interesante.

Crecia el interés: habia Jilberto desplegado el cucurucho, y leído todo lo impreso, no sin experimentar cierta palpi-

lacion en su pecho; consultó las páginas, y miró si continuaban por su orden en los demas papeles. La paginacion estaba interrumpida; pero encontró siete ú ocho cucuruchos seguidos: los deshizo quitando los alfileres, vació las habichuelas en el suelo, y prosiguió su lectura.

Era ya diferente su contenido, pues trataban de los amores de un jóven, pobre y desconocido, con una señora principal que habia descendido hasta él, ó mejor dicho, hasta quien él habia ascendido, siendo recibido como un igual; haciéndole ella amante suyo, é iniciándole en todos los misterios del corazon, ensueños de la adolescencia cuya realidad dura tan poco, pues al llegar á la segunda mitad de la vida, solo se presentan á nuestra memoria, como esos metéoros brillantes, pero fujitivos, que se deslizan en medio de un estrellado cielo de primavera.

En ninguna parte se nombraba al jóven. Su amante se llamaba Mme. de Warens, nombre dulce, y de pronunciacion sumamente grata.

Pensaba alegre Jilberto en la dicha de pasar toda la noche leyendo, aumentando su gozo con la certeza de que todavía le quedaba una larga fila de cucuruchos que recorrer, cuando instantáneamente se oyó un leve chisporreo; la vela derretida por el recipiente de cobre, caldeado por la llama, se hundió en la grasa líquida; un vapor infecto llenó el granero, y apagándose el pábilo, quedó Jilberto en completa oscuridad.

Sucedió esto con tanta rapidéz, que no dió tiempo al jóven para acudir á remediarlo: así es, que interrumpido en medio de su lectura, poco le faltó para llorar de rabia. Soltó sus papeles sobre las judias amontonadas junto á su lecho, se tendió en el jergon, y á pesar de su despecho, quedóse á poco sumerjido en el mas profundo sueño.

Durmió como á los diez y ocho años se acostumbra, y solo despertó al ruido que hiciera Jacobo abriendo el candado con que habia asegurado al retirarse la puerta del desvan.

Era ya completamente de dia, y Jil-

uerto al abrir los ojos, se encontró con su huésped, que entraba de puntillas en su aposento.

Volvió entonces maquinalmente la vista hácia las habichuelas diseminadas por el suelo y los cucuruchos doblados para la lectura.

Los ojos de Jacobo habian tomado ya la misma direccion.

El rostro de Jilberto se encendió de vergüenza, y sin saber casi lo que decía, murmuró:

—Muy buenos dias.

—Muy buenos, amiguito, contestó su huésped: habeis dormido bien?

—Si señor.

—Sois por casualidad sonámbulo?

Ignorando Jilberto lo que era ser sonámbulo, comprendió fácilmente sin embargo que la pregunta tenia por objeto, pedirle una explicacion acerca de aquellas habichuelas sacadas de sus cucuruchos.

—Ay señor! ya conozco por qué me lo preguntais: confieso que soy culpable de esa fechoria, y me acuso humildemente á vos: pero la creo reparable.

—Lo es en efecto. Pero por qué está la vela enteramente consumida?

—Porque he velado hasta muy tarde.

—Y con qué motivo? preguntó Jacobo con curiosidad.

—Para leer.

Los ojos de Jacobo recorrieron entonces con mas desconfianza el desvan.

—Este pliego, continuó el joven señalando el primer cucurucho que habia descolgado y leído, este pliego en que fijé la vista por curiosidad, me interesó de tal modo, que.... Pero vos que sabeis tanto, no podreis ignorar á qué libro pertenece.

Miró Jacobo con indiferencia el papel, y contestó.

—No lo sé.

—Será sin duda de una novela, exclamó Jilberto, de una novela muy linda.

—Creeis que sea una novela?...

—Si, porque trata de amores como en las novelas, solo que lo hace mucho mejor.

—Sin embargo, replicó el anciano, como al pie de estas pájinas leo la palabra *Confesiones*, yo creia...

—Que?

—Que podia ser una historia.

—Oh! no, no, el hombre que habla asi, no habla de si mismo; hay demasiada franqueza en sus confesiones, demasiada imparcialidad en su juicio.

—Pues yo creo que os equivocais, repuso con viveza Jacobo; el autor por el contrario ha querido dar al mundo el ejemplo de un hombre que se muestra á sus semejantes, tal como Dios ha criado todos los hombres.

—Conque conoceis el autor?

—Es Juan Jacobo Rousseau.

—Rousseau! exclamó con entusiasmo el jóven.

—Si; ahí tengo algunos pliegos sueltos de su última obra.

—Conque ese jóven, pobre y desconocido, y que casi iba mendigando por los caminos que recorria á pie, era Rousseau, es decir, el hombre que estaba destinado á publicar un dia el *Emilio* y escribir el *Pacto Social*?

—Si, él era, ó mas bien, no era él, replicó el anciano con una espresion de

melancolía difícil de describir. No, no era él; el autor del *Pacto Social* y del *Emilio* es el hombre desengañado del mundo, de la vida, de la gloria y casi de Dios: el otro... el otro Rousseau... el de Mme. de Warens, es el niño que entra en la vida por la misma puerta que la aurora entra en el mundo; es el niño con sus alegrías y con sus esperanzas. Entre los dos hay un abismo, que les impedirá reunirse jamás... Treinta años de desgracia.

Y el desconocido balanceando la cabeza, dejó caer tristemente sus brazos, y quedó como entregado á una profunda meditación.

—Con que, dijo Jilberto que habia escuchado atónito las palabras de su huésped, según eso, es verdadera la aventura con las señoritas de Galley y Graffenried? Es cierto también que experimentó ese amor tan ardiente hácia Mme. de Warens? Con que no fué una deliciosa mentira la posesión de la mujer que amaba, posesión que le contristaba en lugar de trasportarle, como él esperaba, al cielo?

—Jóven, contestó el anciano, jamás

mintió Rousseau, recordad su divisa: *Vitam impendere vero.*

—La sabia, dijo Jilberto; pero como no sé latin, jamás he podido comprenderla.

—Pues eso quiere decir: consagrar su vida á la verdad.

—Luego es posible, continuó el jóven, que un hombre que sale de donde salió Rousseau, sea amado de una señora hermosa y principal? Oh Dios mio! sabeis que es para volver locos de esperanza á los que partiendo de tan bajo como él, han dirigido su vista á objetos superiores?

—Amais, dijo Jacobo, y encontrais analogia entre vuestra situacion y la de Rousseau?

Jilberto ruborizado bajó sus ojos y no contestó á la pregunta.

—Pero no todas las mujeres son como Mme. de Warens, dijo: las hay altivas, desdenosas é inaccesibles, y á esas seria una locura amarlas.

—Sin embargo, jóven, replicó Jacobo, mas de una vez se han presentado á Rousseau ocasiones de esa clase.

—Ya lo creo, exclamó Jilberto, pero

er era Rousseau. Seguramente que si sintiera yo en mi interior una chispa del fuego que ha abrazado su corazón ilustrando su genio....

—Que hariais?

—Diria que no hay mujer por distinguida que fuese su clase, que pudiera igualarse conmigo, mientras que no siendo nada, ni teniendo la convicción de mi porvenir, quedo deslumbrado tan luego como trato de elevar mi vista. Oh! quisiera poder hablar á Rousseau.

—Para qué?

—Para preguntarle, si en el caso de que Mme. de Warens no hubiese descendido hasta él, no habria él subido hasta ella? Para decirle: si os hubieran negado esa posesion que os ha entristecido, no las hubiérais conquistado aun cuando para ello hubiese sido necesario...

El jóven se detuvo.

—Qué? preguntó el anciano.

—Un crimen.

Jacobo se estremeció y dijo procurando variar aquella conversacion:

—Mi mujer debe haberse ya levantado;

vamos abajo. Por otra parte, jamas comienza el dia demasiado pronto para el que tiene que trabajar: seguidme, jóven, seguidme.

—Verdad es, contestó Jilberto: dispensadme: pero hay ciertas conversaciones que me embriagan, ciertos libros que me exaltan y ciertos pensamientos que me hacen casi perder el juicio.

—Vamos, vamos, ya veo que estais enamorado, dijo el anciano.

Nada contestó Jilberto, y se puso á recojer las habichuelas y á componer los cucuruchos con ayuda de los alfileres. Jacobo no quiso interrumpirle en su tarea.

—No habeis sido suntuosamente alojado, dijo: pero al cabo teneis lo necesario, y si hubiéseis sido mas madrugador, habriais podido aspirar por esa ventana, emanaciones de yerbas y flores que no dejan de tener su mérito, en medio de los olores nauseabundos que infestan á la gran ciudad; pues ahí teneis los jardines de la calle Jussiennes; los tilos y ébanos están en flor: y respirarlos por la mañana, no es para un pobre cautivo

acopiar silencio para el resto del día?

—Conozco de una manera vaga el mérito de todo eso, repuso el joven; pero estoy demasiado acostumbrado á ello para que me llame la atención.

—Decid mas bien que hace poco dejasteis el campo, para echarle de menos todavía. Pero vamos á trabajar.

Y mostrando el camino á Jilberto, le hizo salir, y echó la llave á la puerta.

Esta vez, Jacobo condujo directamente á su compañero á la pieza que Teresa habia designado con el nombre de gabinete.

Algunas mariposas disecadas, yerbas y minerales en cajas de ébano, un estante de nogal lleno de libros, una mesa estrecha y larga cubierta con un tapete de lana verde y negra, raspada por el uso, y sobre la cual se veian colocados en orden algunos manuscritos; cuatro taburetes de cerezo forrados de seda negra: tal era el mueblaje del gabinete, todo ello luciente, encerado, intachable por su orden y aseo, pero frio á la vista y al corazón: tan débil y escatimada filtra-

ba la luz al través de las cortinas de simesa gris, y tan distante parecia hallarse el lujo y hasta el bien estar de aquella helada ceniza, y de aquel ennegrecido hogar.

Un clave de palo de rosa sostenido por cuatro pies derechos, y un reloj colocado sobre la chimenea eran los únicos objetos que recordaban, el uno con la vibracion de sus cuerdas de acero; ajitadas al estremecerse el pavimento por el paso de los coches en la calle, y el otro con el movimiento de su péndola, que vivia algo en aquella especie de sepulcro.

Nuestro jóven entró con el mayor respeto en el gabinete que acabamos de describir, pareciéndole su ajuar casi suntuoso, pues así era con corta diferencia el del castillo de Taverney. Lo que mas le impuso fué el piso encerado.

Sentaos, le dijo Jacobo mostrándole otra mesita colocada junto al alfeizar de la ventana; voy á deciros cual es la ocupacion que os he preparado.

Jilberto se apresuró á obedecer.

—Conoceis esto? preguntó el anciano, mostrándole un papel rayado en intervalos iguales.

—Si señor, repuso este, es un papel de música.

—Bien: pues cuando he embadurnado enteramente una de estas hojas, es decir, cuando he copiado en ella tanta música como puede contener, gano diez sueldos; este es el precio que yo mismo he fijado. Os parece que podreis aprender á copiar música?

—Si señor.

—Pero no os desvanece la vista este baturrillo de puntos negros ensartados en rayas sencillas, dobles ó triples?

—Aunque al primer golpe de vista no puedo comprender gran cosa, sin embargo, espero que aplicándome, lograré distinguir unas notas de otras. Por ejemplo mirad un *fá*.

—Donde?

—Aquí, en la línea mas alta.

—Y esta otra entre las dos bajas?

—Tambien es *fá*.

—Y la nota que veis sobre la que

está encima de la segunda línea?

—Es un *sol*.

—¿Conque sabeis leer música?

—Conozco el nombre de las notas; pero no su valor.

—Y sabeis cuando son mínimas, semínimas, corcheas, semicorcheas, y fusas?

—Oh! eso sí.

—Y estos signos?

—Este es una pausa.

—Y este?

—Un sostenido.

—Y este?

—Un bemol.

—Muy bien, exclamó Jacobo, en cuya mirada comenzó á aparecer la desconfianza que le era habitual; pero á pesar de vuestra ignorancia, veo que hablais de música, como habeis hablado de botánica y hasta de amor.

—Oh! dijo Jilberto ruborizándose, no os burleis de mí.

—Al contrario, hijo mio, me admirais. La música es un arte que no se adquiere sino despues de otros estudios, y me habeis dicho que no habiais recibi-

do ninguna educacion ni aprendido nada.

—Y es verdad.

—Sin embargo, vos solo no habeis podido imaginar, que ese punto negro, colocado en la última linea, fuese un *fá*.

—Es que, dijo el joven bajando la cabeza y la voz, en la casa que yo habitaba, habia una.... joven que tocaba el clave.

—Ah! si, la que tambien se dedicaba á la botánica, exclamó Jacobo.

—Justamente y tocaba muy bien.

—De veras?

—Si, y yo deliro por la música.

—Ya; pero eso no es razon para que conozcais las notas.

—Pues yo he leído en Rousseau, que es incompleto el hombre que goza del efecto, sin reflexionar la causa.

—Si; pero tambien dice, replicó Jacobo, que completándose el hombre con esa investigacion, pierde su alegria su candor y sus instintos.

—Qué importa, repuso Jilberto, si halla en el estudio un goce igual á los que puede perder?

Sorprendido Jacobo al oír esta respuesta, se volvió hacia el jóven y le dijo:

—Está visto, no solamente sois botánico y músico, sino tambien lójico.

—Ay! desgraciadamente no soy ninguna de las tres cosas que acabais de decir; sé distinguir una nota de otra, un signo de otro, y nada mas.

—Conque solfeais?

—No por cierto.

—Sin embargo; quereis ensayaros en copiar? Aquí teneis papel rayado; pero no le echeis á perder, porque cuesta caro; y aun podeis hacer otra cosa mejor; tomad papel blanco, rayadlo vos mismo, y haced la prueba en él.

—Si señor, haré lo que me mandeis; pero permitidme os diga que este oficio no me conviene para toda la vida, porque para escribir música que no comprendo, vale mas meterme á escribiente público.

—Jóven, joven, reflexionad antes de hablar lo que vais á decir.

—Yo?

—Sí, vos. Puede por ventura un escribiente ejercer de noche su oficio y ganarse la vida?

—No ciertamente.

—Pues un hombre hábil, puede en dos ó tres horas de la noche, copiar cinco pájinas de estas y hasta seis cuando á fuerza de ejercicio ha adquirido la suficiente facilidad para escribir y leer, que le ahorra mirar continuámente al modelo. Seis pájinas valen seis francos, y un hombre puede vivir con esta cantidad: no direis que no, cuando solo pediais seis sueldos. Resulta pues, que con dos horas de trabajo de noche puede un hombre, seguir los cursos de la escuela de cirujía y medicina, y de la de botánica.

—Ah! exclamó Jilberto; ya os entiendo y os doy gracias con toda la sinceridad de mi alma.

Y se lanzó sobre el pliego de papel blanco que el anciano le presentaba.

CAPÍTULO VII.

Quien era Mr. Jacobo.

Trabajaba Jilberto con ahincollenando su papel de notas concienzudamente estudiadas, cuando el anciano, despues de haberle mirado trabajar durante algun tiempo, se sentó en la otra mesa y comenzó á corregir hojas impresas, semejantes á las cubiertas de las judias del granero.

Tres horas transcurrieron de este modo, y el reloj acababa de dar las nueve, cuando Teresa entró precipitadamente.

Jacobo levantó la vista.

—Pronto, pronto, gritó la vieja, pasad á la sala. Ahí teneis un príncipe que viene á veros. Dios mio! cuando concluirá esta procesion de altezas! Con tal que no se le antoje almorzar con nosotros como hizo el otro dia el duque de Chartres!

—Y quién es ese príncipe? preguntó el anciano en voz baja.

—El de Contí.

Al oir este nombre, Jilberto trazó sobre el papel un sol, que si Bridoisson hu-

biese nacido en aquella época, le habría llamado borron mas bien que nota.

—Un príncipe! una alteza! exclamó en voz baja.

Jacobo salió sonriendo detrás de Teresa, que cerró la puerta.

Miró entonces Jilberto á su alrededor, y viéndose solo, se levantó con la cabeza trastornada.

—Pero donde estoy? murmuró. Príncipes y altezas en casa de Mr. Jacobo! El duque de Chartres, el príncipe de Conti en casa de un copiante!

Dándole fuertes latidos el corazón, aproximóse á la puerta para escuchar.

Jacobo y el príncipe se habían ya hecho las primeras saluciones, y el primero estaba hablando.

—Quisiera que viniéseis conmigo.

—Para qué, príncipe? preguntaba Jacobo.

—Para presentaros á la princesa. Entramos en nueva era para la filosofía, mi querido filósofo.

—Mil gracias por vuestro deseo, monseñor; pero me es imposible acompañaros.

—Sin embargo, hace seis años que no tuvisteis inconveniente en acompañar á Mme. de Pompadour á Fontainebleau.

—Tenia seis años menos; hoy mis achaques me tienen clavado en un sillón.

—Y vuestra misantropía.

—Aun cuando así fuese, monseñor, no es el mundo cosa tan curiosa, que merezca nos incomodemos por él.

—Ea, me conformo conque no vayais á san Dionisio ni al gran ceremonial; pero habreis de venir conmigo á la Muette, donde deberá pernoctar su alteza real pasado mañana.

—Conque llega pasado mañana á san Dionisio?

—Con toda su comitiva. Vamos, dos leguas se andan pronto, y no causan gran molestia. Dicen que la princesa es excelente música, discípula de Cluck.

Nada más oyó Jilberto. A estas palabras «pasado mañana llegará la princesa con su comitiva á san Dionisio» solo había pensado en una cosa, á saber: que al día siguiente iba á encontrarse á dos leguas de Andrea.

Quedó tan deslumbrado con esta idea, cual si sus ojos se hubiesen fijado en un espejo ustorio.

El mas fuerte de los dos sentimientos sofocó al otro. El amor suspendió la curiosidad; por un instante creyó Jilberto, que en aquel reducido gabinete, no habia suficiente aire para su pecho y corrió á la ventana con intencion de abrirla; pero la encontró cerrada con un candado, sin duda para que no se pudiese ver desde la habitacion situada enfrente, lo que pasaba en el estudio de Mr. Jacobo.

Jilberto se dejó caer sobre su silla diciendo:

—Oh! no quiero ya escuchar detrás de las puertas; no quiero ya penetrar los secretos de mi protector, de ese copiante á quien un príncipe llama su amigo, y quiere presentar á la futura reina de Francia, á una hija de emperadores, á quien la señorita Andrea, hablaba casi de rodillas.

Mas si me pusiera á escuchar, añadió, tal vez oiria alguna cosa de ella Pero no, no, eso es propio de lacayos;

La-Brie escuchaba también detrás de las puertas.

Y se apartó resueltamente de la cerradura á que se habia aproximado: sus manos temblaban; una nube oscurecía sus ojos.

Necesitando de alguna ocupacion mas poderosa que el pliego de música que estaba copiando, tomó uno de los libros que se hallaban sobre el bufete de Mr. Jacobo.

—«*Las confesiones*, leyó con agradable sorpresa; *Las confesiones*, de cuyo libro he leído unas cien páginas con tanto interés!

—«*Edicion adornada con el retrato del autor*» continuó.

—Ay! y yo que nunca he visto el retrato de Mr. Rousseau! exclamó. Veamos, veamos.

Y volviendo vivamente la hoja de papel de filtros que ocultaba el grabado, vió el retrato, y lanzó un grito.

En aquel momento se abrió la puerta, y entró Jacobo.

Comparó Jilberto la fisonomía de su protector con el retrato que tenia en la mano, y sueltos los brazos, y temblando de

pies á cabeza, dejó caer el tomo murmurando:

—Estoy en casa de Juan Jacobo Rousseau!

—Veamos que tal habeis copiado vuestra música, hijo mio, contestó sonriendo Juan Jacobo, mucho mas satisfecho interiormente de aquella imprevista ovacion, que de los mil triunfos que durante su gloriosa vida habia obtenido.

Y pasando por delante del trémulo jóven, se aproximó á la mesa, y fijando la vista en el papel continuó:

—No es mala la nota; descuidais algo las márgenes, y no unís bastante, con un mismo rasgo, las notas que van juntas. Cuidado que os falta en este compás una pausa, y vuestras rayas de compases no son rectas. Haced tambien las mínimas de dos semicírculos; poco importa que se junten exactamente. La nota que es enteramente redonda, carece de gracia, y el rabo se une muy mal á ella.

Si, en efecto amigo mio, estais en casa de Juan Jacobo Rousseau.

—Oh! perdonad entonces todos los

disparates que he dicho, exclamó Jilberto juntando las manos y dispuesto á prosternarse.

—Conque ha sido preciso, dijo Rousseau encojiéndose de hombros, que viniese aquí un príncipe para que conociéscis al desgraciado filósofo de Jinebra. Pobre jóven, feliz jóven, que ignorais lo que es persecucion!

—Oh! si, soy feliz, muy feliz, pero es de veros, de conoceros, de estar á vuestro lado.

—Gracias, hijo mio, gracias; pero no basta ser feliz: es preciso trabajar. Ahora que os habeis ya ensayado, tomad este rondó, y procurad copiarle en un verdadero papel de música. Es cortito y poco difícil; conque limpieza es lo que os encargo sobre todo. Pero como habeis podido conocer?...

—Jilberto recojió el volúmen de *Las confesiones*, y enseñó el retrato á Juan Jacobo.

—Ah! ya comprendo, dijo este, me habeis conocido por mi retrato, de la primera pájina del *Emilio* quemado en efi-

je: pero la llama ilumina, ya proceda del sol, ya de un auto de fé.

—Y sabeis que lo único que he deseado en mis ensueños ha sido vivir á vuestro lado? sabeis que mi ambicion no ha pasado mas allá?

—No vivireis á mi lado, anfigo mio, contestó Juan Jacobo, porque yo no tengo discípulos, y en cuanto á huéspedes, ya habeis podido conocer que no soy suficientemente rico para admitirlos, y menos para conservarlos:

Inmutóse Jilberto; Juan Jacobo le tomó la mano y continuó:

—Sin embargo, no desesperéis. Desde que os encontré, os estoy estudiando, hijo mio; hay en vos mucho malo, pero tambien mucho bueno: luchad con la voluntad contra vuestros instintos; desconfiad del orgullo, gusano roedor de la filosofia, y seguid copiando música, mientras no se presenta otra cosa.

—Dios mio! Dios mio! exclamó Jilberto; estoy loco con lo que me pasa.

—Sin embargo todo es muy sencillo y natural: verdad es que las cosas sen-

cillas son las que mas impresion causan en los corazones profundos, y en las inteligencias bien dotadas. Ibais huyendo no sé de donde, no os he preguntado vuestro secreto, ibais huyendo por los bosques, os encontráis un hombre herborizando; ese hombre tiene pan, vos no, y os da la mitad: no teneis albergue, os ofrece un asilo; ese hombre debia ser alguien, tener algun nombre, y se llama Rousseau. Esto es todo. Este hombre os dice ahora:

«El primer precepto de la filosofía, es el siguiente:

«Hombre, bástate á tí mismo.»

Asi que, cuando hayais copiado ese rondó, habreis ganado la comida de hoy: copiadle pues.

—Ah! cuán bueno sois!

—En cuanto al alojamiento os le doy de valde; pero no quiero que leais de noche, á no ser que gasteis velas vuestras, porque si no Teresa reñiria. Ea, sepamos ahora si teneis hambre.

—Oh! no señor, dijo Jilberto casi sufocado.

—De la cena de anoche ha sobrado para almorzar esta mañana, conque no andeis con etiquetas: esta será la última comida que hareis en mi mesa, á no ser que os convide mas adelante, si seguimos siendo amigos.

Jilberto contestó con un ademan, que interrumpió Rousseau con un movimiento de cabeza.

—En la calle Platiere, continuó, hay una cocina donde guisan para los jornaleros: allí comereis barato, porque yo os recomendaré. Vamos á almorzar.

El jóven siguió sin replicar á su preceptor. Por la primera vez de su vida estaba subyugado: verdad es que lo era por un hombre superior á los demas.

A los pocos bocados se levantó de la mesa y volvió á trabajar. Decia la verdad: su estómago demasiado contraído por la agitacion de su espíritu, se negaba á recibir ningun alimento. En todo el dia no alzó los ojos de su tarea, y á las ocho de la noche habia conseguido copiar su rondó de cuatro pájinas con claridad y limpieza, despues de haber hecho tres borradores.

—No quiero adularos, dijo Rousseau: esto está malo todavía, pero se entiende: vale diez sueldos, aquí los teneis.

El jóven los recibió inclinándose.

—En el armario hay pan, señor Jilberto, dijo Teresa, en quien la discrecion, dulzura y aplicacion de su huésped habian producido un buen efecto.

—Mil gracias, señora, contestó el jóven; nunca olvidaré tanta bondad.

—Tomad, dijo aquella presentándose.

Iba Jilberto á rehusarlo, mas miró á Juan Jacobo, y por sus cejas, que comenzaban ya á contraerse sobre sus penetrantes ojos y por sus delgados lábios próximos á crispase, conoció que una negativa podria ofender á su huésped.

—Acepto, dijo.

Y se retiró á su aposento, llevando en la mano una moneda de seis sueldos en plata, y otros cuatro en cobre, que acababa de recibir de su protector.

—Por fin, dijo al entrar en el desvan, soy dueño de mi persona: pero no, pues todavía traigo este pan que me han

dado por caridad.

Aunque tenia hambre, le dejó sobre la ventana, y no volvió á tocarle.

Creyendo luego que olvidaria su hambre durmiendo, apagó la luz, y se tendió en el jergon.

La aurora le encontró despierto, habiendo apenas dormido durante toda la noche. Recordando entonces lo que le dijera Rousseau sobre los jardines que se veian desde su ventana, se asomó, y vió efectivamente hermosos y frondosos árboles, mas allá de los cuales se distinguia el palacio de quien dependia el jardin, que tenia la entrada por la calle Jussienne.

En un extremo se alzaba un pabellon completamente cerrado y rodeado de arbustos y flores.

Creyó Jilberto primeramente que las ventanas estarian cerradas á causa de la hora, y que aun no se habrian levantado las personas que en él habitaban. Mas advirtiendole despues que los árboles vecinos cubrian con sus ramás aquellas ventanas, conoció luego que debia estar

abandonado desde el invierno anterior cuando menos.

Entregose entonces á la contemplacion de los magníficos tilos que ocultaban casi el edificio principal.

Dos ó tres veces le habia ya obligado el hambre á dirigir su vista hacia el pedazo de pan que la noche anterior le habia cortado Teresa; mas dominándose siempre, se abstuvo de tocarle.

Creyendo al oír las cinco que estaria ya abierta la puerta de la arboleda, se lavó, acepilló y peinó, pues gracias al celo de Juan Jacobo habia encontrado al volver al granero todos los útiles necesarios á su modesto tocador, y cojiendo el pedazo de pan, bajó á la calle.

Rousseau que aquel dia no habia ido á despertarle, y que tal vez por un exceso de desconfianza y por estudiar mejor las costumbres de su huésped, no habia cerrado la puerta de su buharda, le oyó bajar y se puso en acecho. Vió á Jilberto salir llevando bajo el brazo su pedazo de pan que dió á un pobre que se le acercó, y entrando en seguida en una ata-

hona que acababan de abrir, compró otro pedazo.

—Ahora se irá á un bodegon, pensó Jacobo, y desapareceran sus pobres diez sueldos.

Mas se equivocaba, puez Jilberto se comió andando parte del pan, y parándose luego junto á una fuente que habia en la esquina de aquella calle, bebió un trago, acabó el pan, volvió á beber, enjuagose la boca, se lavó las manos y volvió á casa.

—Paréceme, dijo Rousseau, que soy mas afortunado que Diójenes, y que he hallado un hombre.

Y oyendo que subia por la escalera, salió corriendo á abrirle.

Pasó Jilberto todoaquel dia trabajando sin descanso y aplicando á aquella monótona tarea su actividad, su penetrante intelijencia y su obstinada asiduidad. Adivinaba lo que no comprendia, y su mano, esclava de una voluntad de hierro, trazaba las notas con firmeza y sin error, logrando terminar para la noche una copia de siete pájinas, si no elegante, inteli-

jible al menos.

Examinóla Rousseau como juez y como filósofo á la par. Como juez, criticó la forma de las notas, la delgadez de los rasgos, y la separacion de las pausas; mas convino en que habia ya un adelanto notable, respecto á la copia del dia anterior, y dió veinte y cinco sueldos á Jilberto.

Como filósofo admiró la fuerza de la voluntad humana, que puede tener encorvado doce horas seguidas sobre una mesa, á un jóven de diez y ocho años, de cuerpo flexible y elástico, de temperamento apasionado, pues Jacobo habia conocido fácilmente, que una fervorosa pasion abrasaba el corazon de su jóven huésped, aunque ignoraba aun si era la ambicion ó el amor.

Ajitó Jilberto en la mano el dinero que acababa de recibir, á saber: veinte y cuatro sueldos en una moneda de plata y otro en cobre, guardó el último en su bolsillo probablemente con los que le quedaban de la vispera, y estrechando con gran satisfaccion la pieza de plata en la mano dere-

cha, dijo:

—Mr. Rousseau, debo llamaros mi amo, puesto que he encontrado obra en vuestra casa, y me dais alojamiento gratis. Creo por lo tanto, que formariais mal concepto de mí, si no os diese cuenta de mis acciones.

—Pues qué tratais de hacer? preguntó atónito Juan Jacobo: no pensais trabajar mañana?

—No señor, con vuestro permiso quisiera disponer del dia.

—Para qué? repuso Rousseau, para pasearos?

—Desearia ir á San Dionisio, contestó el jóven.

—A San Dionisio?

—Sí señor, porque la princesa llegará mañana allá.

—Ah! verdad es: y habrá funciones para obsequiarla.

—Eso es, dijo Jilberto.

—Menos curioso os creia al principio, amiguito, continuó Rousseau: me pareció que despreciábais mucho mas las pompas del poder absoluto.

—Sí,...

—Miradme á mi, á quien quereis tomar por modelo algunas veces; ayer vino á rogarme un principe real que me presentase en la corte, no como vos, pobre jóven, empinándome para ver por encima de los hombros de algun guardia, pasar los carruajes del rey á quien presentarán las armas, ni mas ni menos que al Santísimo Sacramento, sino para ponerme junto á los príncipes, y para ver la sonrisa de las princesas. Pues bien, yo oscuro ciudadano, he rehusado el convite de esos grandes.

Hizo Jilberto un movimiento de cabeza en señal de aprobacion.

—Y por qué? continuó Rousseau con vehemencia, porque el hombre no puede obrar de dos maneras; porque la mano que ha escrito que la potestad real es un abuso, no puede ir á mendigar un favor del rey; porque yo, que conozco cuanto perjudican al pueblo esas fiestas, pues en cada una se le arrebatata parte de ese bienestar que le resta y que á duras penas basta para que no se insurreccio-

ne, yo protesto con mi ausencia contra todas ellas.

—Creed, observó Jilberto, que he comprendido toda la sublimidad de vuestra filosofía.

—Ya, pero como no la practicais, permitidme os diga....

—Yo no soy filósofo, interrumpió el jóven.

—Sepamos al menos qué pensais hacer en San Dionisio.

—Soy discreto.

Estas palabras sorprendieron á Rousseau; conoció que tanta obstinacion ocultaba algun misterio, y miró al jóven con cierta admiracion que le inspiraba aquel carácter.

—Vamos, dijo, teneis motivos? Mas vale así.

—Si señor, tengo uno, y os juro que en nada se parece á la curiosidad que inspira un espectáculo.

—Mejor.... ó peor tal vez, porque vuestras miradas son sobrado intensas y en vano busco en ellas el candor y la calma propias de la juventud.

—Ya os he dicho, replicó tristemente Jilberto, que he sido desgraciado, y que para los desgraciados no hay juventud. Conque quedamos en que dejais á mi disposicion el dia de mañana?

—Sí amigo mio.

—Muchas gracias.

—Y en tanto que vos vereis pasar las pompas del mundo, añadió Juan Jacobo, yo abriré mi coleccion de plantas, y pasará revista á todas las magnificencias de la naturaleza.

—Decidme, repuso el joven, no hubiérais abandonado todas la plantas de la tierra, el dia en que fuisteis á ver á la señorita Galley despues de haberla echado un ramo de cerezas en el seno?

—Muy bien, dijo Rousseau; teneis razon, sois joven. Id á san Dionisio, hijo mio.

Luego que se marchó Jilberto lleno de alegria y hubo cerrado la puerta al salir, Juan Jacobo murmuró:

—No es ambicion, es amor!

CAPÍTULO VIII.

La mujer del hechicero.

En el momento en que Jilberto, después de aquel día tan bien empleado, mascullaba en su granero el pan empapado en agua fresca, aspirando al mismo tiempo el aire embalsamado de los jardines de las cercanías, una mujer vestida con una elegancia algo extraña, y cubierta con un largo velo, después de haber seguido al galope de un brioso caballo árabe el camino de San Dionisio, desierto todavía, pero que debía estar tan concurrido al día siguiente, se apeaba delante del convento de carmelitas de San Dionisio, y llamaba con sus delicados dedos al toro, mientras su caballo, cuya brida llevaba sujeta al brazo, piafaba impaciente, y escarbaba la arena.

Algunos vecinos de la ciudad se detuvieron, movidos de curiosidad y rodearon á la desconocida, escitada su atención no solo por el extravagante traje de la

extranjera, sino tambien por su obstinacion en llamar.

—Qué quereis, señora? preguntó uno de ellos.

—Ya lo veis, replicó aquella con un acento italiano de los mas pronunciados; deseo entrar.

—Entonces os dirijís mal. Ese torno se abre solamente una vez al dia para los pobres, y ya ha pasado la hora.

—Entonces de qué medio me valdré para hablar á la superiora? preguntó la que llamaba.

—Se llama á la puertecita que hay al extremo de la tapia, ó á la puerta principal.

—Sabeis, señora, dijo otro aproximándose, que la superiora es ahora Su Alteza Real Mme. Luisa de Francia?

—Lo sé,

—Voto á brios! qué caballo tan hermoso! exclamó un dragon de la reina mirando la cabalgadura de la extranjera. Sabeis que si ese caballo no ha cerrado, vale quinientos luises, tan cierto como el mio vale cien doblones?

Estas palabras produjeron singular efecto en aquella multitud.

En este momento un canónigo, que al contrario del dragon miraba á la joven sin cuidarse del caballo, se abrió paso hasta ella, y merced á un secreto que conocia, abrió la puerta del torno.

—Entrad, señora, dijo, y meted dentro vuestro caballo.

Deseando la desconocida ponerse á salvo de las ávidas miradas de aquella muchedumbre, pues le abrumaban extraordinariamente, se apresuró á seguir aquel consejo y desapareció detras de la puerta.

Cuando se vió sola en el espacioso patio, sacudió la brida del caballo, que ajitó tan bruscamente todo su caparazon batiendo al mismo tiempo tan vigorosamente el pavimento con los cascos, que la hermana tornera, que por un instante se habia separado de su celda, situada al lado de la puerta, se lanzó de lo interior del convento.

—Qué se os ofrece, señora, exclamó, y como os habeis introducido aquí?

—Un buen sacerdote me há abierto la

puerta, contestó aquella, y desearia, si es posible, hablar á la superiora.

—No recibe esta tarde.

—Me han dicho, sin embargo, que las superiores de conventos, estan obligadas á recibir en cualquier hora del dia ó de la noche, á aquellas de sus hermanas del mundo que vienen á pedir las algun socorro.

—Así puede hacerse en circunstancias ordinarias; pero no hace mas que dos dias que Su Alteza se ha instalado en este convento y esta tarde celebra capitulo.

—Señora! señora! replicó la estrangera, vengo desde muy lejos, vengo de Roma. He andado sesenta leguas á caballo, y me faltan ya las fuerzas.

—Qué quereis? la órden de Su Alteza es formal.

—Hermana, tengo que revelar á vuestra abadesa cosas de la mayor importancia.

—Volved mañana.

—Es imposible... he estado un dia en París, durante el cual ya... ademas, yo

no puedo pasar la noche en la posada.

—Por qué?

—Porque no tengo dinero.

La hermana tornera examinó llena de admiración aquella mujer que cubierta de piedras preciosas y dueña de un hermoso caballo, pretendía sin embargo no tener suficiente dinero para pagar el gasto que pudiera hacer una noche en la posada.

—Oh! no hagais caso de mis palabras ni de mi traje, añadió la desconocida; no he hablado con exactitud al decir que no tenia dinero, pues no dudo que me fiarian en cualquier posada donde entrase. Ay! no es un albergue lo que vengo á buscar aquí, es un amparo, un asilo.

—Pero señora, además de este convento, hay otros en San Dionisio, y cada uno tiene su superiora.

—Si, si, bien lo sé; pero no es una abadesa vulgar la que busco, ni á la que puedo dirigirme.

—Creo que nada alcanzareis insistiendo: M^{me}. Luisa de Francia no se ocupa ya de las cosas de este mundo.

—Qué os importa? anunciadla, sin embargo, que deseo hablarle.

—Ya os he dicho que celebra junta.

—Y despues?

—Si apenas ha principiado.

—Entraré en la iglesia, y esperaré cuando.

—Cuanto siento deciros, señora...

—Qué?

—Que no podeis entrar.

—Qué no puedo entrar?

—No.

—Ah! conque me equivocaba? Conque no estoy en la casa del Dios piadoso? exclamó la estrangera con tan singular enerjia en su mirada y voz, que no atreviéndose la religiosa á cargar sobre sí con la responsabilidad de resistir mas tiempo, contestó:

—Bien, señora, veré si puedo hacer algo en favor vuestro.

—Oh! no olvideis decir á Su Alteza que vengo de Roma, que no he tenido en el camino mas descanso que el necesario para dormir en dos cortas paradas que he hecho, una en Maguncia, otra en

Strasburgo, y en fin que hace cuatro dias que no he descansado, sino á fin de recobrar las fuerzas necesarias para resistir el galope del caballo, y para darle á él tambien las que necesitaba para sostenerme.

—Está bien, hermana mia, contestó la religiosa alejándose.

Un instante despues volvió acompañada de una hermana lega.

—Y qué? preguntó la extranjera, provocando la respuesta que con tanta ansiedad esperaba.

—Su Alteza Real ha dicho, señora, respondió la hermana lega, que es absolutamente imposible daros audiencia esta tarde; pero que no por eso dejará de ofreceros la hospitalidad en el convento, ya que tanta necesidad teneis de encontrar un asilo. Podeis pues entrar hermana, y si estais tan cansada como decis, debeis acostaros.

—Y mi caballo?

—Se cuidará de él, hermana; estad tranquila.

—Es manso como un cordero, su

nombre es Djerid, y acude cuando se le llama. Os lo recomiendo eficazmente, por que es un animal que estimo mucho.

—Se le tratará como á los caballos del rey.

—Gracias.

—Conducid ahora esta señora á su aposento, dijo la hermana lega á la tornera.

—No, acompañadme mas bien á la iglesia, repuso la desconocida: no tengo necesidad de dormir, sino de orar.

—La capilla está abierta, hermana, dijo la relijiosa señalando con el dedo una puertecita lateral que daba á la iglesia.

—Y cuando podré ver á la superiora?

—Mañana.

—Temprano?

—Tal vez será imposible.

—Por qué?

—Porque estará muy ocupada con una gran recepcion.

—Oh! á quien puede recibir que tenga mas prisa ó sea mas desgraciado que yo?

—La princesa Maria Antonieta, nos dispensa el honor de detenerse dos horas en este convento, al pasar por aquí ma-

ñana. Este es un gran favor para nuestra comunidad, una gran solemnidad para nuestras pobres hermanas; de suerte que ya comprendereis...

—Ay!

—La señora abadesa desea que todo sea digno de los augustos huéspedes que vamos á recibir.

—Pero... dijo la extranjera mirando á su alrededor con visibles muestras de asombro: en tanto que me sea permitido hablar con vuestra augusta superiora, estaré aquí segura?

—Sí, hermana mia: nuestra casa es un asilo hasta para los culpables, con mucha mas razon para los...

—Fujitivos, interrumpió la desconocida; bien. De suerte que nadie entrará aquí, no es verdad?

—Sin una órden espresa, nadie.

—Oh! y si obtuviese esa órden, Dios mio! continuó la extranjera; él es tan poderoso, que su poder me aterra muchas veces!

—Quien es él? preguntó la hermana.

—Nadie, nadie.

—Estará loca? murmuró la religiosa.

—La iglesia, la iglesia, repitió la desconocida como si quisiera justificar la opinion que comenzaban á formar de ella.

—Venid, hermana mia, voy á acompañaros.

—Pronto, llevadme pronto; vienen persiguiéndome.

—Tranquilizaos, señora; las paredes de San Dionisio no pueden violentarse, contestó la hermana lega con una sonrisa de compasion, y si estais tan cansada como habeis dicho, tomad mi consejo, y retiraos á descansar en una buena cama, en vez de mortificar vuestras rodillas sobre las losas del templo.

—No, no; quiero orar, si, quiero orar á fin de que Dios aleje de mí á los que me persiguen, esclamó la joven desapareciendo por la puerta que le habia indicado la religiosa y cerrándola en seguida.

La hermana, curiosa á fuer de buena monja, dió la vuelta por la puerta principal, y acercándose de puntillas, vió al pie del altar á la joven desconocida que oraba, sollozando prosternada en tierra.

CAPÍTULO IX.

Los vecinos de París.

El capítulo se habia reunido en efecto, como dijera las religiosas á la extranjera, á fin de acordar los medios de hacer un brillante recibimiento á la hija de los Césares.

De esta suerte inauguraba su autoridad suprema en San Dionisio, Su Alteza Real Mme. Luisa.

Algo de baja andaban los fondos del convento. La abadesa antigua, al entregar el báculo á su sucesora, se habia llevado la mayor parte de los encajes, que eran de su propiedad, asi como los relicarios y ornamentos que de ordinario prestaban á la comunidad de aquel convento, las abadesas, elejidas siempre entre las principales familias del reino, y consagradas al servicio del Señor bajo las condiciones mas mundanas.

Tan luego como tuvo certeza Mme. Luisa de la llegada de María Antonieta

á San Dionisio, envió un correo á Versalles, y aquella misma noche recibió un carro cargado de alfombras, tapices, encajes y adornos, cuyo valor podria ascender á seiscientas mil libras.

Así es, que cuando se propagó la noticia de los esplendores rejios de aquella solemnidad, vióse redoblar la ardiente é irresistible curiosidad de los parisienses que en pequeños grupos, causan risa segun Mercier, pero que hacen reflexionar siempre y llorar á veces cuando se reunen en masa. Desde el alba, siendo ya público el itinerario de la princesa, habian ido llegando de diez en diez, de ciento en ciento, de mil en mil los habitantes de la gran ciudad, que abandonaban sus cubiles.

Las guardias francesas, los suizos, y los rejimientos acantonados en San Dionisio, habian tomado las armas, y se collocaban en fila, para contener aquellas oleadas de hombres, que formando terribles remolinos al rededor de los pórticos de la Basilica, trepaban á las estatuas que se hallaban en la portada de las casas consistoriales. Habia jente en todas partes;

muchachos sobre los cobertizos de las puertas, hombres y mujeres asomados á las ventanas; en fin, millares de curiosos, que prefiriendo, como Jilberto, su libertad á las exigencias que siempre impone un puesto custodiado y conquistado entre la multitud, ó llegando demasiado tarde, trepaban como hormigas por los troncos, y se esparcian por las ramas de los árboles que de San Dionisio á la Muette, formaban dos filas, por en medio de las cuales, debia pasar la princesa.

La corte, rica todavia, y abundante en trenes y libreas, habia sin embargo disminuido desde Compiègne; pues á no ser un señor de los mas principales, era imposible seguir al rey doblando y triplicando los relevos, gracias á los muchos tiros que se habian dispuesto para aquel viaje.

Los menos encopetados se habian quedado en Compiègne ó tomado la posta para volver á Paris, y dejar descansar sus tiros: pero despues de un dia de descanso, amos y criados volvian á entrar en campaña y corrian á San Dionisio, tanto para

ver aquella extraordinaria concurrencia, como á la princesa á quien habian ya visto en Compiègne.

Ademas, sin contar los de la corte, no habia en aquella época mil otros carruajes? El parlamento, los principales empleados, los comerciantes, y hasta los artistas de la ópera; no tenian á su disposicion caballos y coches de alquiler, así como los *Carabas* que conducian hacinados á San Dionisio, hasta veinte y cinco parisienses ahogándose, y á un trote corto llegaron á su destino mas tarde ciertamente que si hubiesen hecho el camino á pié?

Fácil es, pues, formar una idea del formidable ejército que se dirigió hacia San Dionisio la mañana del dia para el cual las gazetas y carteles habian anunciado la llegada de la princesa, y que fué á apiñarse frente al convento de carmelitas, estendiéndose despues por todo lo largo del camino por donde debia llegar y pasar Maria Antonieta y su comitiva, luego que ya no hubo medio de encontrar sitio en el radio privilegiado.

Ahora, figúrese el lector entre esa multitud, asombro del mismo parisiense, figúrese á Jilberto, pequeño, aislado, indeciso, ignorante de las localidades, y tan orgulloso, que por todo el oro del mundo, no habria pedido la menor noticia; pues desde que habitaba Paris, queria pasar por perfecto parisiense, él, que jamás habia visto, mas de cien personas reunidas!

Pocas fueron las personas que encontró al principio en el camino: pero fué poco á poco aumentando de tal suerte el jentio, que al llegar á San Dionisio, parecia que salia de debajo de las piedras, y con tanta abundancia como las espigas de trigo en un inmenso llano.

Ya hacia largo rato que nada podia distinguir nuestro jóven: perdido en medio de aquella confusion, seguia el movimiento del jentio que le rodeaba, ignorando donde se dirijia, aunque le era enteramente indispensable orientarse. Vió entonces unos muchachos trepar á un árbol, mas no se atrevió á quitarse la casaca para imitarlos, y se contentó con arriarse al tronco. Otros infelices, privados

como él de todo horizonte, y que como él, atropellaban y eran atropellados, tuvieron la feliz idea de preguntar á los encaramados, y por ellos supieron que habia un gran espacio vacío entre el convento y la tropa.

Estimulado Jilberto, preguntó á su vez si se divisaban los coches.

Todavía no se alcanzaban á ver; solamente se descubria en el camino, á un cuarto de legua mas allá de San Dionisio una gran polvareda. Esto era lo que deseaba saber Jilberto: los coches no habian llegado aun, y solo se trataba de saber de qué lado vendrian.

Apenas retrocedió Jilberto, procurando desprenderse de aquella multitud, cuando halló á la orilla de un foso, una familia que estaba almorzando.

Veíase una joven de cabellera rubia y ojos azules, modesta y tímida; su madre, pequeña, rechonecha y risueña, de dientes blancos y fresca tez: el padre sepultado en un gran leviton de barragan, que no salia del armario sino los domingos, y que habiéndole sacado para aquella so-

lemne ocasion, le ocupaba mas que su mujer y su hija, seguro de que estas sabrian salir por sí solas de cualquier apuro. Completaban aquel cuadro, una tia alta, flaca y gruñona, y una criada que no cesaba de reir. Esta última habia llevado el almuerzo completo, en un enorme canasto, bajo cuyo peso, la vigorosa muchacha, animada por su amo que la relevaba de vez en cuando, no habia dejado de reir y cantar durante todo el camino.

Un criado se contaba en aquel tiempo como individuo de la familia; habia gran analogia entre él y el perro de la casa: era castigado algunas veces, pero jamas despedido.

Contempló Jilberto á hurtadillas aquella escena enteramente nueva para él. Encerrado desde su nacimiento en el castillo de Taverney, conocia los derechos del señor y del lacayo, pero ignoraba completamente lo que era un hombre de la clase media.

En aquella jente honrada, y en el uso natural de las necesidades de la vida, vió Jilberto practicada su filosofía, que sin

proceder de Platon ni de Sócrates, tenia algo de la de Bias, *in extenso*.

Esta familia habia llevado consigo todo cuanto habia podido, y trataba de sacar de ello el mejor partido posible.

El padre partia un pedazo de ternera asada, que reposaba dorado, frito y grasiento en la cazuela, donde la madre lo habia sepultado la vispera entre zanahorias, cebollas y pedazos de tocino. Despues la criada le habia llevado á casa del panadero, que al mismo tiempo de cocer su pan, habia dado asilo en su horno á veinte cazuelas semejantes, destinadas todas á asarse y dorarse en compañía, al calor póstumo de la retama.

Escojió Jilberto al pie de un olmo vecino un sitio cuya empolvada yerba sacudió con su pañuelo, se quitó el sombrero, y estendiendo aquel en tierra, se sentó sin prestar la menor atencion á sus vecinos, sin embargo que estos repararon muy bien en él.

—Vaya un joven aseado! dijo la madre.

La niña se ruborizó como acostumbra siempre que se hablaba en su

presencia de algun jóven, lo cual enajenaba de gozo, á los tiernos autores de sus dias.

La observacion que hiciera la madre, era en efecto muy natural á una parisiense de la clase media, pues siempre se dirijen estas desde luego á un defecto ó á una cualidad moral.

—Es un gallardo mozo, replicó el padre volviendo la cabeza.

El rubor de la joven aumentó á estas palabras.

—Parece que está muy cansado, observó la criada, y sin embargo no ha traido nada.

—Perezoso! dijo la tia.

—Caballero, añadió la madre dirijiéndose á Jilberto con esa familiaridad que para preguntar solo tienen los parisienses, están todavia lejos los coches del rey?

El jóven se volvió, y conociendo que era á él á quien se dirijian aquellas palabras, se levantó y saludó.

—Y es muy político, añadió la madre.

Las mejillas de su hija se encendieron con esta alabanza.

—No lo sé, señora, contestó Jilberto, solo he oído decir, que á un cuarto de lengua poco mas ó menos, se veía una gran polvareda.

—Aproximaos, caballero, y si gustais.... dijo el padre mostrándole el apetitoso almuerzo tendido sobre la yerba.

Jilberto se acercó, y como estaba en ayunas, el olor de aquellas viandas le parecia seductor; pero sintiendo sus veinte y cinco ó veinte y seis sueldos en el bolsillo, conoció que por la tercera parte de su caudal, podría comprar un almuerzo casi tan suculento como el que le ofrecian, y no quiso aceptar nada, de aquellas personas que por primera vez veía.

—Mil gracias, caballero, contestó, ya he almorzado.

—Veo que sois hombre prevenido, dijo la mujer, pero os prevengo que nada podreis ver desde aquí.

—Ni vos tampoco entonces, replicó el jóven sonriéndose, pues estais en el mismo caso que yo.

—Oh! nosotros es otra cosa: tenemos un sobrino sarjento de las guardias francesas.

La jóven se puso aun mas encendida.

—Formará esta mañana, continuó la madre, delante del Pavo azul: es su puesto.

—Sin que sea indiscrecion, donde está el Pavo azul? preguntó Jilberto.

—Precisamente frente al convento de Carmelitas, replicó la madre, y nos ha ofrecido colocarnos detrás de su compañía; tendremos allí un banco, y podremos perfectamente ver bajar la jente de los coches.

Esta vez tocó á Jilberto ruborizarse: no osaba sentarse á la mesa con aquella honrada familia; pero apenas podia resistir á la tentacion de seguirla.

Sin embargo, su filosofía, ó mas bien ese orgullo, del cual, segun tantas veces le habia dicho Jacobo, debia desconfiar, le dijo en voz baja:

—Quédese enhorabuena para las mujeres tener necesidad de otros; pero tú que eres hombre, no tienes brazos y hombros?

—Los que no se coloquen donde os he dicho, continuó la madre, como si hubiese adivinado el pensamiento de Jilberto

y tratase de contestar á él, no podrán ver mas que coches vacíos, y para ver solamente eso, no es preciso venir á San Dionisio, pues en todas partes los hay.

—Pero señora, observó Jilberto, me parece que muchas personas habrán pensado como vos.

—Ya, pero todas no tendrán como nosotros un sobrino en guardias que les deje pasar.

—Ah! cierto es, contestó Jilberto.

Al pronunciar este *cierto*, se pintó en su semblante un desaliento, que no pudo ocultarse á la perspicaz parisiense.

—Pero quién quita que ese jóven venga, si quiere, en nuestra compañía? interrumpió el padre hábil en adivinar los deseos de su esposa.

—Oh! dijo Jilberto, sentiria molestaros.

—Qué! por el contrario, dijo la mujer, nos ayudareis á llegar allá. No tenemos mas que un hombre que nos protejese, y asi tendremos dos.

Este era un argumento fuerte, al que Jilberto no podia resistir. La idea de ser

útil y pagar de este modo el apoyo que le ofrecían, ponía su conciencia á cubierto y le quitaba de antemano todo escrúpulo.

Aceptó pues sin dificultad.

—Ahora veremos á quien ofrece el brazo, dijo la tía.

—Este socorro caía verdaderamente del cielo para Jilberto. En efecto: cómo salvar el insuperable obstáculo de treinta mil personas, todas mas recomendables que él, por el rango, las riquezas, la fuerza y por la costumbre en fin de colocarse en aquellas fiestas, donde cada cual procura apoderarse del sitio mas ancho que encuentra?

Si nuestro filósofo hubiese sido menos teórico y mas práctico, esto habria sin duda podido ofrecerle un admirable estudio dinámico de la sociedad.

El coche de cuatro caballos pasaba como una bala al través de las masas, y cada cual se apartaba para dar paso al volante, con sombrero de plumas y cascaca de colores vivos, quien por lo regular venia precedido de dos irresistibles mastines.

El de dos caballos, daba una especie de contraseña al oído de un guardia, y venia á ocupar su puesto en la plazoleta contigua al convento.

Los jinetes, que venian al paso, aunque dominando la multitud, llegaban lentamente, despues de haber arrostrado mil choques, mil encuentros, y mil injurias.

En fin el de á pie, oprimido, hostigado y fluctuando como una ola impelida por otras mil, empinándose, alzado del suelo por la presion de los que le rodeaban, ajitándose como Anteo á fin de encontrar esa madre comun á quien llaman tierra, buscando su camino para desprenderse de aquella confusion, hallándolo y tirando de su familia compuesta casi siempre de un tropel de mujeres, que solo el parisiense entre todos los pueblos, sabe y se atreve á acompañar á todo, en todas partes, y á hacer siempre respetar sin baladronadas.

Por encima de todo, ó mas bien de todos, el hombre de la hez del pueblo; el hombre de faz barbuda, cubierta la cabeza con un resto de sombrero, los brazos desnudos, y los pantalones sujetos

con una soga; infatigable, ardiente meneando á un tiempo codos, hombros y piés, y mirando á todas partes con extraña sonrisa, se abria camino por entre la jente de á pie, tan fácilmente como Gulliver por medio de las mieses de Lilliput.

Jilberto, que no era gran señor con cuatro caballos, ni majistrado de coche, ni militar á caballo, ni parisiense, ni hombre del pueblo, hubiera quedado irremisiblemente estrujado, molido y pulverizado entre aquella multitud, á no sentirse fuerte con la proteccion del honrado padre de familia á quien acompañaba.

Ofreció resueltamente el brazo á la madre.

—Qué impertinente! exclamó la tia.

Pusiéronse pues en marcha, el padre entre la jóven y la tia, y seguido de la criada con el cesto debajo del brazo.

—Permitid, señores... decia la madre con sonrisa franca, señores por favor.... señores, tened la bondad....

Y la jente se apartaba abriéndole paso y por el claro se deslizaba toda la comitiva.

Palmo á palmo, fueron por fin conquistadas las mil varas de terreno que habia desde el lugar del desayuno hasta la plaza del convento, llegando por último á la primera fila de las terribles guardias, que eran la esperanza de toda esta familia.

Poco á poco habia ido recobrando la jóven su color natural.

Cuando llegó á este punto, el padre, encaramándose sobre los hombros de Jilberto, atisbó á unos veinte pasos al sobriño de su mujer que se retorcia el bigote.

Hizo entonces con el sombrero tan extravagantes ademanes, que el sarjento reparando en él, se acercó y solicitó de sus camaradas que se abrieran un poco para dejar paso.

Fuéronse al punto introduciendo por esta abertura Jilberto, la madre, el padre, su hermana y su hija, seguidos de la criada, que no dejó, durante la travesía, de dar gritos, acompañados de miradas feroces, aunque sus amos se cuidaron poco de investigar la causa.

Habiendo llegado Jilberto al sitio que

tanto deseaba, se dirigió al padre á quien dió las gracias, recibiendo en cambio mil afectuosas ofertas. La madre quiso entonces detenerle, mas la tia le invitó á marcharse, y se separaron para no volverse á ver.

Como en el lugar que ocupaba Jilberto, habia solo privilegiados, este pudo llegar con facilidad al pie de un elevado tilo, se subió sobre una piedra, y asiéndose á una rama, aguardó con impaciencia.

Media hora despues de su instalacion, rompieron con estrépito las bandas de tambores, retumbó el cañon, y la majestuosa campana de la Catedral, lanzó á los aires sus primeras vibraciones.

FIN DEL TOMO IV.

